

Mi bebé CUBANO



BARBARA INNES

The background of the entire cover is a photograph of a pregnant woman and a man in silhouette, embracing. They are positioned in the lower half of the frame, with the woman on the left and the man on the right. The background is a warm, golden-orange sunset or sunrise over a body of water, with a soft, hazy horizon line.

Mi bebé
CUBANO

BARBARA INNES

MI BEBÉ CUBANO

Copyright 2023: Barbara Innes
Hotel La Palma & Teneguía Princess
Ctra. la Costa Cerca Vieja, 10
38740 Santa Cruz de Tenerife

Copyright 2018 (versión original en alemán):

Barbara Innes

Spitalstraße 31

69214 Eppenheim

Traducción: Guille Gil.

Todos los derechos reservados.

Sobre la autora

Barbara Innes, nacida en 1987, estudió filosofía en Heidelberg y viaja por el mundo en busca de historias interesantes.

Antes de dedicarse por completo a la escritura, vivió durante mucho tiempo en las Islas Canarias, donde enseñó alemán, español e inglés.

Cuando no se va de aventuras con los protagonistas de sus historias, canta en una banda de jazz y escribe canciones.

Sobre este libro

Amanda es una periodista alemana que está divorciada pero quiere desesperadamente un bebé.

Ángel es hijo de un capo de la mafia cubana que sueña con ser un buen hombre.

Se encuentran. Se enamoran. Se pierden a sí mismos en una red de mentiras, secretos y anhelos no expresados.

Amanda: *Nunca podríamos tener una vida juntos. Sería una locura enamorarse. Debo mantenerme lo más lejos posible de él o nos haremos mucho daño. Pero... ¿por qué no debería tener el bebé de mis sueños cuando no puedo tener al hombre de mis sueños...?*

Ángel: *Necesito volver a verla desesperadamente. Por supuesto que no hay futuro para nosotros, mi mente me lo dice; todo lo que le conté es mentira, pero al menos el tiempo que se quede en Cuba lo quiero pasar junto a ella. Ya la echo de menos con locura.*

Pero luego todo resulta muy diferente. Amanda deja atrás Cuba y regresa a Alemania con un dulce recuerdo. Ángel aprovecha una oportunidad única y toma una nueva dirección en su aventura vital.

¿Volverá el destino a unirlos?

*

**Dedicado a Juan Carlo,
el mejor bicitaxista de toda Cuba,
y a su hija –
que San Lázaro los cuide siempre.**

*

Gracias a todos los que han colaborado en este libro:

Nils y Johanna por sus geniales lluvias de ideas...

Melly de Papillon, Ruth Pöß, Julia Eberle, Diana Drewes y Angelika Funke por lo que los cubanos llaman
"propaganda"...

Wasti por sus experimentos nocturnos...

¡Y, por supuesto, a mi madre por sus persistentes preguntas sobre la cantidad de páginas escritas!

Parte I

Amanda

—Entonces vete a ver a tu estúpida chica anoréxica —le grito, arrojando una taza a la puerta que se cierra de golpe detrás de él.

Segundos después, me siento increíblemente estúpida. Por supuesto que se irá con ella. Después de todo, esa ha sido la razón de nuestra discusión. No, no ha sido una discusión. Una separación. Definitiva, esta vez.

Las lágrimas solo vienen cuando empiezo a recoger los fragmentos de la copa rota. ¡Maldita sea! ¿Por qué tenía que ser la colorida taza con forma de tucán en la que me encanta tomar mi café de la mañana? Claro, porque, como siempre, estaba sobre la mesa de la cocina y, por lo tanto, al alcance de mi arrebatado de ira. ¿Acaso he sobreactuado?

No, claro que no. Sabía desde hacía meses que Danny me estaba engañando. Cuando discutimos, por supuesto que afirmó que la rubia muñeca a la moda de su página de Facebook era solo una amiga, bueno, tal vez una buena amiga, pero nada más. Hasta esta mañana.

Como de costumbre, justo después del desayuno Danny fue al baño con el periódico, de donde no saldría hasta dentro de media hora. Lo necesitaba para relajarse, decía, mientras yo recogía las sobras del desayuno, lavaba los platos y preparaba su almuerzo para llevar. De hecho, me gustaba mucho hacer todo eso, ya que disfrutaba la sensación de crear un hogar cómodo para él y, como periodista independiente, definitivamente tenía tiempo para hacer cosas así. Solo a veces me invadía una sensación de enfado. Por ejemplo, cuando estaba limpiando el garaje, una de muchas tareas que él me mandaba hacer porque "estás en casa de todos modos", aunque realmente necesitaba terminar un artículo cuya fecha límite acechaba.

Pero también estaba orgullosa de mí misma porque siempre había logrado equilibrar con éxito mi trabajo y las tareas domésticas (e incluso ganaba más dinero que Danny, pero solo llegué a espetárselo una o dos veces como máximo en los momentos de mayor disputa, a lo sumo).

La cosa es que estoy limpiando los restos de los huevos revueltos en la sartén cuando empieza sonar su teléfono móvil. Tal vez se me podría acusar de tener malas intenciones o de controlarlo compulsivamente, pero de hecho no es raro que atienda sus llamadas cuando no está disponible, o que me pase el teléfono sin comentarios porque a menudo se trata de una cuestión relacionada con extranjeros, clientes cuyo inglés o alemán no es lo suficientemente bueno para tener una

conversación significativa con ellos.

Danny, por otro lado, no entiende francés ni español, por lo que mi Maestría en Filología Romana le viene bastante bien. Si algún empleado de Renault o Telefónica quiere consultar cómo va el proyecto (Danny trabaja en una agencia de publicidad), normalmente soy yo quien les explica que todo va a la perfección, que el presupuesto sin duda se puede cumplir, que solo necesitan ciertos datos...

Como me pasa con todas las cosas del hogar, me gusta hacerlo, quiero reiterarlo, porque disfruto ser una parte importante de la vida de Danny. Al mismo tiempo, estoy segura de que ser multitarea me preparará excelentemente para la vida como madre, que no espero posponer mucho a futuro.

Así que tomo la llamada.

—Amanda Tauber-Schwartz, ha llamado a Danny Schwartz, ¿qué puedo hacer por usted?

Breve silencio. Estoy recuperando el aliento para repetir mi oración en tres idiomas más cuando escucho un grito. Sí, un chillido, pero no del tipo que hacen los dispositivos electrónicos, más como un gatito o como un cachorro pidiendo atención.

—¿Disculpe?

—¡Soy Melissa! ¿Puedo hablar con Danny o qué?

Vaya, entonces el pitido había sido una especie de "Hola", definitivamente de origen humano. Hubiera preferido que fuera un gatito.

—Hola Melissa. Danny no está disponible en este momento. ¿Quieres que le deje algún recado?

Trato de mantener mi tono neutral y cortés, aunque mis campanas de alarma internas suenan más fuerte que la voz insoportablemente aguda de esta persona, que ahora comienza a reírse tontamente de manera inapropiada.

—¡Oh, jeje, vaya, así que tú eres *Amanda*!

—Eso es lo que acabo de decir, sí —poco a poco voy perdiendo la paciencia.

—Sí, entonces dile a Danny que Melissa le ha llamado.

Y se vuelve a reír. ¿Qué se ha tomado esa mujer? Luego cuelga sin despedirse.

Algo comienza a hervir dentro de mí, una peligrosa reminiscencia de las ollas que usa mi madre italiana para cocinar su pasta, justo antes de que el agua hirviendo se derrame sobre la estufa con un silbido de enojo.

—¡*Vaffanculo*! — maldigo en voz baja, incluso si los genes de mi padre alemán han prevalecido en mi caso (mi color de pelo es rubio oscuro, tengo ojos de un color azul verdoso y una tez de porcelana, al menos mientras no me dé mucho el sol), hay momentos en los que sale a relucir el

temperamento sureño de mi madre.

—¡Amanda! ¿Quién era? —dice una voz desde el baño. Vaya, así que el caballero no está completamente aislado del mundo después de todo. Sin saber qué diablo me está poseyendo, respondo con voz dulce como el azúcar:

—Era Melissa. ¡Dice que espera verte pronto, que te extraña y te quiere mucho!

Silencio sepulcral. La sangre late en mis oídos. Empiezo a rogar a todos los dioses en los que puedo pensar que detenga mi pequeño farol con un confuso "¿Eh? ¿Qué tonterías dices?". Pero nada de eso sucede. En cambio, escucho la cisterna del inodoro, y segundos después, Danny está de pie frente a mí con una cara tan roja que no puede explicarse solo por el esfuerzo de su "proyecto matutino".

—¿Cómo, eh... por qué... por qué has contestado mi llamada?

Su intento de encubrir su vergüenza con indignación fracasa estrepitosamente. En cuestión de minutos tenía el cuchillo en su garganta (en sentido figurado, no estoy tan loca, al menos todavía) y lo estaba admitiendo todo.

Sí, en realidad era una compañera de trabajo, una pasante, para ser más precisos. Sí, en realidad solo eran buenos amigos, durante unos cinco segundos, hasta que en la fiesta de la empresa ella le sugirió hacerle una mamada casual.

—¿Qué hombre podría decir que no a eso? —dice mientras levanta los brazos y sonrío tímidamente de una manera que solía encontrar encantadora y desarmante. Ahora solo me enferma.

La historia continúa de la siguiente manera: la mamada casual se convirtió en una aventura casual, y de repente Danny se dio cuenta de que Melissa también tenía un carácter increíblemente fascinante que no tenía absolutamente nada que ver con su impresionante escote o su constante deseo de tener relaciones sexuales.

—Sabes, Amanda, me he cansado un poco de tanto alboroto por tu parte: que si comprar una casa, que si tener hijos... Creo que debería disfrutar mi vida un poco más antes de comprometerme con eso.

Lo miro. Danny tiene treinta y ocho años. Hemos estado juntos durante diez años, casados durante tres. Siempre hemos soñado con tener una casa con niños. O eso había pensado. Hasta ahora.

—No me malinterpretes, Amanda. Eres una gran mujer y estoy segura de que serías una madre increíble. Pero también tengo otras necesidades...

Y ese es exactamente el momento en el que empiezo a rugir sin control.

Horas más tarde, después de limpiar la cocina y convencerme de que la taza con el cuello de jirafa por asa servirá al menos tan bien como el tucán, la duda comienza a corroerme.

Vale, nuestra vida sexual no ha sido nada especial en los últimos meses: un polvo rápido antes de dormir, una vez a la semana. Siete minutos de pasión esforzada. Admito que no era tan emocionante como la lujuria que teníamos en nuestros primeros días, cuando apenas dormíamos unas pocas horas antes de disfrutar de cada uno de forma insaciable.

¿Pero era realmente todo mi culpa? ¿No había evitado Danny mis besos últimamente? ¿No se había ido a la cama sabiendo que solo me habría tomado media hora terminar mi artículo?

Pues sí, sonrojándome avergonzada, recuerdo que en nuestro aniversario me había puesto una lencería sexy casi prohibida debajo de mi ajustado vestido negro, pero él solo nos había lanzado una mirada casual a la cena preparada con amor y a mí, y había ido directamente al baño para cepillarse los dientes porque "ha sido un día duro en el trabajo, cariño, lo siento, estoy destruido".

Destruído, sí, muy buena palabra clave. Arranco las feas láminas de arte abstracto de las paredes que nunca me gustaron pero que colgué para él y las arrojo junto con sus marcos por la ventana. El siguiente objeto que es víctima de mi vandalismo es su Nintendo: la golpeo con mis puños desnudos, arrancando todos los cables, pero eso no es suficiente para mí. Solo cuando encuentro el martillo que usé para colgar uno de sus (¿los he mencionado ya?) cuartos increíblemente feos hace unos días, mi ira realmente puede desahogarse.

Luego barro los restos de metal y plástico. No quiero destrozarme el pie con astillas. Ahora tiro toda la basura en su cupé BMW, que todavía está en el garaje de la casa adosada que alquilamos juntos dos años atrás. Aparentemente tenía tanta prisa por alejarse de mí que abrir la puerta eléctrica del garaje parecía una pérdida de tiempo y se había ido a pie.

Pues mejor. Por un momento considero rayar el metal del coche verde opaco más allá del reconocimiento con mensajes de odio, pero luego siento pena por el hermoso vehículo. No puede evitar que su dueño sea un enorme gilipollas.

Regreso a casa y, mientras me debato sobre si llamar primero a un abogado de divorcios, a un amigo o a mi madre, suena mi teléfono.

*

—Hola Amy, soy Bruno. Escucha, tengo una historia genial para ti, política, una crítica social, todo lo que siempre te gusta...

Pongo los ojos en blanco. Por suerte para mí, eso es justo lo que necesito: trabajo. Como de costumbre, Bruno intentaría enviarme al culo del mundo para informar sobre los niños camboyanos de la calle o los proyectos de teatro libanés, aunque ya le había dicho mil veces que quería centrarme en temas de toda Alemania, también porque estaba tratando quedar embarazada y a mi proyecto no le iría nada bien una excursión aventurera de ese calibre.

—Te estás equivocando de reportera —trato de regañarlo con seriedad. Pero aparentemente mi voz no suena tan genial como pretendo que sea. ¡Asqueroso traidor!

—Cariño, ¿qué te ha pasado? Suenas como si te hubieras tragado una rana toro adulta entera. ¿Quieres que lo solucionemos con Prosecco?

Asiento con la cabeza, los labios apretados aunque Bruno no puede verlo, y cuelgo. Media hora después está en mi puerta.

Como de costumbre, huele como las últimas tendencias en perfumes masculinos. Su cabello, como él dice, cortado "creativamente", cae sobre su coronilla en ondas perfectamente gelificadas, y todo su atuendo parece sacado de una edición gay de Vogue.

Yo, en cambio, poco después de que mi ira se convirtiera en una pesadez de plomo, llevo mi pijama favorito que, aunque las mangas están deshilachadas, siempre me recuerda a mi abuela, de quien lo heredé (usamos la palabra "heredar" en nuestra familia también para objetos que tomamos de sus antiguos dueños durante su vida, por lo que tuve que "heredar" numerosas prendas gastadas de mis hermanos mayores cuando era niña).

Con tres hijos, mi abuela siguió a un trabajador migrante sin un centavo a Alemania, se buscó la vida como señora de la limpieza, vivió en circunstancias miserables y solo aprendió alemán de sus impacientes empleadores. Pero ahora, con más de ochenta años, cuida con orgullo a su numerosa y exitosa descendencia, entre la cual debo contarme, incluso si me siento de todo menos exitosa en este momento.

Bruno me da una sacudida comprensiva con la cabeza, abre una botella de Prosecco (no la última del día, como sugeriría su abultada mochila *Hermès*) y se sienta en el sofá rojo cereza de estilo Dalí que me compré en un arrebato de megalomanía con mi primer gran cheque.

Danny siempre lo había odiado, ya que lo encontraba ridículo e incómodo. A mí, en cambio, me hace sentir casi sofisticada, a pesar de mi pijama holgado, cuando me siento junto a Bruno en el mueble con forma de una boca que besa.

—Bueno, cariño, y ahora dime qué está pasando.

Y eso es lo que hago. Comienzo por esta mañana, que es posiblemente el comienzo del día más loco en la historia del amor moderno. Luego empiezo a desvariar y me lamento por todo lo que creo que Danny (a quien Bruno, afortunadamente, apoda "el culo" en sus ocasionales murmullos) me ha hecho en nuestra relación, y finalmente rompo a llorar.

—Maldita sea, voy a cumplir treinta y cuatro el próximo mes. Solo quería tener una familia, realmente quería tener un bebé con ...

—... con el culo —Bruno termina mi frase de forma seca—. Bueno, cariño, probablemente no debería ser así, pero, honestamente, después de lo que me acabas de contar, ¿realmente necesitas un sapo así a tu lado para ser madre?

Casi me ahogo con el Prosecco.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno, probablemente no te habría sido de mucha ayuda de todos modos. Si un tipo que solo se preocupa por sí mismo y su carrera hubiera sido padre, creo que habría sido más una carga para ti.

Esas son palabras duras, pero tengo que admitir que había tenido pensamientos similares en alguna ocasión cuando Danny (¡después de dos años viviendo en esta casa!) me había preguntado dónde se encuentran las toallas limpias. O el hecho de que aparentemente creía que la cerveza fría crece en la nevera, pues no hay otra manera de explicar por qué ni siquiera pensaba en volver a reponerlas él mismo.

Sin embargo, hasta ahora siempre había reprimido con éxito esos pensamientos y me había convencido de que todo cambiaría con un niño. Que él asumiría la responsabilidad y cuidaría de nuestra pequeña familia. Ahora, sin embargo, no estoy muy segura de ello.

—Pero, Bruno... un niño necesita un padre. Aunque no gane el premio al Papá del Año, es mejor que no tener ningún padre, ¿verdad?

Mi amigo se frota la barbilla perfectamente afeitada con escepticismo.

—Bueno, en mi caso... creo que mi madre habría sido más feliz sin un borracho sin trabajo que la intimidara. Después de su ataque al corazón, ella empezó a prosperar.

Me sonrojo. Así es, Bruno había mencionado anteriormente que la casa de sus padres no se caracterizaba precisamente por la armonía. Sin embargo, gracias a Dios, su padre no solía ser violento. Salvo una vez en que su hijo, de entonces catorce años, le confesó que le gustaban los hombres, y el padre creía que esa anormalidad se podía curar con un cinturón.

Bruno no le habló desde ese día y ni siquiera estuvo en su funeral. No, no le desearía un padre así a ningún niño.

—Pero ¿qué se supone que debo hacer? ¿Cómo se supone que debo encontrar a alguien ahora, entablar una relación y pasar por todas las fases hasta que quiera formar una familia? ¡Danny tardó diez años!

—Siempre te dije que te volviste monógama demasiado joven.

Ya hemos discutido esto muchas veces. Bruno piensa que soy demasiado doméstica y que no he tenido sexo con suficientes hombres. Yo, en cambio, creo que es un macho cabrío. Sin embargo, nos queremos desde que hice mi pasantía en el periódico regional, en el que él trabajaba como columnista en ese momento. Ahora trabaja por cuenta propia en muchos niveles, tiene un blog de estilo de vida bastante popular y coloca a trabajadores independientes como yo en periódicos,

revistas y portales en línea que no quieren contratar a sus propios reporteros. De alguna manera, está tan metido en la industria que parece saber de qué informarán los grandes medios tres meses antes de que siquiera hayan comenzado a investigar. Entre otras cosas, gracias a él escribí (y vendí muy rentablemente) una serie de artículos a gran escala sobre el contrabando de drogas de Europa del Este a Alemania. En esa época, solo se hablaba de la metanfetamina y nunca había oído hablar de la pervitina extremadamente destructiva que estaba destruyendo a la juventud de Europa del Este. Aunque el tema era bastante oscuro, acepté la idea de Bruno con fervor, e investigué y escribí obsesivamente durante meses. Danny ni siquiera se molestó en leer mis artículos.

“En nuestra agencia, casi todos toman coca” había sido su único comentario. Otra ola de ira me invade, pero esta vez estoy tratando de canalizarla de manera productiva, como diría una guía de autoayuda.

—Está bien. Entonces, ¿cuál es el proyecto del que estás tratando de hablarme?

—Pensé que nunca me lo preguntarías —Bruno sonríe y revela unos dientes perfectamente blanqueados. En cualquier otro lo habría encontrado tonto. En él parece algo casual—. Solo te digo palmeras, playas, sol... Música caribeña... Buena Vista Social Club...

—Oh no —gimo—. ¿Quieres enviarme a Cuba?

—¡Es el lugar perfecto para una periodista independiente y ambiciosa como tú! ¿Qué pasará allí después del cambio de gobierno? ¿Qué le pasa a la juventud? ¿Hay alguna nueva perspectiva para ese país o todo seguirá igual que la vieja vida cotidiana comunista, con talonarios, pero sin internet? Educación, nivel de vida, turismo sexual... cualquier cosa. ¡Hay tanto que contar! Incluso podrías hacer un libro con eso.

Maldito bastardo. Sabe muy bien que durante mucho tiempo soñé con escribir un libro basado en una de mis series de artículos. Sin embargo, hasta ahora nunca he tenido suficiente material, he sido demasiado autocrítica o no he encontrado el tema apropiado. Pero lo que describe suena como si estuviera hecho para mí...

—No, te lo he dicho mil veces. ¡Solo quiero Alemania y países vecinos! ¡Un vuelo de diez horas al Caribe no es lo mío en absoluto!

Mientras sigo actuando indignada, una imagen se asienta en mi cabeza: mojitos bajo las palmeras, entrevistas con gente bailando salsa, un sol radiante en vez de el noviembre alemán... y, a diferencia de lo habitual, ningún hombre en casa al que tenga que tener en cuenta.

—Además —continúa Bruno, como si no hubiera escuchado mis objeciones— esta sería una oportunidad para olvidar a Danny. ¡Seguro que un par de amantes latinos calientes te harán cambiar rápidamente de opinión!

Le doy un codazo en el costado y dejo escapar un resoplido de indignación.

—No es mi estilo, lo sabes muy bien.

—Bueno, cariño, tal vez ese debería convertirse en tu estilo. Al menos si todavía quieres

quedarte embarazada con tantas ganas.

Lo miro con la boca abierta.

—¿Quieres decir que...?

Bruno se encoge de hombros.

—Quiero decir que, si el príncipe azul ha resultado ser un idiota y no hay nada mejor, ¿por qué no tener algunas aventuras y ver qué pasa? Sin duda serías una mejor madre soltera que la mayoría de los que viven en familias aparentemente felices.

Aunque sé que eso no me ayuda precisamente a pensar con más claridad, me sirvo más de la botella casi vacía. El dulce cosquilleo sube rápidamente de mi paladar a mi cabeza, y de repente me siento casi alegre.

—¿Sabes qué, gallina loca? En realidad, podrías tener razón. ¿Por qué debería volver a pasar por todas esas tonterías de las relaciones solo para descubrir que los hombres son demasiado inmaduros para pensar con algo más que la punta de su polla? ¡Quiero un bebé, solo quiero un bebé, es así de simple!

Bruno parece sorprendido, pero luego brinda por mí con una amplia sonrisa.

—¡Y yo seré el padrino! ¡Así el pequeño tendrá al menos un modelo medio masculino a seguir!

Nos reímos alegremente y nos felicitamos mutuamente por este plan mientras comenzamos a abrir la siguiente botella.

*

A la mañana siguiente, el plan ya no me parece tan brillante, especialmente la idea de rociarlo con lo que parecen diez litros de Prosecco. Con la cabeza palpitante, lucho por quitarme las sábanas de satén y me arrastro a la ducha. Primero agua muy caliente, luego mi exfoliante de coco favorito y por último agua helada. Y todo eso a mi ritmo.

Después de eso me siento mejor, pero una mirada en el espejo me dice que no podré soportar noches de borrachera por mucho más tiempo sin marcas duraderas. Las arrugas alrededor de mis ojos aún son pequeñas y lindas, pero en mi frente... ¿no están empezando a salir unas arrugas muy feas? Y mis pechos, bueno, también están a punto de perder su lucha contra la gravedad. Creo que estaban unas tres pulgadas más arriba cuando tenía poco más de veinte años.

Me alejo un poco del espejo y miro mi imagen desnuda como un todo. De acuerdo, no estoy tan mal, todavía tengo piernas largas y delgadas, aunque la piel de los muslos podría estar más tersa. Un culo grande y voluptuoso, claramente el legado de mi madre. Hombros puntiagudos que me

hacen parecer más frágil de lo que soy. Y la barriga... en fin. Mi eterna área problemática desde que tengo uso de razón.

Meto los dedos en los michelines, imaginando cuánto bacon para el desayuno podría hacer con ellos. El resultado: mejor no pensar en ello. Hora del gimnasio, no más excusas. Sin una fecha límite apremiante, sin ningún deber de cuidar a Danny, así que me lanzo con resignación a ponerme mi sostén deportivo y mi atuendo estampado verde rana, que debo haber comprado en un ataque de locura, y salgo en mi bicicleta de montaña a FitForFun. Un nombre estúpido, sí, pero al menos el entrenador es lindo.

Siempre evité responder a los intentos de coqueteo de Milan (que probablemente solo esté siendo profesional de todos modos) e ignoré sus comentarios de agradecimiento cada vez que me veía dando vueltas. Hoy, sin embargo, estoy muy feliz de ver su hermoso rostro sentado como la guinda del pastel en su cuerpo perfectamente tonificado.

—Hola, Milan —saludo con una sonrisa, y él me devuelve el saludo con asombro.

Llena de motivación, me lanzo a la cinta, camino un poco para calentar y luego subo la pendiente y la velocidad hasta que me suda el escote. "Havana oh-na-na..." resuena en los altavoces e inevitablemente me acuerdo de la sugerencia de Bruno.

¿Por qué no? Completamente sola en Cuba, ¡quizás sea lo correcto para demostrarme a mí misma que soy una mujer fuerte y emancipada que no necesita a los cobardes ensimismados como Danny!

Debo haber soltado un resoplido desdeñoso sin darme cuenta, porque de repente me doy cuenta de que Milan, que ha venido detrás de mí, da un paso sobresaltado hacia un lado.

—¿Estás bien, Amanda?

Estoy segura de que mi sonrisa sería más convincente si no tuviera que entrecerrar los ojos para protegerlos del sudor que me caía por la frente en pequeños chorros.

—¡Todo va genial, Milan! Sabes, hoy tengo ganas de hacer entrenamiento de fuerza. ¿Me mostrarías tu nueva máquina?

Él asiente con asombro y galantemente me da la mano cuando me bajo de la cinta de correr que se desacelera. La agarro sin dudarlo y me dejo llevar a lo que en secreto llamo la cámara de tortura.

El nuevo dispositivo en realidad se asemeja a un banco de estiramiento. Milan envuelve mis manos en dos puños adherentes y abrocha mis zapatillas en una correa con pesas adjuntas. Estoy acostada boca arriba, indefensa como un escarabajo, pero mi entrenador ahora está completamente en su salsa.

—Entonces, con esto puedes entrenar los diferentes grupos de músculos abdominales y la espalda al mismo tiempo. Intenta levantar las piernas primero. ¡Mantén la pelvis hacia abajo! —me advierte mientras lucho con las pesas tratando de mantener los pies en el suelo—. Muy bien, deja que se hunda lentamente. ¡Ahora levanta la espalda, pero mantente derecha! —hago un

ruidito cuando me incorporo, sostenida por la parte móvil del banco—. ¡Perfecto, una vez más!

Continúa así durante quince minutos, hasta que estoy completamente exhausta, suplicando clemencia. Milan me desabrocha y me ayuda a ponerme de pie.

Me paro frente a él, un poco tambaleante, y un tirón en mi estómago anuncia un tremendo dolor en mis músculos. ¿O tal vez tiene más que ver con la sonrisa desafiante de Milan y sus ojos azul acero, que examinan mis pechos completamente desinhibidos? Involuntariamente meto estómago, saco pecho y trato de devolverle la sonrisa con la misma confianza.

—Gracias por el entrenamiento. Ha sido realmente bueno.

La mirada de Milan se pasea por mi boca hasta mis ojos. Cuando parpadea con sus largas pestañas, mis rodillas se debilitan aún más.

—¿Sabes qué sería realmente bueno para ti? —pregunta con voz ronca, mordiéndose juguetonamente el labio inferior. Niego con la cabeza, incapaz de pensar en una respuesta fresca e ingeniosa—. Una lección privada en la parte de atrás del almacén. La verdad es que ambos deberíamos ejercitarnos un poco...

Mi cerebro va en piloto automático. Soy una mujer recién abandonada de treinta y tantos años y no he tenido sexo decente en meses. Milan no es exactamente el chico de mis sueños y ciertamente no estoy buscando una nueva relación todavía. Pero tiene un cuerpo malditamente caliente y me desea. Eso es suficiente.

Le doy una mirada coqueta y le doy la mano. Su sonrisa se amplía aún más cuando me lleva a la parte trasera del gimnasio, abre una pesada puerta de acero y me conduce a la sala que huele ligeramente a humedad repleta de máquinas viejas, pesas libres y otros equipos de fitness.

Presiona un interruptor, suena un zumbido y, de repente, todo se ilumina con esa espantosa luz de neón que haría que incluso Heidi Klum se sintiera vieja y fea. A la mierda todo. No me importa, quiero tener sexo de venganza y olvidarme de mis problemas por un momento.

Con un movimiento menos elegante de lo que me hubiera gustado, me deslizo el top de rana por la cabeza y me libero del sujetador deportivo.

Milan asiente con aprobación y toma mis pechos con sus manos grandes y callosas mientras cubre mi cuello con besos apasionados. Vaya, no está nada mal.

Aprieta más fuerte, pellizcando mis pezones, y se siente muy bien.

Tiro de sus ajustados pantalones deportivos hasta que acude en mi ayuda y de un tirón se los arranca de su divino cuerpo, incluyendo la ropa interior.

Su rabo ya está medio erguido y parece palpar expectante hacia mí. Incluso si puedo decir por la expresión facial de Milan cuánto quiere que me arrodille frente a él, hoy soy puro egoísmo, no estoy de humor para mamadas.

Así que también me quito los pantalones y las bragas, me arrodillo en un banco de pesas

desechado, inclino la cabeza sobre mi hombro hacia él y le miro con una sonrisa sucia.

—Ven y fóllame.

Se congela por un momento, sorprendido por mi elección de palabras, pero rápidamente cumple con mi petición. No sé si estoy realmente mojada o simplemente sudada, pero su polla se desliza dentro de mí tan fácilmente como si nunca hubiéramos hecho nada más. Milan agarra mis caderas y comienza a empujar dentro de mí, suave y lentamente al principio, pero después de que le doy algunas instrucciones claras, agarra mis caderas y me folla rápido y duro, casi brutalmente, tal como me gusta.

Me corro en solo unos segundos. Obviamente lo necesitaba, y él está tan excitado por mis gemidos que también se corre dentro de mí. Es una pena, porque hubiera estado lista para una segunda ronda. Aun así, Danny no me había follado tan bien y tan duro en mucho tiempo. Probablemente era demasiado doméstico para mí.

Mi ira, que de alguna manera ahora está dirigida a los hombres en general, brota de nuevo, así que me visto rápidamente. Milan está sentado en el banco de pesas, respirando con dificultad, le doy un rápido saludo y desaparezco tan rápido como mis piernas sobrecargadas me lo permiten.

De camino a casa, pedaleo con fuerza, sintiéndome emocionada y agobiada al mismo tiempo, como si hubiera comido algo delicioso que ahora me pesara mucho en el estómago.

Pero ¿y qué? A partir de hoy estoy oficialmente soltera, Danny se fue con su chica y no podría ser más libre, ¿verdad?

Aun así, se siente raro haber follado con otro hombre después de más de diez años.

*

Mi mano se cierne sobre el teclado del ordenador por un minuto. ¿Pulso o no? El botón azul parpadea expectante. Con un suspiro, bajo la mano y mi dedo índice hace clic en "Reservar".

Mientras todo tipo de correos electrónicos de confirmación inundan mi cuenta con molestos "¡Pling!", sigo mirando la pantalla, hipnotizada.

"¡FELICIDADES! ¡RESERVE AHORA COMODIDADES EXTRA PARA SU VUELO A CUBA!"

Sí, lo he hecho. Acabo de reservar un vuelo de 10 horas a La Habana. Gracias a Bruno. O por culpa de Bruno, dependiendo de cómo se desarrolle este viaje. En cualquier caso, no he despilfarrado 800 euros para luego echarme atrás en el aeropuerto. Esta será mi aventura sin importar los pensamientos extraños que tenga en mi cabeza. ¡Maldita sea, lo necesito!

Miro con escepticismo mi estómago, que se siente igual que siempre. Han pasado tres semanas desde la aventura con Milan y no parece haber tenido consecuencias. Tampoco sería exactamente

el escenario de mis sueños.

Bueno, lo admito, la idea de tener un bebé sin el apoyo falso de un tipo ensimismado se quedó en mi cerebro. ¿Pero el primer revolcón con un preparador físico?

Seguro que viene algo mejor. Aunque, de acuerdo, físicamente tiene genes obviamente fascinantes: grandes dientes y una cara uniforme con ojos brillantes. Pero ¿realmente quiero un niño con su coeficiente intelectual?

No, probablemente soy un poco demasiado arrogante y complaciente para eso, incluso si tales admisiones nunca se sienten bien. Pero si voy a quedar embarazada de cualquier chico al azar, me gustaría asegurarme de que la conversación de mi futuro hijo no se vea limitada a "¡Arriba! ¡Abajo! ¡Así, otra vez!".

Con un suspiro, me pongo a editar un artículo sobre la efectividad de la marihuana medicinal. Aparentemente, después de mi éxito con el informe del Pervitin, los editores jefe piensan que soy una experta en drogas, aunque solo fumé un porro una vez cuando tenía dieciséis años y me puse mala de forma instantánea. También podría haber sido por mi bebida favorita en ese momento, el Bacardi Breezer, pero no he tocado ese mejunje desde entonces.

Acorto algunas oraciones, corrijo imprecisiones estilísticas, pero realmente no puedo concentrarme. Porque... ¿y si Bruno tiene razón? ¿Estoy realmente lista para convertirme en una madre soltera sin pensión alimenticia y, lo que es más importante, sin una figura paterna real para mi bebé?

Miro dentro de mí. ¡Oh, sí! Por supuesto, no hay nada que desee más que tener una familia real, pero no puedo esperar más. Además, tengo tantos primos en mi lado italiano que están teniendo o han tenido bebés que mi hijo definitivamente nacerá en una gran familia feliz.

¡A la mierda todo! ¡Ya no voy a dejar que las fantasías románticas me impidan ser feliz!

Y, susurra una vocecita en mi cabeza, *un bebé cubano no destacaría tanto; la mayor parte de tu familia tiene cabello oscuro y ojos negros de todos modos, así que...*

La otra voz en mi cabeza, la que se mantiene práctica, solo sacude la cabeza, porque su frenesí de Prosecco hace mucho tiempo que llegó a su fin. Decido ignorar sus aburridas objeciones y hacer mi maleta en su lugar.

Bruno me ha asegurado que hará un calor abrasador al otro lado del ecuador en esta época del año, por lo que los conjuntos de playa son lo principal: lo primero y más importante es el diminuto bikini de punto, que Danny pensó que se veía demasiado cachondo para mí.

Pues cariño, a ver que tal me ven los latinos con este bikini...

Una sonrisa triunfante se apodera de mi rostro. Mientras me pruebo un diminuto vestido blanco frente al espejo, me sorprende mi expresión de confianza, pero tengo que admitir que no me veo tan hogareña y maternal como aparentemente Danny me hizo parecer.

Enciendo espontáneamente los altavoces Bluetooth y empiezo a bailar con las Pussycat Dolls.

—*Don't you wish your girlfriend was hot like me..?*

La verdad es que parezco pura tentación con este vestido: empuja mis pechos hacia arriba y acentúa mis oscilantes caderas. Oh sí, no puedo esperar a recibir mi primera lección de salsa de un cubano caliente.

Por supuesto, siendo la investigadora incorregible que soy, ya he hecho algunas indagaciones. La tasa de VIH en Cuba es la más baja de cualquier país latinoamericano. Los ataques a los turistas están severamente castigados. Ciertamente, podría ser estafada, pero el robo, y especialmente la violación, son muy raros. En general, es un país atractivo para una mujer que viaja sola.

Después de hurgar en varios foros, me doy cuenta de otra cosa: muchos cubanos buscan relaciones con mujeres europeas, principalmente para obtener una visa y eventualmente comenzar una nueva vida en Europa, que muchos ven como un paraíso.

Por todo esto voy a hacer un par de apuntes en mi lista mental: primero, no te hagas amiga de alguien que finja amor para poder conseguir una visa. Y, en segundo lugar, acuéstate con hombres que sean lo suficientemente ricos y no le des tu información de contacto a nadie.

Me duele un poco el corazón cuando pongo mis buenas intenciones y mi maleta en el autobús de larga distancia que me llevará al aeropuerto. Pero, como diría Bruno, “solo hay una protagonista en tu vida, cariño, y eres tú”.

En el aeropuerto tengo que obtener una visa temporal y me advierten de que un viaje a Cuba bloqueará mi pasaporte para ingresar a los Estados Unidos durante dos años. Me encojo de hombros. Este será, con suerte, mi primer y último viaje de larga distancia en los próximos años de todos modos. También tengo que mostrar mi billete de avión de regreso, como si estuviera repleto de gente que quiere establecerse de forma permanente e ilegal en esa isla comunista.

Siguiendo el consejo de Bruno, he reservado el vuelo de regreso para dos meses después; esa es la duración máxima de mi visa, incluida una extensión después del primer mes, y si quiero volver antes, puedo reservar otro en cualquier momento.

Después de completar los trámites, todavía tengo algo de tiempo en el aeropuerto de Frankfurt. Me paseo por las tiendas del lugar, me rocío con muestras de perfume y, finalmente, me detengo frente a un gran piano de cola blanco cuya inscripción invita a tocarlo a cualquiera que “pueda y quiera”.

No es que me sienta tentada por la invitación: han pasado muchos años desde mis lecciones de piano, y si mi maestro y mis padres podían estar de acuerdo en algo, era en mi falta de talento e interés.

El joven de traje blanco, que acaba de tocar una atrevida versión de jazz del clásico “Can-can” de Buena Vista, parece sentirse tan cómodo en el instrumento como una especie de insecto protegido en Alemania.

Sí, incluso sus gafas de sol de gran tamaño le dan el aspecto de una bronceada abeja, y los

movimientos casi invisibles de sus dedos sobre las teclas provocan un extraño zumbido en mi estómago.

Me demoro unos minutos, pero cuando siento que el ritmo subyacente amenaza con extenderse a mis piernas, salgo rápidamente antes de participar en un número de baile vergonzoso.

Unos minutos más tarde llego a mi puerta de embarque (nuevamente, me pregunto por qué tanta complicación para llamar a la simple palabra inglesa „gate“), y mientras sigo pensando si realmente estoy haciendo lo correcto, se inicia el embarque.

El avión no está totalmente ocupado, por lo que el asiento del medio entre un señor mayor vestido con un traje de negocios y yo permanece libre. Todo es muy agradable, así como la sonrisa de la azafata cuando nos sirve las primeras copas del vuelo: acabo optando por un Bloody Mary; como tanta gente, bebo zumo de tomate prácticamente sólo en los aviones (una vez leí su sabor se ve alterado por la presión), y espero que el alcohol me ayude a dormir un poco hasta que aterricemos en La Habana a las 7 a.m. hora local. En Alemania es ya la una de la tarde.

Me pongo los auriculares y busco una película que pueda distraerme hasta que traigan la primera comida, para mí lo más destacado de cada vuelo. No entiendo a la gente que se queja de la comida del avión. Siempre engullo hasta la última miga de mi ración, y no me avergüenzo de pedir a mis vecinos sus raciones cuando veo que no se las van a comer.

Así que me dejo acariciar por las películas de Disney hasta que traen el estofado de pollo. Dos tartaletas de cerezas de postre, porque el señor que está a mi lado no puede tomar azúcar, según me explica. Mastico los dulces con deleite y me pongo Aladín por enésima vez.

En realidad, he elegido Disney específicamente para evitar cargar innecesariamente mi cerebro con problemas profundos, y simplemente poder sumergirme en un mundo de cuento de hadas, pero ver al hermoso y bronceado inútil por las calles de Bagdad me hace pensar en mi misión secreta. Por supuesto que comenzaré este viaje como periodista y tal vez incluso regrese con material para mi libro, pero cuanto más vuelo a través del Atlántico, más fuerte se vuelve mi instinto: tengo que hacerlo. No quiero esperar más, y si no es ahora, ¿cuándo?

Tengo dos meses, así que ni siquiera tengo que calcular mi ciclo, sino que simplemente puedo tirarme todo lo que (o mejor dicho, todo al que) se cruce en mi camino. Y nadie sabrá nunca de dónde vino mi bebé: diez mil kilómetros y un océano se interpondrán entre el ignorante padre y yo, así como una burocracia casi infranqueable.

Una sonrisa aparece en mis labios mientras veo a Aladín y a su mono bromear con las autoridades. Sí, un chico joven tan fresco, sin sentido de la responsabilidad y sin pensar en el futuro; un chico tan joven sería el adecuado para mi plan. Sin dejar de sonreír, me quedo dormida y sueño con niños de ojos oscuros peleándose por tartaletas de cereza.

Cuando subo a la pasarela, se me corta el aliento. A pesar de lo temprano de la mañana, el aire es tan húmedo y bochornoso que me siento como si me hubieran metido en un acuario. ¿Cómo se supone que voy a sobrevivir aquí durante dos meses? Cada vez que respiro siento como si me ahogara, y mi alivio es enorme cuando llegamos a la sala de llegadas con aire acondicionado.

Antes de que pueda ingresar oficialmente al país, un oficial gruñón con uniforme militar me toma una foto, sella mi pasaporte y visa, y me dice que lleve esos documentos conmigo en todo momento. Escucho y obedezco.

Dado que la moneda oficial cubana, el CUC, solo se puede obtener en la isla, todavía tengo que cambiar dinero en el aeropuerto (a una tasa bastante escandalosa, como luego me doy cuenta) antes de poder tomar un taxi que me lleva a la vivienda que reservé por internet. Son apartamentos privados que tienen habitaciones y baños separados y que oficialmente se pueden alquilar a turistas. La única alternativa razonable a un hotel y, después de todo, no estoy aquí como una mera turista.

El taxista murmura una conversación bajo su extenso bigote, se muestra sorprendido de que viaje sola como mujer, luego enciende la radio y me pregunta si me sé la canción.

Es *Hotel California* de los Eagles. Oculto mi asombro de que esta joya de los setenta esté siendo un auténtico éxito aquí, y canto espontánea y torcidamente, lo que parece complacer mucho al taxista.

Después de media hora de viaje llegamos al centro de La Habana. Los vagabundos recogen apresuradamente sus sucios sacos de dormir, los panaderos publicitan a gritos el pan recién hecho que arrastran en sus carretillas de mano, los carniceros, fruteros y verduleros montan sus pequeños puestos, y los primeros coches llenan la ciudad de traqueteos y gases de escape.

Nos detenemos frente a una casa estrecha de varios pisos, pago los veinticinco dólares acordados (así llaman a su moneda oficial entre ellos, ya que el tipo de cambio se basa en el dólar americano) y me despido del taxista, no sin antes darle una propina de cinco dólares.

Yacinta, la casera, ya se encuentra parada en los escalones de la entrada. Para mi gran asombro, lleva un pequeño mono en sus brazos, que se acurruca contra ella, sonriente.

—Hola, Amanda, ¡encantada de tenerte aquí! ¡Este es Diego, mi bebé!

Vaaaaale... Saludo cortésmente al monito, pero él trata de morderme el dedo, así que rápidamente me alejo y le pregunto a Yacinta sobre mi habitación.

Me lleva al primer piso, donde viven ella y su esposo. Este se levanta del sofá y silencia el televisor voluminoso. Nos saludamos y luego continuamos subiendo las escaleras que conducen a dos dormitorios de invitados con baños adjuntos. Me explican cómo funciona el aire acondicionado y la mini nevera, que puedo utilizar en cualquier momento. ¿Qué tal estaría una buena cerveza fría en este momento?

Rota y sudorosa como estoy, la alcanzo y veo por el rabillo del ojo cómo Bernado, el esposo de

Yacinta, está sonriendo y anotando algo en un bloc de notas.

Luego continúa el recorrido turístico en la terraza del piso siguiente, donde, además de algunos aviarios, también hay una larga mesa de comedor, en la que está sirviendo el desayuno una mujer joven, de piel oscura con el cabello severamente peinado hacia atrás. Nadie se molesta en presentarme al ama de llaves. En su lugar, me piden que me siente y tome algo.

Mi vecino de mesa es un anciano inglés que ha reservado la otra habitación de huéspedes, pero solo brevemente, señala, porque quiere ir a bucear a Varadero.

Intento que la conversación se limite a asentir y sonreír mientras pruebo la tortilla y la fruta fresca. Solo el café me decepciona: se sirve en grandes ollas de plata y está tan azucarado que apenas se puede saborear qué bebida era originalmente. Bueno, me acostumbraré a ello, aunque siempre tomo el café solo.

A pesar del jet lag, después del desayuno me siento lo suficientemente fuerte como para conquistar la ciudad.

Mi primera ruta me lleva al Museo de la Revolución, pero de alguna manera no puedo concentrarme en los artefactos del glorioso período del Che Guevara. Me siento como un turista admirando obedientemente todo lo que se me pone delante de las narices.

Así que decido explorar esta legendaria ciudad a pie y simplemente seguir cada idea espontánea que se me cruce por la cabeza.

Una idea muy estúpida, como descubro horas después. Mis pies están sangrando y estoy ronca por rechazar todas las ofertas que constantemente me lanzan. ¿Necesitas una habitación? ¿Un taxi? ¿Un marido?

No gracias. Lo que necesito es un poco de tranquilidad, ya que todo el pueblo parece conspirar para estafar hasta el último dólar de esta turista.

Al menos he logrado entender que el CUC es la moneda de los ricos y de los extranjeros. Si quiero comprar una papaya o una cerveza local (que, por cierto, está tan mezclada con azúcar que necesito toda mi fuerza de voluntad para tragarla), necesito pesos cubanos, la moneda de los "verdaderos" cubanos que viven sus vidas sin inyecciones de dinero desde el extranjero.

Así que cambio parte de mis activos en efectivo por pesos en un puesto de frutas e inmediatamente me siento mucho más libre.

Sin embargo, la tremenda energía de la ciudad realmente me llega. La Habana es un gigante glotón, contaminado por los humos de los coches antiguos que parecen románticos en las fotos pero que en realidad apestan más que cualquier incinerador. La gente no parece tan risueña y de buen humor como me había imaginado. En cambio, la codicia brilla en sus ojos cuando reconocen a un extranjero. Sólo puedo comprar agua con dólares, y prácticamente no hay supermercados.

Compro un sándwich por unos pocos pesos, tal vez veinte centavos, que sabe a ketchup y algo parecido al queso.

Alrededor de las seis estoy en las últimas. Solo quiero descansar, sentarme en algún lugar donde no me hablen ni me molesten.

Cuando descubro un cine, entro espontáneamente y compro una entrada para la próxima película por cuatro dólares.

Es maravillosamente silencioso y fresco, puedo poner mis pies en el asiento frente a mí y finalmente descansar un poco. Curiosamente, están poniendo una película de terror alemana con subtítulos en español. En realidad, no es mi género, pero en esta situación absurda, en un cine de La Habana, puedo divertirme mientras un grupo de adolescentes es desgarrado gradualmente por misteriosas muertes. Al final, todo es culpa del malvado ejército de los EE. UU., y puedo entender por qué esta película se muestra aquí. En muchos sentidos, esta isla parece haberse detenido en el tiempo: de alguna manera, todos están todavía atrapados en una especie de Guerra Fría, con coloridos grafitis en cada esquina alabando los logros de Castro y jurando lealtad eterna a la revolución, mientras desprecian todo lo americano (aunque, secretamente, lo codician).

Cuando salgo del cine, ya está oscureciendo afuera y el aire ya no está tan viciado. Luces cálidas se encienden por todas partes y de repente La Habana ya no parece tan agitada y amenazante. Sonriendo, camino por las calles, descalza, con las sandalias en la mano, y me deslizo hacia un pequeño bar en un callejón.

Está medio vacío, con solo un grupo de jóvenes de piel oscura sentados en un rincón, discutiendo en voz alta y estallando en carcajadas eventualmente. Les dedico un asentimiento amistoso cuando entro y me siento en una pequeña mesa junto a la ventana.

El camarero llega rápido y pido un mojito. ¿Qué otra cosa podría pedir?

—Eso serán seis dólares —explica sin pestañear.

Un momento. Los jóvenes cubanos de enfrente también están bebiendo mojito, y dudo que puedan pagar tanto por un trago, ya que el salario promedio es de veinte dólares al mes.

Cortésmente le señalo esta contradicción al camarero, quien solo sonríe y niega con la cabeza.

—Precios para turistas —dice de forma inexpresiva. Suspiro y saco mi billetera, pero en ese momento uno de los jóvenes se levanta y viene a mi mesa. Es casi una cabeza más alto que el camarero y sus mechones oscuros se mueven con entusiasmo mientras explica en un rápido español con tintes cubanos que debe ser malo para su negocio estafar a los turistas de esa manera. Si el camarero no rectifica, simplemente piensa "invitarme", ¡porque no hay precios turísticos para él! El camarero responde a esta idea con un ametrallador monólogo que apenas puedo seguir.

Discuten un rato y deduzco de su conversación que los cubanos en realidad sólo pagan diez pesos, como cuarenta céntimos, por mojito. Finalmente, para terminar la discusión, les propongo un trato: solo pagaré dos dólares por mi bebida, pero prometo pedir al menos una más.

Refunfuñando, pero secretamente complacido, el camarero se va y el joven me guiña un ojo con una sonrisa antes de regresar con sus amigos.

El mojito está increíblemente bueno, y junto con el hecho de que un cubano me defendió como turista, eso me levanta el ánimo considerablemente.

Saco mi pequeña libreta negra y empiezo a anotar las impresiones y experiencias del día. He visto suficiente para un artículo completo solo en ese día. Las promesas de apertura de la isla y acceso gratuito a Internet no se han cumplido de ninguna manera, casi nadie tiene móvil y me parece que casi todo el mundo está dispuesto a vender su cuerpo y alma por dólares, que permiten lujos increíbles como lavadoras o microondas (el único supermercado que encontré tenía exactamente dos tipos de productos que podías comprar: electrónica y cerveza importada, ambos por solo dólares).

La sociedad parece dividida en dos clases: los que tienen acceso a divisas y los que viven de talonarios y salarios en pesos.

Tomo nota de cada impresión y tengo curiosidad por ver hasta qué punto se confirmará mi hipótesis de la sociedad de dos clases en las próximas semanas. Mastico mi bolígrafo, pensativa, y sólo tras un rato me doy cuenta de que el joven cubano que peleó por mí con el camarero ha venido a mi mesa.

—Hola, guapa —dice sonriendo—. ¿Qué estás escribiendo? ¿Un diario?

Le devuelvo la sonrisa y le doy la mano. Se presenta como Ricardo y me pregunta cuántas veces he estado en Cuba.

—Esta es mi primera vez.

Levanta las cejas con aparente asombro.

—¡Pero tu español es fantástico! Sin embargo, si puedo darte un buen consejo, di siempre que has estado aquí al menos diez veces. Es menos probable que te jodan de esta manera.

Le agradezco el consejo (que usaré muchas veces en el transcurso de mi viaje) y le digo que estoy tomando notas para un artículo.

—Oh, ¿eres periodista? ¡Excelente! Yo también escribo, pero poesía...

Una sonrisa tímida. De alguna manera me gusta más y más, y cuando me pregunta si puede sentarse a mi lado, no dudo ni un momento.

Es bastante alto, muy esbelto, casi larguirucho, tiene ojos grandes y redondos y piel de color café con leche, así como dientes brillantes un poco sobredimensionados (todo esto lo nota mi voz interior, que últimamente ha llegado a considerar a cada hombre como mero material genético).

También es profesor de historia y geografía, lo que lo convierte en una persona de contacto interesante para mis numerosas consultas periodísticas.

Por supuesto, es demasiado joven para mí, solo veinticuatro años, pero mi voz interior lo piensa mejor, y después del tercer mojito estoy de acuerdo.

Me ofrece una visita guiada por los lugares más interesantes de La Habana, que seguro que no

están en ninguna guía de viajes, y quedamos para el día siguiente.

Ricardo me llama un taxi y acuerda un precio razonable. Debo admitir que ser patrocinado por un local es bastante útil, ciertamente me ahorra mucho dinero: diez pesos en lugar de diez dólares, lo que hará una gran diferencia a largo plazo.

Nos despedimos con besos en las mejillas y él promete encontrarse frente a mi casa a las diez de la mañana siguiente.

En casa, enciendo el aire acondicionado, me tiro desnuda en la cama y, medio dormida, pienso que tal vez Bruno tenía razón después de todo: Cuba podría ser justo lo que necesito...

*

Tengo que romper una baza a favor de Yacinta y Bernardo: los desayunos son simplemente fantásticos. Ahora que he tenido una buena noche de sueño, realmente puedo disfrutar de la terraza románticamente decorada, la vista sobre los techos coloridos, las flores que lo cubren todo, el incesante canto de los pájaros exóticos... Definitivamente valen la pena los treinta dólares al día, incluso si me fastidian un poco los gritos constantes del mono Diego.

A las diez menos cuarto estoy reorganizando mi equipaje, como me he acostumbrado a hacer cuando viajo, cuando Bernardo llama a mi puerta.

Sus ojos celestes se estrechan cuando anuncia que hay un joven parado frente al portón que quiere ver a la señora Amanda.

Le devuelvo la expresión contrariada con una brillante sonrisa, le explico que es mi guía turístico y bajo las escaleras, interiormente sorprendida, e impresionada, por la puntualidad de Ricardo.

Vuelve a saludarme con los besos de rigor (se ha afeitado y puesto loción para después del afeitado, según puedo comprobar) y me explica su plan del día.

Cuando escucho cuántas estaciones históricas increíblemente importantes enumera, pongo los ojos en blanco para mis adentros. Mis pies todavía me duelen tremendamente; sin embargo, me dejo arrastrar por la ciudad durante varias horas, mientras me explica edificios gubernamentales y estatuas, hasta que, por pura desesperación, sugiero invitarlo a almorzar.

Por supuesto que tiene una idea para esto también. Ricardo me lleva a una cabaña destartada cuyas puertas, como es costumbre local, están abiertas de par en par para que pueda asomarme a una pequeña cocina donde una negra gorda manipula ollas y sartenes.

Nos sentamos en una de tres mesas pequeñas; varios miembros de la familia están almorzando en las otras dos. Tampoco hay letrero, menú o cualquier otra cosa que indique que se trata de algo más que un comedor familiar ordinario.

Pero Ricardo me explica que así se hacen muchos negocios en Cuba: el que tiene una navaja se

hace barbero por unos pesos, la que tiene una colección de esmaltes de uñas hace manicura y el que sabe cocinar de forma eficiente y barata se vuelve proveedor de comida para los lugareños.

El almuerzo consiste en arroz, frijoles rojos en salsa oscura y cerdo grasiento, y no me cuesta ni tres dólares. También hay agua helada gratis del grifo. Estoy tratando de apagar mis horribles visiones de ébola y tuberculosis: si los lugareños pueden beber el agua, ciertamente no me matará. Además, no quiero gastar dos o tres dólares al día en agua embotellada. Cuanto antes me acostumbre al estilo de vida cubano, mejor.

La comida no es precisamente de estrella Michelin, lo que también puede deberse a que aquí las especias son carísimas, pero te llena. Aun así, se necesita algo de coraje para preguntarle a Ricardo qué tiene planeado en su ajetreada agenda.

Me sonrío, mostrando de nuevo sus dientes increíblemente blancos que contrastan muy atractivamente con su piel morena.

—No te preocupes, mi niña, veo que ya no tienes ganas de caminar por la ciudad. Además, me dijiste que eras periodista. ¿Te gustaría ver cómo vive una verdadera familia cubana?

Antes de poder asentir, agrega:

—¡Y tenemos que ir allí en autobús!

Sentada y transportada. Mis maltrechos pies no pueden imaginar nada mejor en este momento. Ricardo nos organiza los boletos (dos pesos por persona, pero solo porque un cubano compra los tiques) y pronto estamos sentados en un vehículo desechado de origen chino, que nos lleva por caminos llenos de baches a las afueras de La Habana, hasta que finalmente llegamos a un distrito con el espeluznante nombre de Víbora.

Sin embargo, contrariamente a mis temores, las serpientes no pululan por aquí y, en cambio, casas de una sola planta se alinean una al lado de la otra, cada una con un extenso jardín, en el que a menudo se encuentran pocilgas de madera tosca.

Los pollos deambulan libremente por las calles y solo unos pocos gallos de aspecto extrañamente delgado están encadenados.

Cuando le pregunto, Ricardo me explica que se trata de gallos de pelea. Aunque en teoría las peleas de gallos están prohibidas, son muy populares entre los lugareños. Una curiosidad ardiente me vence. ¿Sería capaz de presenciar tal espectáculo? Si bien la idea de sangre y brutalidad me aterroriza, ¿qué periodista extranjero ha tenido una oportunidad así?

Ricardo se niega, y entiendo que el riesgo es demasiado grande para él. No importa. De todos modos, no estoy segura de que mi estómago pueda soportar un espectáculo tan sangriento.

Después de caminar unos cientos de metros, nos detenemos frente a un bungalow de tamaño mediano, pintado de blanco, que incluso tiene su propio garaje.

—Aquí vive mi familia —explica, orgulloso, Ricardo.

Podría haberlo adivinado. Su madre, Rosario, es una mujer pequeña y menuda que me saluda como a un miembro de la familia perdido hace mucho tiempo. Con orgullo me muestra su sala de oración, una pequeña habitación completamente blanca dominada por un altar decorado con flores. Entre las flores frescas de sus elegantes jarrones hay pequeños santos engarzados en oro, rosarios, así como un gran vaso lleno de un líquido transparente. El ron es simplemente parte de la santería, según me explica Ricardo.

—Mi esposo Mateo va a venir a rezar en un momento así que, por favor, no le molesten —dice la mujercita, que exuda una tremenda dignidad a pesar de su chándal rosa.

Ricardo me toma del codo y me lleva al pequeño jardín donde una niña de diez años con un uniforme escolar impecablemente limpio y medias blancas está esparciendo veneno para hormigas. Cuando le pregunto, ella me explica con entusiasmo que debía tener especial cuidado con las hormigas rojas, porque muerden como locas. Mientras me mantengo a una respetuosa distancia, ayudo a la niña, a quien Ricardo presenta como su media hermana Mariana, a manejar la regadera de gran tamaño.

Un poco más tarde, mientras la pequeña se ocupa de dar de comer a las gallinas, las cuales me presenta por su nombre, escucho el característico ruido de un coche aparcando.

Cada vez me siento más como una intrusa no invitada en esta familia, pero Ricardo también me presenta a su padastro, que en realidad conduce una camioneta relativamente moderna, fuma puros y no quiere hablar de su negocio.

Avergonzado por mis preguntas, Ricardo le indica a su familia que los dos aún tenemos planes (¿ah, sí?) y todos me despiden con exagerada cortesía. Rosario expresa su esperanza de volver a verme y la pequeña Mariana me vuelve a animar a alejarme de las hormigas rojas que muerden.

Todavía estoy sonriendo para mis adentros cuando volvemos al autobús.

Ángel

—¡Jamás, ni en un millón de años!

La sangre late con fuerza en mis oídos, todos mis músculos se tensan como un depredador listo para atacar y mi voz suena tan aguda que podría partir diamantes.

Mi padre, imperturbable, se recuesta en su silla de cuero y sonríe de una manera que supongo que pretende ser tranquilizadora.

—Mi tesoro, te he explicado cien veces que si nuestra familia quiere mantener su nivel de vida, todos deben hacer sacrificios. ¿O quieres que tu hermana tenga que hacer cola para comprar un kilo de azúcar y unas cajas de cerillas?

Niego con la cabeza a regañadientes, dejando que mi cabello negro de longitud media caiga sobre mi rostro.

—Bueno, entonces, no seas tonto. Ya se lo advertí a Carlo dos veces. Su primo maneja un taxi y trae los dólares a casa. Eso debe haberlo vuelto arrogante. No tienes que romperle las piernas de inmediato. Sin embargo, poco a poco debería entender que nuestra paciencia ha llegado a su fin.

Aprieto los puños con ira.

—¡Él nos apoyó cuando tu hermano ni siquiera soñaba con el consulado! ¿Y ahora quieres que lo amenace a él y a su familia?

Héctor González de la Santa María del Puerto cruza las manos frente a su enorme barriga.

—Tal vez fue un error nombrarte mi mayordomo. Apparently eres demasiado joven para prever las consecuencias de nuestras decisiones políticas. ¿Te das cuenta de lo que está en juego si decepcionamos incluso a uno de nuestros clientes?

Me encojo de hombros con impaciencia. En realidad, me importa una mierda las intrigas complicadas que planea mi padre otra vez. No quiero nada más que escapar de todo, allanar mi propio camino, incluso si sé que debo estar agradecido por todos los privilegios que me otorga mi padre: acceso a todo tipo de productos occidentales, entre ellos Internet, viajes de estudios a Praga y Caracas, ropa de Gucci y Versace, Lucky Strike y whisky irlandés, y sobre todo una visa de salida diplomática cuando lo desee, para dejar la isla.

Este privilegio sólo se le es concedido a unos pocos. A la mayoría de los cubanos ni siquiera se les permite montar en bote porque podría servir potencialmente como medio de escape. Por tanto, si desean alentar a los turistas a bucear o hacer snorkel, necesitan una licencia especial y deben ser particularmente leales a la isla, o pagar los horrendos sobornos.

Lo que nos lleva de vuelta al tema.

—Pareces haber perdido demasiado tiempo con la moralidad europea. Claro, cuando todo se te da en bandeja de plata, es muy fácil discutir. Pero si Inmigración sigue dándonos problemas, todos estaremos jodidos, y no creas que no te dejaría hundirte primero.

Apenas reconozco a mi padre. Su gorda cara se ha retorcido de disgusto, pequeñas escamas de saliva acompañan sus últimas palabras, y finalmente lo entiendo:

Esta es mi última oportunidad de asegurar mi lugar en el imperio de esta familia. A diferencia de mis dos hermanos mayores, uno de los cuales llegó al Ministerio de Asuntos Exteriores y el otro a la liga superior de cooperativas agrarias, yo soy el perdedor idealista. En realidad, mis estudios de medicina deberían haberme calificado algún día para Ministro de Salud pero, hasta ahora, según mi padre, he perdido todas las oportunidades que deberían haberme traído a la alta posición en nuestra familia.

Esta será la última oportunidad.

—En dos días quiero una garantía de que nuestros transportes llegarán desde Miami. Si Carlo finalmente no comienza a usar sus contactos, puede olvidarse de su solicitud de otro terreno. Y bien podría ser que la tierra de su familia sea confiscada para ser edificada.

Me estremezco. Romperle las piernas probablemente habría sido más humano que esa amenaza. Carlo, su familia de cinco integrantes y sus frágiles padres terminarían en la calle, las mismas personas que me enseñaron a jugar al ajedrez cuando era un niño mocosito, que me dieron un hogar cuando no pude resistir las implacables presiones de mi casa. Y todo sin cobrar jamás un peso al muchacho cuyo vestido y modales lo calificaban ya entonces como un niño de clase alta.

La madre de Carlo me ha invitado a cenar infinidad de veces, aunque apenas había para sus propios hijos, y a cambio les había enseñado a todos a montar en mi mountain bike americana. Para mi duodécimo cumpleaños, toda la familia se había reunido para comprarme un casco de bicicleta en el mercado negro. "¡Para que nunca te rompas esa inteligente cabeza!"

Pero ahora todos somos adultos y las fraternidades que solíamos tener ya no parecen contar.

Todo lo que importa es el poder de mi padre, que ha crecido como un cáncer en los últimos veinte años. Desde hábiles acuerdos con la familia Castro hasta floridas promesas en el discurso de Obama.

En definitiva, no solo ha construido un imperio de la cocaína sin precedentes en Cuba, sino que también se ha convertido en uno de los asesores más importantes del nuevo presidente. Si no me disgustara tanto, estaría orgulloso de él.

—Yo me ocuparé de Carlo. No te preocupes —respondo con la media sonrisa que se espera de mí.

Mi padre asiente satisfecho y hace un gesto con la mano para que me vaya.

*

—No, Fernando, todo se paga en dólares, cada transacción. ¡Tienes que creerme!

—Quiero las primeras cuatro sesiones en efectivo o ni siquiera empezaré.

—Pasado mañana vendrá el correo. ¡Cuenta con ello!

Cuelgo enojado. Somos una de las pocas casas con línea fija interregional, al igual que el hospital universitario, aunque se tarda más de media hora en localizar al médico adecuado. Fernando y yo diseccionamos cadáveres juntos, coqueteamos con la misma jefa de enfermería (sin éxito porque buscaba un amor extranjero) y nos tragamos juntos la repugnante comida de la cantina. Sin embargo, quiere que le paguen muy caro este favor.

De alguna manera, lo entiendo. A diferencia de todos los “especialistas” que solo atienden a pacientes extranjeros (ojos, dientes y otras partes del cuerpo que aquí tendemos a ver como lujos) él atiende en su mayoría a cubanos con típicas dolencias gastroenterológicas. Corta apéndices, inyecta morfina para la omnipresente pancreatitis (causada por abusar del licor destilado casero), alivia dolencias estomacales y extrae cálculos biliares. Todo por unos buenos veinte dólares al mes.

Es por eso que simplemente no puede dejar pasar esta oportunidad. Y ni siquiera puedo enfadarme con él.

Yo también tengo que hacer lo que tengo que hacer.

*

—Entonces, Carlo —digo en voz baja—, puedo ayudar a tu hija, o ambos podemos ver a mis hermanos categorizar tu tierra como un factor de recuperación, y sabes lo que eso significa.

Mi viejo amigo hace una mueca de dolor. Aunque apenas es mayor que yo, a mediados de sus treinta, la vida ya ha abierto profundos surcos en sus expresiones faciales.

—Ángel, sé a lo que te refieres... y haría cualquier cosa por Alicia, absolutamente cualquier cosa.

Tomo su mano.

—Entonces ayúdame a ayudarla. Tan pronto como el primer envío pase la aduana, volverá a la diálisis. Y haré lo que sea necesario para colocarla en lo alto de la lista de donantes.

Por dentro, me muero de autodesprecio. Qué repugnante usar la enfermedad renal de una niña de 12 años para sostener el imperio de drogas de mi padre. Pero no tengo elección.

—Es muy simple. Les explicas a Sebastián y Manuel que el escáner no funcionará el domingo. Exactamente de 12.30 a 12.45. Después de eso, se repara el daño y todo vuelve a la normalidad. Además, te voy a enviar una lista de personas cuyos papeles no serán revisados, ¿entiendes? Seguro que uno u otro te deberá un favor. E incluso si no, ¿cuánto vale para ti la salud de tu hija?

Carlo se retuerce y hace muecas como si tuviera dolor físico. Pero sé que mi batalla está ganada. Alicia recibirá la mejor atención en la isla, un verdadero filtrado de sangre con regularidad y tal vez incluso un nuevo riñón. Sin analgésicos y falsas promesas, la terapia habitual de los cubanos en fase terminal.

Por la noche puedo contarle a mi padre sobre mi éxito. La coca que importa para los pocos ricos de la isla pasará la aduana con facilidad, y Carlo y su personal del aeropuerto nunca volverán a interponerse en su camino.

Héctor sonríe ampliamente.

—Bueno, verás, Ángel, no somos tan diferentes después de todo. Tu madre estaría orgullosa de ti.

No hay nada que deteste tanto como cuando saca a relucir la conversación sobre mi difunta madre. A diferencia de mis hermanos mayores, nunca llegué a conocerla realmente. Murió de un tumor cerebral cuando yo no tenía ni dos años. Desde entonces, mi padre ha traído a una gran variedad de pretendientes a nuestra villa, pero ninguna se había quedado más de unas pocas semanas. Bueno, excepto Anita, aunque ella había comenzado una aventura con mi hermano mayor Domingo bastante rápido, por lo que tampoco era muy adecuada como madrastra...

Como siempre, deseo hacerlo mejor, construir una familia de amor y confianza en lugar de poder y miedo, pero las cadenas de oro que mi padre forjó tan hábilmente a nuestro alrededor nunca dejarán espacio para eso. No puedo recordar que ninguno de nosotros haya hecho contacto en los últimos diez años sin el motivo oculto de que dicha persona algún día podría sernos útil.

En un ataque de melancolía, me siento al piano y toco una sonata de Chopin. Las secuencias de tonos difíciles y rápidas no dejan lugar a otros pensamientos, y pronto me siento atrapado por la magia de la música. Un estadounidense de mi edad y antecedentes familiares probablemente tendría media docena de terapeutas. Yo, al menos, tengo a Chopin.

Amanda

Por la noche, Ricardo y yo damos un paseo por el malecón, el paseo marítimo de La Habana, que el Mar Caribe separa de la ciudad durante la mayor parte del año. Solo cuando llegan las tormentas de otoño, el mar intenta recuperar la isla de vez en cuando, como me muestra Ricardo con el indicador de nivel de la marea alta.

Al igual que con todos sus comentarios, asiento con asombro y aplaudo su conocimiento, aunque su comportamiento de maestro está empezando a molestarme. Tampoco se cansa de explicarme la suerte que tendría yo, una pobre turista ignorante, de tener a mi lado a un cubano tan instruido.

Sin embargo, como noté desde el principio, su educación se limita en gran medida a su isla de origen. No sabe nada de historia europea, ni quiere saber nada, porque, salvo contadas excepciones, todo el continente es para él una ciénaga capitalista.

Demasiado exhausto para discutir con él, me siento en un muro del puerto y contemplo el mar oscuro y espumoso.

Ricardo toma asiento a mi lado y toma mi mano de forma casual. Cuando lo miro inquisitivamente, sonrío de nuevo y sus ojos marrones brillan.

Se inclina hacia mí y me da un suave beso. Sus labios son carnosos y suaves y le devuelvo el beso con creciente entusiasmo. Pronto estamos tan entrelazados que los transeúntes silban y hacen comentarios burlones.

Avergonzada, me separo de Ricardo.

—¿Tal vez sea mejor que vayamos a mi casa?

Él asiente, como si no esperara nada más, y nos alejamos en silencio, aunque tomados de la mano.

Por suerte no hay nadie en el hueco de la escalera, así puedo prescindir de los comentarios sugerentes del viejo inglés.

Apenas he abierto la puerta cuando Ricardo me ataca de nuevo, me cubre de besos apasionados, con sus manos por todas partes y mi vestidito de verano de colores brillantes cayendo rápidamente al suelo, al igual que su camisa y sus vaqueros desteñidos.

Es muy delgado, casi flaco, pero me impresiona el tamaño de su miembro. ¡Maldita sea, Amanda, esta es tu primera vez teniendo sexo con un hombre negro!

Tengo que sonreír, sorprendida por este pensamiento, pero Ricardo probablemente relacione mi expresión facial con su masculinidad, que sobresale exigente de una mata de cabello negro y rizado, y parece ofendido. Rápidamente lo empujo hacia la cama para que distraiga su mente.

Agarra mis pechos, un poco demasiado fuerte para mi gusto, me acaricia brevemente entre las piernas y piensa que el juego previo ha terminado.

Mientras me penetra, gimo involuntariamente.

—Sí, grita por mí —susurra, agarrando mis hombros y comenzando a embestirme a una

velocidad insana. En realidad, todo va demasiado rápido para mí, pero este cuerpo musculoso y joven sobre mí, estos empujones apasionados y su expresión facial emocionada pronto me ponen en éxtasis. Alentada por Ricardo (¿por qué el español suena tan increíble en la cama?) me encuentro gritando con todo mi corazón unos minutos más tarde.

Pero está lejos de terminar. Tan pronto como mi primer orgasmo ha amainado, me atrae hacia él, me sujeta con fuerza y me conduce hacia el siguiente clímax con su increíble balanceo de caderas. Su rostro está contorsionado por el esfuerzo, casi animal; al parecer, ha decidido mostrarle a esta europea cómo pueden follar los cubanos.

Y, vaya que sí, realmente sabe follar. No creo que nunca me hayan follado en tantas posiciones seguidas, y rara vez me he corrido tan a menudo como lo hice esa noche.

Dos horas más tarde, ambos estamos empapados en sudor y estoy un poco dolorida. Finalmente me suelta y nos quedamos dormidos de inmediato, demasiado exhaustos para decir una palabra.

Desafortunadamente, la paz no dura mucho.

Me parece como si acabara de cerrar los ojos cuando alguien llama vigorosamente a mi puerta. Ricardo también se despierta y me mira confundido.

—¿Sí...? —pregunto vacilante en español.

—Soy Bernardo. Necesitamos hablar.

¿Perdón? ¿Qué quiere mi arrendador de mí en medio de la noche?

Somnolienta, me envuelvo en una sábana y abro un poco la puerta.

—Bien, ¿qué pasa?

—No puedes simplemente traer cubanos aquí. ¡Esta es una casa decente!

¿Qué diablos le pasa a este tipo? Antes de que pueda comenzar una respuesta apropiadamente indignada, interviene Ricardo, quien rápidamente se ha puesto sus calzoncillos.

—Está bien, aquí está mi identificación.

Bernardo toma el documento, se va refunfuñando y regresa al poco tiempo.

—Los visitantes deben estar registrados. Esas son las reglas. Hablaremos de nuevo mañana.

Demasiado cansada para enfadarme más, me acurruco con Ricardo y duermo toda la noche hasta que el sol de la mañana me despierta.

Aunque le ofrezco a Ricardo pagarle el desayuno, él insiste en esperar en la habitación hasta que arregle el asunto con los caseros.

Yacinta no me mira cuando salgo a la terraza, sino que murmura incoherencias al monito que lleva en el brazo mientras desaparece rápidamente por las escaleras.

Qué demonios. Hambrienta, empiezo mi desayuno y raspo los últimos trozos de tortilla de mi plato cuando, de repente, Bernardo se para frente a mí. Sus ojos azules casi desaparecen bajo sus espesas y pobladas cejas blancas.

Decido pasar a la ofensiva.

—Disculpe, pero ¿qué fue eso de anoche? ¡Creo que tengo derecho a un poco de privacidad!

Él tuerce la boca burlonamente.

—¿Dónde crees que estás? Cada pernoctación debe registrarse en el libro de hogar con un número de identificación. El gobierno controla cada paso que das. ¡Alégrate de que no haya llamado a la policía!

Abro la boca para defenderme, pero él se me adelanta.

—¡No queremos gente así en nuestra casa! Eres una turista y no lo entiendes, pero no podemos aprobarlo.

Niego con la cabeza en confusión.

—¿A qué te refieres? ¿A un cubano? ¡Pero si tú mismo eres de aquí!

Bernardo me mira con desdén.

—Pensé que tú, como alemana, lo entenderías.

En ese momento finalmente mi cabeza hace clic. Yacinta es rubia pajiza, ambos son de tez clara y ojos azules. ¡El hecho de que no quieren a Ricardo en su casa es por su color de piel! Ambos son racistas primitivos que adoptaron un mono bebé en su lugar, pero no permiten que los negros entren en su casa, excepto como sirvientes sin nombre. Me empiezo a marear.

—Si ese es el caso, empacaré mis cosas ahora. Y, para que lo sepas, precisamente porque soy alemana, aprendí de niña que no juzgas a las personas por el color de su piel. Ustedes dos son el mejor ejemplo de esto: ¡Hitler habría estado orgulloso de ustedes!

Él sonríe como si acabara de hacerle un cumplido. Antes de hacer algo precipitado, entro en mi habitación, pero él me llama:

—Todavía tienes que pagar por las tres noches reservadas. Más tres dólares por la cerveza del minibar.

A la mierda todo. Tiro mis cosas descuidadamente en la maleta mientras Ricardo me mira con los ojos muy abiertos. En lugar de despedirme, tiro un rollo de dólares a los pies de Bernardo y me siento aliviada de estar de vuelta en la calle.

Ricardo, diciéndome que este tipo de racismo no es raro aquí, no hace mucho para mejorar mi estado de ánimo.

Despotrico de asuntos al azar durante un tiempo, pero en algún momento me quedo sin aliento. Finalmente, Ricardo pone una mano tranquilizadora sobre mi hombro.

—Hay otros lugares que tienes que visitar. ¿Qué sigue en tu lista?

Ángel

—¿A Baracoa? ¡Eso está a más de mil kilómetros, hombre!

Domingo y yo sudamos en el gimnasio de la casa. Mi hermano yace gimiendo en el banco de pesas y exprime una frase después de cada diez levantamientos. Eso no hace exactamente que la comunicación sea más fácil, especialmente porque el zumbido de la máquina de remo, en la que me he recorrido el Amazonas tres veces, a veces lo ahoga.

—Tienes un mes. Y todos tenemos que ir allí para el cumpleaños de papá de todos modos. ¡Sin estrés!

Empiezo a cavilar. De hecho, el control de las diversas instituciones turísticas de la isla que “trabajan en cooperación” con mi padre tiene algunos problemas. Mis dos hermanos no pueden descuidar sus respectivas áreas de responsabilidad durante semanas. Yo, por otro lado, estoy disponible como lo que llaman un administrador de guardia. Hago todo lo que se le ocurra a mi padre. Lo del aeropuerto de la semana pasada me molestó mucho porque estaba en juego la salud de una niña, aunque, en cambio, mi trabajo también consiste en estafar a jubilados privándolos de sus propiedades, chantajear a prostitutas o, en el peor de los casos, dirigir a los chulos, bandas de matones que hacen cumplir las demandas de mi familia con sus puños y bates de béisbol. Cuando un empleado del banco tiene que elegir entre un aumento de sueldo y un par de costillas rotas, suele encontrar la forma de ocultar nuestras cuentas en el extranjero a las autoridades. Desafortunadamente, no todas las profesiones son tan sensatas.

El mes pasado, el dueño de un hotel se negó a entregar lo que mi padre dijo que nos debía de sus ganancias, creyendo que su acceso a divisas, sus guardaespaldas y sus contactos con la policía podrían protegerlo. Cambió de opinión después de que una ambulancia tuviese que recoger a su hijo adolescente camino a la escuela con dos rótulas destrozadas, especialmente cuando le dijeron al padre que sería su hermana la próxima vez, y los chulos no habían escatimado en detalles sobre lo que le harían gustosamente a la joven de dieciséis años.

Sí, después de mucha vacilación ordené esa acción, y lo único que tranquiliza mi conciencia es que evité que le cortaran la nariz y las orejas al niño. Entonces llegué al punto en que me convencí de que había hecho lo correcto. El padre solo tenía que pagar y, además, el niño podría volver a caminar después de unos meses...

Inundado por el asco hacia mí mismo, me inclino aún más en las correas, aunque el sudor ya me gotea en los ojos. Si abuso de mi cuerpo, ya de acero, hasta el punto del agotamiento, los

pensamientos desagradables se alejan de mí, como ocurre al tocar el piano.

Pero mi hermano insiste en que le dé una respuesta.

—¡Dime que vas a ir, Ángel! ¡Seguro que estás contento de irte de la ciudad!

En eso tiene razón. Y sin la revisión constante de mi padre, tal vez podría manejar las cosas de una manera un poco diferente, de una forma más humana.

Aunque me podría imaginar cosas más hermosas que pasar las próximas semanas obligando a los acreedores de mi familia a pagar, asiento, con la condición de que Domingo me deje tomar el banco de pesas.

—¿Adónde quieres ir primero? —pregunto mientras levanto las primeras cincuenta libras.

—Trinidad.

Amanda

—En breves momentos llegaremos a Trinidad —suena la voz aburrida del conductor del autobús por los altavoces.

¡Gracias a Dios! Después de siete horas en el autobús interurbano con un aire acondicionado exagerado, casi temía congelarme.

Ricardo, en cambio, parece muy satisfecho. Tiene los tapones de mi reproductor de mp3 en sus oídos y obviamente se siente muy a gusto. Comprensible. Después de todo, es la primera vez que viaja en uno de los modernos autobuses destinados solo a turistas. En la terminal de autobuses de La Habana me dijeron que como extranjera no tengo derecho a utilizar los autobuses cubanos que cruzan la isla a bajo precio y se pagan en pesos. Así que compré un billete caro en dólares para los dos, aunque cada vez estoy menos segura de querer que Ricardo sea mi compañero de viaje permanente. Se deja invitar a todo como si fuera algo natural, usa mis cosas como si fueran suyas y me trata cada vez más como una niña ignorante y despistada.

Además, me parece un poco extraño que él, como supuesto maestro, pueda simplemente salir corriendo a darse una vuelta a la isla con una turista. Él descarta cualquier pregunta sobre esto con gesto de su mano.

—Así es en Cuba, es que no lo entiendes.

*

Una buena docena de personas ya nos están esperando en la estación de autobuses de Trinidad, todos con carteles que anuncian sus casas particulares. Le pregunto a Ricardo qué oferta cree que tiene más sentido, pero se encoge de hombros, con los ojos muy abiertos. Lo entiendo: esto ya no es La Habana, su ciudad natal, y no tiene idea de cómo comportarse aquí. Parece que depende de mí, así que finjo haberlo hecho mil veces y negocio con tres caseros la ubicación, el mobiliario y el desayuno en sus habitaciones.

Al final me decanto por el contrato de una anciana arrugada que obviamente no tiene ningún problema con Ricardo. Nos lleva por calles sinuosas hasta una pequeña casa con persianas de colores. Hasta ahora me gusta más Trinidad que la capital, aunque los adoquines vayan a acabar pasándole factura a las ruedas de mi maleta. Pero de alguna manera todo parece más pequeño, más informal, más pintoresco y más limpio.

La habitación no tiene aire acondicionado, pero mi necesidad de aire frío ya ha quedado satisfecha de todos modos después del viaje en autobús. Poco a poco estoy empezando a acostumbrarme al clima húmedo. Ricardo, en cambio, se queja de que no hay televisión y se tira con los zapatos puestos en la cama hecha. De forma obviamente intencionada, ignora mi cara de mal humor y, en su lugar, me pregunta si podría conseguir una botella de ron para los dos.

¡De ninguna manera! Le dejo mi reproductor de mp3 y las revistas en español que compré en la estación de autobuses y salgo por mi cuenta a explorar la nueva ciudad.

Las pequeñas galerías de artistas me invitan a explorar y las artesanías parecen tener un estatus especial en Trinidad, incluso si las telas tejidas a mano y las tallas artísticas obviamente están más destinadas a los turistas.

En comparación con La Habana, rara vez me molestan, y en cada rincón descubro algo nuevo: un balcón rebosante de flores, tres hombres vestidos con túnicas blancas discutiendo sobre su religión, un niño en uniforme escolar junto con otro leyendo algo de un libro de una manera muy concentrada, hasta que me descubren.

—¿Tiene chicles, señora? ¡Por favor!

Por supuesto, estoy feliz de darles un paquete, que siempre llevo conmigo gracias a mi investigación anterior, y un par de bolígrafos, que están encantados de probar en sus libros de ejercicios.

Me dan las gracias cortésmente y sigo caminando con una sonrisa, doblando una esquina donde, inesperadamente, un caballo se acerca a mí.

Parece igualmente sorprendido, girando la cabeza y resoplando, pero el hombre delgado sobre su espalda lo calma con unas pocas palabras. Para estar segura, me paro cerca de una pared de una casa, porque el semental marrón moteado es seguido por otros tres caballos, en los que obviamente están sentados turistas con caras quemadas por el sol, cansadas pero felices.

Reducen la velocidad y los sigo con facilidad hasta que se detienen frente a una casa aislada de techo plano, aparentemente el establo.

El conductor del caballo ha notado mi mirada curiosa y se vuelve hacia mí con una sonrisa.

—Hola, ¿le gustaría hacer una visita guiada a caballo?

Dudo porque he oído hablar mal de la ganadería en Cuba. Se da cuenta de mi indecisión y sonrío aún más mientras desensilla los caballos y comienza a frotarlos con paja.

—¡Eres bienvenida a echar un vistazo más de cerca a nuestras bellezas! Les damos de comer solo la mejor comida, solo usamos el látigo para hacer ruido y solo tienen que hacer giras dos veces al día.

De hecho, los animales se ven bien cuidados, con pelaje brillante y ojos blancos impolutos. Cuando estiro la mano con cuidado hacia el semental, él la olfatea brevemente y luego voltea la cabeza con arrogancia porque no tengo nada que ofrecerle excepto mi piel desnuda. Tengo que sonreír. ¡Es como el típico hombre!

—¿A dónde me llevarías de excursión?

Los ojos del hombrecito comienzan a brillar.

—A dos horas en caballo de aquí hay una cascada en medio de la selva. Puedes ir a nadar allí y luego cabalgaremos de regreso, a través de bosques, pueblos y campos.

Eso suena increíblemente tentador. Espontáneamente digo que sí. El viaje cuesta cuarenta dólares, pero para mí vale la pena la experiencia. Salir de la ciudad, finalmente ver algo del paisaje caribeño y, por una vez, no preocuparme por la gente. Después de todo, ¡también estoy de vacaciones!

Quedamos en encontrarnos a las ocho de la mañana del día siguiente y le doy al orgulloso semental una cariñosa bofetada de despedida.

*

Desafortunadamente hice los cálculos sin Ricardo. Cuando se entera de que he planeado un viaje sin él, se vuelve loco.

—Amanda, ¿lo nuestro no significa nada para ti?

Hago una mueca de incertidumbre. Sí, anoche tuvimos otro maratón de sexo, pero aparte de eso, para ser honesta, realmente no hay mucho entre nosotros.

—Bueno, no sé... probablemente no.

Hace pucheros y asiente.

—Para que lo sepas, yo tampoco estoy enamorado de ti. Y tampoco necesito una visa tuya: mi padre ya me consiguió un pasaporte y me voy a Serbia el próximo año. De ahí me iré a Inglaterra de alguna manera; un amigo puede conseguirme un trabajo allí.

—Me alegro por ti.

Estoy genuinamente aliviada, a pesar de que su plan no está bien pensado a mi parecer.

—Aun así —dice, moviendo un dedo— de ninguna manera voy a dejar que te vayas de viaje sola con un cubano totalmente desconocido. ¿Quién sabe qué podría pasarte allí?

Él enumera todo tipo de peligros que una extranjera ingenua como yo puede enfrentar, pero dejo de escuchar porque hace mucho que entendí lo que realmente quiere decir: se supone que también debo pagarle el paseo en caballo, o comenzará un drama terrible. Está bien, me estoy rindiendo esta vez, pero me doy cuenta de que necesito deshacerme de Ricardo lo antes posible si no quiero tener un parásito en mi mejilla por el resto de mi estadía.

*

Por suerte, no insiste en cabalgar a mi lado, así que puedo tener una charla tranquila con el jinete, Lorenzo, quien me explica las peculiaridades de los pueblos que pasamos camino de la selva. Por ejemplo, me entero de que el gobierno ha instalado una enfermería en cada población, por remota que sea, porque los caminos embarrados son intransitables para las ambulancias cuando hace mal tiempo. Cuando hay un caso particularmente grave que no puede ser tratado en las pequeñas clínicas, se utilizan carretas tiradas por bueyes, o incluso búfalos de agua enjaezados que pueden llegar a atravesar hasta pequeños ríos desbordados.

De hecho, incluso ahora que el tiempo es relativamente seco, el suelo está bastante embarrado, pero los cascos descalzos de nuestros caballos avanzan sin esfuerzo por la tierra roja, animados por los silbidos y chasquidos de Lorenzo, que de vez en cuando se detiene a que mordisqueen los arbustos.

Pronto, la vegetación se vuelve más densa y solo se pueden ver algunos pequeños asentamientos debajo de los árboles altos, que están rodeados de enredaderas y helechos rampantes. Después de otra media hora, con los caballos sudando la gota gorda por el ascenso, hemos llegado a nuestro destino. Lorenzo me ayuda a desmontar y me muestra el camino a la cascada. Él mismo se quedará a la sombra con los animales, dándoles agua y frotándolos para secarlos.

Las rocas son resbaladizas y en un momento casi alcanzo la mano de Ricardo, pero logro controlarme en el último segundo. Finalmente, la cascada está frente a mí, desapareciendo en un lago oscuro y redondo. Me quito mi sudoroso vestido, debajo del cual ya llevo un bikini, y salto de cabeza al agua.

Hace un fresco maravilloso tras el calor sofocante. La cascada salpica suavemente sobre mis hombros y, por un momento, toda la tensión desaparece de mí, hasta que Ricardo aparece a mi lado y trata de empujarme bajo el agua. Me parece muy desagradable y se lo digo en términos muy claros. Ofendido, se va, murmurando maldiciones sobre los arrogantes europeos.

Por supuesto, eso me quita la relajación. Planeo decirle esta noche que debemos separarnos. O mejor mañana por la mañana, pues entonces podrá tomar un autobús de regreso a La Habana de inmediato.

*

Después del largo viaje estoy agotada y me echo una siesta, de la que me despierto al anochecer. Me meto en la ducha y me siento bastante en forma de nuevo, a pesar de la aparición de un molesto dolor en los músculos de las nalgas. ¿Qué más puedo hacer hoy?

¡Por supuesto!

Mi guía de viajes y Tripadvisor recomiendan la Casa de la Música, donde puedes escuchar a las que se dice que son las mejores bandas en vivo de Cuba todas las noches. Un poco de cultura después de un día en la naturaleza suena perfecto.

Por supuesto, Ricardo insiste en acompañarme de nuevo, pero como la entrada cuesta solo un dólar y no tengo ganas de sentarme sola en un bar de todos modos, acepto.

La Casa de la Música se encuentra al final de una amplia escalinata, cuyos peldaños son repetidamente interrumpidos por plataformas sobre las que hay mesas y sillas donde ya están sentados varios grupos de turistas y lugareños. El escenario también se instala al aire libre justo al lado del rellano más ancho. Tomamos asiento, pagamos la entrada y pedimos mojitos.

La banda es bastante buena y el ritmo se me mete en la sangre rápidamente. Por supuesto, principalmente cantan canciones popularizadas por el Buena Vista Social Club. Después de todo, eso es lo que los turistas esperan de un grupo cubano. Algunas personas comienzan a bailar, aunque no es tan fácil en las escaleras, e incluso dejo que Ricardo me enseñe algunos pasos básicos de salsa tras el segundo mojito. Desafortunadamente, a diferencia de él, no soy particularmente hábil y me quedo sin aliento rápidamente, por lo que me alegro mucho cuando una turista rubia algo regordete pregunta tímidamente si puede mostrarle a ella también cómo se hace.

—Claro. De todos modos, tengo que ir un momento al baño —me despido con una sonrisa y subo los escalones del edificio principal.

Aparentemente no soy la única con necesidades humanas: se ha formado una pequeña cola fuera del baño de damas. Estoy apoyada en una esquina junto a la barra, tratando de ser paciente, cuando escucho a un camarero hablando en voz baja con el cantinero.

—Uno de los Santa María está aquí, ¿qué debo hacer?

—Maldita sea —sisea el barman en respuesta—. Los otros libros están detrás. Distráelo, llévale un whiskey importado o algo, y ya me las arreglaré.

Mis dedos comienzan a hormigear, una señal inequívoca de que mi curiosidad periodística se ha despertado. El tono de los dos suena casi a pánico; al parecer le temen a esa tal Santa María, sea quien o lo que sea. En cualquier caso, la Santísima Virgen ciertamente no tendría ningún interés en la contabilidad de la Casa de la Música.

Curiosa por descubrir qué hay detrás de esto, sigo al cantinero de la manera más discreta posible hasta la parte trasera del bar, donde desaparece detrás de una puerta de acero. Antes de que pueda decidir si correr el riesgo de seguirlo más lejos, la puerta se abre de nuevo y un hombre alto y de hombros anchos camina directamente hacia mí.

—¿Puedo ayudarla, señora? —pregunta cortésmente en español. Su cabello negro, de longitud media, cae sobre su rostro prominente. Su sonrisa parece más irritada que agresiva, pero todavía me siento como un conejo frente a un lobo y empiezo a tartamudear.

—Yo, eh.. no español, ¡lo siento! ¿Baños, por favor?

—*No problem, Miss. Just over here and then to the left* —responde en un inglés sin acento y con un elegante movimiento de la mano.

Asiento con entusiasmo y me retiro. La cola ha desaparecido, así que finalmente puedo hacer mis necesidades, pero la sensación urgente de estar tras la pista de una historia interesante persiste.

Cuando vuelvo a mi mesa, veo que Ricardo ha vuelto a tomar asiento. Un mojito fresco está frente a él y lo está discutiendo con un mesero. Cuando me ve, me señala con una gran sonrisa.

—¡Aquí, la dama se hará cargo de la cuenta!

Pongo los ojos en blanco, pero saco mi billetera y le doy los cuatro dólares al camarero, ya que aparentemente no hay precios especiales para cubanos aquí. No tengo ganas de discutir sobre cómo manejar mi dinero ahora, estoy mucho más interesada en saber si mi contacto local tiene alguna información para mí.

—¡Salud, Ricardo!

Brindamos. Mi vaso aún está medio lleno y el hielo se disuelve lentamente, pero eso no me molesta.

—La verdad es que conoces Cuba tan bien...

Él asiente halagado y toma un largo sorbo.

—¿Significa algo para ti el nombre de Santa María?

Casi escupe su mojito.

—¿Qué? ¿Quién? ¿Por qué?

—Vamos, sabes que soy periodista. También tengo mis fuentes, como tú —le digo y le guiño un ojo. Cuanto más pueda convencerlo de su propia importancia, más me dirá. Esta estrategia funciona para casi todos los hombres y él es un macho clásico.

—Bueno, no sé qué te dijeron tus fuentes... —comienza vacilante.

—¡Imagina que soy una niña despistada y tienes que explicármelo todo!

Le sonrío con los ojos muy abiertos y me pregunto si tal vez me he pasado con mi actuación. Aparentemente no.

—Bueno, Héctor González de la Santa María del Puerto y su familia ahora controlan la mitad de Cuba. Por supuesto, solo lo sé porque tengo contactos con círculos poderosos a través de mi padre...

Asiento apreciativamente para que continúe.

—Tiene varios tíos y primos en la política; su hermano es cónsul... su hija se casó con uno de la familia Castro... y sus hijos poco a poco van asumiendo los puestos estratégicos del país.

—Ajá. ¿Y cómo ganan dinero?

Ricardo titubea un momento, pero la necesidad de presumir de sus conocimientos es más fuerte que sus miedos. Después de todo, yo soy solo una turista, y lo que hable en Europa difícilmente afectará a los cubanos.

—Dicen que está involucrado con la cocaína. Aunque no estoy seguro de eso, las leyes de drogas son muy estrictas en la isla... Además, él tiene, bueno, varios tratos con hoteles, compañías de taxis, restaurantes, etc.

—Te refieres a la extorsión de dinero de protección, al crimen organizado. ¿No es así?

Ricardo se encoge de hombros.

—No sé exactamente cómo es en Europa. Los Santa María organizan contactos importantes y, de alguna manera, tienen algo que ver con la concesión de licencias. Por supuesto que les pagan por ello.

De repente me pregunto si realmente la buena fama de la Casa de la Música sólo se debe a las críticas de los turistas. De cualquier manera, es un negocio próspero y puedo entender que la mafia local quiera una parte del pastel.

Trato de indagar más, pero Ricardo no puede decirme mucho más. Pensativos, volvemos a casa un poco más tarde.

Apenas cruzamos la Plaza Mayor, rodeada de magníficos edificios de la época colonial, cuando de repente un policía se baja de una patrulla estacionada en el borde y viene directo hacia nosotros.

—Buenas noches. ¿Puedo ver sus identificaciones, por favor?

Estoy un poco irritada, pero le muestro mi pasaporte y, cuando pregunta, le explico en qué casa particular me alojo. El joven policía me devuelve el pasaporte y se dirige a Ricardo, que ya tiene listo su documento nacional de identificación.

—¿Es usted de La Habana?

—Sí.

—¿Y qué hace aquí en La Trinidad?

Les interrumpo.

—Es un conocido que se ofreció a mostrarme la isla.

El policía no me mira.

—Debes venir con nosotros a la estación. Necesitamos verificar su situación.

Ricardo solo asiente en silencio. Yo, en cambio, me enfado.

—¿A qué viene esto? ¡Es mi compañero, vivimos en la misma casa!

Pero Ricardo sacude la cabeza y me dice que me contenga mientras se deja llevar al coche de policía sin oponer resistencia.

Golpeo los cristales con frustración.

—¡Al menos dime qué está pasando! ¿Adónde te lo llevas?

—Al cuartel general —dice el policía con dureza.

Miro con incredulidad el patrullero que acaba de secuestrar a mi compañero de viaje. No es que tenga muchos sentimientos por Ricardo, ¡pero supongo que es inaceptable que la gente sea secuestrada en la calle solo porque no está en su ciudad natal!

Decido correr al siguiente taxi que está esperando clientes no lejos de la plaza.

—¿Sabe dónde está el cuartel general de la policía local?

Cuando el conductor asiente, entro. Molesta como estoy, le cuento al hombre de rastas cortas lo que acaba de pasar. Asiente de nuevo y suspira.

—Les gusta hacer eso. Pura chicana. Es posible que lo retengan durante cuatro o cinco horas antes de tener que liberarlo en algún momento.

—¿Pero por qué? ¿Cree la policía que es un criminal?

Mi conductor se ríe.

—Qué va. A las autoridades simplemente no les gusta ver a los lugareños pasando el rato con los turistas. Tienen, por así decirlo, un mayor riesgo de fuga, ¿entiendes?

Entiendo. Si estuviera enamorada de Ricardo, ciertamente haría todo lo posible para conseguirle una visa y de alguna manera llevarlo a Europa, con matrimonio si fuera necesario, pero posiblemente solo como un turista que nunca regresaría. Debido a que el gobierno no quiere que sus hombres y mujeres jóvenes desaparezcan de esta manera, hacen que esas relaciones sean lo más difíciles posible.

Media hora más tarde nos encontramos frente a un bloque de hormigón iluminado con luces de neón en medio de la nada. Le pido al taxista que me espere y prometo pagar el tiempo de espera. No solo porque ha sido muy amable conmigo, sino porque no tengo ni idea de dónde conseguir un taxi nuevo en medio de la noche en esta zona abandonada de la mano de Dios. Le doy veinte dólares y me desea suerte.

Por supuesto, como turista, no se me permite entrar en la comisaría, lo que me enfurece aún más.

—¡Soy una periodista de Alemania! —les grito a los dos uniformados que patrullan la entrada armados con ametralladoras y parecen no impresionarse por mis palabras. En cambio, siguen lanzando miradas inquietas dentro de la caseta de vigilancia. Me encantaría ver lo que está pasando allí, pero solo veo algunos destellos a través de la puerta entreabierta.

—¡Si no me dejan hablar con su jefe ahora mismo, me aseguraré de que Amnistía Internacional se entere esta misma noche! ¡Pueden esperar ver sus nombres en todos los periódicos internacionales mañana!

Mientras todavía estoy gritando amenazas vacías y comenzando a sentirme completamente ridícula, veo a un hombre alto caminando por el mostrador de recepción por el rabillo del ojo. Cuando me mira, un rayo me golpea. Es el tipo que me mostró el camino a los baños en la Casa de la Música cuando de hecho quería colarme en los trasteros. ¿Qué diablos está haciendo aquí?

Me saluda con un gesto indiferente con la mano (su sonrisa es algo irónica, aunque no sé por qué) y desaparece en una habitación contigua.

Unos minutos más tarde, el comandante de turno sale por la puerta principal seguido de Ricardo.

—Disculpe, señora, esto es probablemente un malentendido. Solo tuvimos que aclarar rápidamente la identidad de su acompañante con la oficina de registro en La Habana. ¡Por supuesto, esto es solo para garantizar su seguridad personal!

Asiento, demasiado aturdida para responder.

Ricardo se limita a negar con la cabeza sombríamente mientras subimos al taxi.

—Estoy harto de que nos traten como animales. ¡Dame el reproductor de mp3!

Se sienta en el asiento del pasajero y se tapa los tapones para los oídos, aparentemente no

dispuesto a seguir hablando de lo que ha sucedido. Cuando el conductor arranca el motor, de repente se escucha un golpe enérgico en la ventana.

Me sobresalto. Frente a la ventana está el chico guapo con el que me he cruzado dos veces esta noche.

—Perdón si la he asustado. ¿Va a ir al centro de la ciudad?

Abro la puerta con un suspiro. Él entra y se disculpa de nuevo.

—Siento haberla emboscado así. Estoy feliz de compartir los gastos de viaje. ¿Sabe lo difícil que es conseguir un taxi a esta hora?

—Me lo puedo imaginar —murmuro, mientras miro casualmente a nuestro nuevo pasajero. Tiene un rostro muy bien formado con cejas prominentes, un mentón enérgico, labios elegantemente curvos y ojos negros profundos. Comparado con el algo torpe Ricardo, parece francamente aristocrático.

—¡Oh, disculpa! Soy Ángel. Encantado. ¿Y tú?

—Amanda. Encantada.

Nos damos la mano mientras Ricardo todavía está de mal humor y asiente con los dientes apretados al ritmo de la música.

Ahora que nos conocemos oficialmente, le pregunto francamente a Ángel qué hacía en la comisaría.

—Hubo, um, un problema con mi licencia. Soy músico, sabes, y para poder tocar en la Casa de la Música necesitas ciertos certificados que tienen que renovarse regularmente.

Lo miro de nuevo. Noto sus manos grandes con dedos largos y delgados.

—¿Eres pianista?

—¡Buena suposición! —una gran sonrisa cubre su rostro—. Y tú eres periodista, si no he escuchado mal.

—Sí, estoy aquí por trabajo, por así decirlo.

—¿Sobre qué estás escribiendo exactamente?

Me encojo de hombros.

—Aun no estoy segura. Hay mucho sobre Cuba que podría interesar a los lectores occidentales. Solo he estado aquí unos días y ya podría escribir tres informes... Pero acabo de encontrar algo que me gustaría investigar más a fondo.

Cuando me detengo por un momento, él cava más profundo.

—¿Y de qué se trata?

Todavía estoy dudando. ¿Es realmente una buena idea hablar con completos extraños sobre corrupción y estructuras mafiosas? Por otro lado, Ángel es músico, por lo que está bastante abajo en la jerarquía cubana. Y como trabaja en la Casa de la Música, hasta podría saber por qué los camareros le temen tanto a esta Santa María.

—Se trata de los asuntos de un tal Héctor González de la Santa María del Puerto. ¿Por casualidad lo conoces?

El rostro de Ángel se oscurece por un momento. Al mismo tiempo, el taxista emite un silbido agudo y me busca por el espejo retrovisor.

—Señora, si puedo darle un consejo amistoso, manténgase alejada de todo eso. Se está poniendo a usted misma y a otras personas en peligro. ¡Será mejor que escriba algo sobre las nuevas reformas económicas o sobre el Patrimonio de la Humanidad de la Unesco o... o sobre la selva tropical!

Es casi cómico lo mucho que intenta darme otros temas. La boca de Ángel también se tuerce sospechosamente.

Cuando paramos en la Plaza Mayor, se baja. Por un momento parece estar luchando consigo mismo, pero luego se inclina hacia mí de nuevo.

—Si quieres información, vuelve aquí mañana a las 2 de la tarde. Te espero aquí.

Con estas palabras cierra la puerta y se aleja. Pronto su sombra ha desaparecido en la oscuridad.

Ángel

Jesús, ¿qué acaba de pasar?!

Miro con incredulidad mi reflejo en la luz de la mañana sobre el gran fregadero de mármol rosa. Por supuesto, mi padre me reservó un alojamiento que correspondía a nuestro estatus. Pero la persona que me mira fijamente no parece familiar.

Algo brilla en mis ojos. Parece que pronto estarán en llamas.

¿Por qué he hecho eso? ¿Por qué no me he unido al taxista o me he hecho el ignorante?

La respuesta es casi demasiado fácil: porque tengo muchas ganas de volver a ver a esa tal Amanda.

Algo en su mirada, esos ojos azul verdosos que brillan incluso en la oscuridad como una laguna caribeña, me atrae, esa especie de apertura que a menudo extraño en mis compatriotas. Parece tan vulnerable, pero al mismo tiempo parece saber exactamente lo que quiere. ¡Pero que ella quiera informar sobre nuestra familia de entre todas las cosas!

Hasta ahora ningún extranjero se ha interesado por las maquinaciones de los Santa María... Tengo que pensar bien lo que le voy a decir hoy. Por un lado, estoy tentado a exponer a mi padre y sus repugnantes prácticas. Por otro lado, no debo olvidar mi posición en la cadena alimenticia. Si mi familia se entera de que hablo de ellos con periodistas, nunca más seré feliz en esta isla. Publicidad es lo último que quiere nuestro clan.

Aun así, esos pensamientos me ocupan mucho menos que la sonrisa de Amanda, la forma en que echa la cabeza hacia atrás, su lindo acento que en realidad solo brilla en sus "t" y "d", y una y otra vez... su mirada. Como si pudiera ver a través de mí sin esfuerzo, ver hasta el fondo de mi alma, ¿qué tontería! ¡Venga, Ángel, ya eres un hombre! No te dejarás irritar así por ninguna fisgona europea, ¿verdad?

Respiro hondo, me echo agua fría en la cara y me obligo a comer un poco del delicioso desayuno que me ha preparado la casera. Incluso hay queso de cabra fresco y miel casera para acompañar, un manjar raro por el que normalmente moriría, pero hoy apenas puedo tragarlo.

En lugar de ocuparme de mis asuntos planeados, para los que simplemente no estoy de humor, mato el tiempo con algunos diarios internacionales, en los que tampoco puedo concentrarme, y finalmente llego a la plaza a las dos menos cuarto.

Segundos después, la veo. Obviamente Amanda tampoco quería faltar a nuestra cita por nada del mundo. Lleva un vestido blanco corto que acentúa su figura de una manera que inmediatamente me da pensamientos traviosos. Esas tetas, esas caderas, esas piernas interminables y esa pancita linda que quiero morder... Dios mío, ¡si no me repongo seguro que le voy a decir un montón de tonterías!

Amanda, por otro lado, parece bastante relajada. Pedimos zumo de guayaba recién exprimido, pero después de pensarlo un momento pido un ron doble para mí. Necesito controlar mis nervios de alguna manera, y la forma en que se echa el pelo hacia atrás no ayuda.

Saca un bloc encuadernado en cuero y un bolígrafo negro liso. No puedo evitar pensar en la llamativa pluma Montblanc que me dio mi padre para que firmara los contratos que firmo en su nombre con la debida dignidad. ¡Dios, qué maldito fanfarrón es! Pero mientras lo pienso, me recuerdo a mí mismo que solo soy un pobre pianista para Amanda. Por ejemplo, habría sido un gran error ofrecerle mi estilográfica. Debo tener cuidado de no tener deslices como este. Cuando descubra quién soy en realidad, estoy seguro de que no querrá volver a tener nada que ver conmigo.

—Bueno, Ángel —me dedica una sonrisa amistosa—, estoy muy contenta de que hayas venido. Seguro que no está exento de peligros hablar de los Santa María con un extranjero, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

—Pues no, porque la red de esta familia cubre toda la isla. Cualquiera podría escucharnos y luego decidir contarle a uno de ellos sobre nuestra conversación por unos cuantos dólares.

Mira a su alrededor, pero la plaza está casi desierta. Esta es la hora en que la mayoría de la gente puede dormir la siesta.

—No creo que estemos en demasiado peligro a esta hora.

Amanda me guiña un ojo y mi corazón salta un poco.

—Tal vez puedas contarme algo sobre ti primero. Para abrir boca, por así decirlo. Y, por supuesto, tengo curiosidad acerca de alguien que está dispuesto a tomarse estos riesgos.

Por supuesto que me invento la historia. Aun así, como todo buen mentiroso, decido permanecer lo más cerca posible de la verdad. Esto reduce el riesgo de que me atrape si cometo una incoherencia.

—Bueno, yo soy originario de La Habana. Estudié medicina allí.

—¿Ah sí? ¿En qué estás especializado?

—Cirugía infantil. Es increíblemente emocionante, pero todavía hay muy pocas instalaciones aquí que se adapten a las necesidades especiales de los niños.

—Sí, desafortunadamente ese sigue siendo el caso a menudo en Alemania. Una vez escribí un artículo sobre un hospital infantil en Ratisbona, que es una de las pocas instalaciones médicas que se ocupa de las causas de las enfermedades infantiles mortales, porque, aunque existe un gran interés público, todavía falta financiación de terceros, especialmente en la investigación.

El tema parece conmoverla realmente. Aventuro una mirada en sus ojos verde mar, en los que por un momento relampaguea algo parecido a la complicidad. Los dos contra las injusticias de este mundo, qué pensamiento tan maravilloso... Pero rápidamente recupero la compostura.

—Entonces conoces el problema. Y aquí, por supuesto, siempre está el tema de la corrupción. Eso realmente me ha frustrado siempre, incluso durante mis estudios.

—¿Es por eso por lo que ya no eres médico?

—Entre otras cosas. Como sabrás, siendo académico en Cuba apenas ganas lo suficiente para sobrevivir. Como toco el piano desde niño, empecé a tocar en los cafés turísticos. Así es como obtengo al menos unos pocos dólares, y hacen una gran diferencia.

Amanda asiente con un suspiro y toma algunas notas.

—Lo sé. Ingenieros conduciendo taxis, profesores de biología sirviendo mesas... Realmente no es divertido haber estudiado en Cuba. ¿Y cuánto tiempo llevas trabajando en la Casa de la Música?

—Ah, pues de tanto en tanto. A veces estoy unas pocas semanas aquí, a veces unos meses allá... dependiendo de dónde haya una necesidad y cómo estén los locales.

Eso también se aplica a mi trabajo real. Amanda parece contenta con eso, así que cambia de tema.

—¿Y qué pasa con tu familia? ¿Cómo se ganan la vida tus padres? ¿Estás casado y tienes hijos? ¡Perdón si estoy siendo demasiado insistente!

—No hay problema.

Si pasa tiempo conmigo mientras le cuento mi historia, con mucho gusto inventaré un árbol genealógico completo para ella.

—Mi padre y mis hermanos trabajan para una cooperativa agrícola. Cosas administrativas. No sé mucho sobre eso, pero obtienen mucha comida gratis. Desafortunadamente, mi madre ya no está entre nosotros.

—Lo siento —Amanda me mira con genuina preocupación.

—Está bien, ha pasado mucho tiempo.

Nos quedamos en silencio por un momento.

—Pero volviendo a tu última pregunta, no, estoy soltero y no tengo hijos, que yo sepa.

La frase debería haber sido alegre y graciosa, pero dada la gran cantidad de madres solteras en Cuba, en realidad no tiene nada de graciosa. Además, ciertamente no soy un playboy sin los pies en la tierra. Afortunadamente, Amanda no parece ofendida. Rápidamente me distraigo y pregunto algo que me ha estado molestando bastante desde ayer.

—¿Y qué hay de ti? Quiero decir, ¿hay algo serio entre tú y tu... compañero de anoche?

—¿Ricardo? —Amanda se ríe a carcajadas y alegremente, como si hubiera dicho algo inquietantemente absurdo.

—No, por supuesto que no. Se autoproclamó como mi guía turístico, pero eso rápidamente se convirtió en algo demasiado agotador para mí. Esta mañana lo mandé de regreso a La Habana.

—Vaya, déjame adivinar, debe haber estado tratando de persuadirte para que te cases con él todo el tiempo.

—¡Pues no lo ha hecho ni una vez! ¡Y creo que eso es bastante escandaloso!

Nos reímos los dos y me sienta de maravilla reírme con ella. La verdad es que me gustaría hacer eso mucho, mucho más a menudo...

Me alivia que no se haya enamorado del primer buscador de oro cubano que apareció. Pero una pequeña duda todavía me roe.

—¿Y en Alemania? ¿No hay nadie esperándote?

Ahora su expresión se vuelve más seria.

—Ya no. De lo contrario, no estaría aquí en absoluto. Antes de volar a Cuba, pedí el divorcio.

—¿Te vas a divorciar? —trato de ocultar mi creciente (y completamente irracional) felicidad con consternación.

—Sí, mi inútil exnovio consiguió una rubia tonta con la que divertirse mucho más que conmigo.

—Vaya idiota —murmuro de todo corazón, y soy recompensado con su deslumbrante sonrisa.

—Gracias, Ángel. Pero en lugar de sobre mi matrimonio fallido, tal vez deberíamos empezar a hablar de por qué estamos aquí. ¿Cuándo oíste hablar por primera vez de los Santa María?

—De alguna manera siempre han estado presentes en mi vida.

Esa es la verdad, por supuesto, pero ¿cómo se supone que debo continuar? Tomo un sorbo de jugo de guayaba mientras pienso en qué decir.

—Como dije antes, mi padre y mis hermanos trabajan en una cooperativa agraria, y hay un Santa María en la cúpula directiva. Esto significa que esta familia no solo decide quién obtiene qué trabajo, sino también cómo se distribuyen o exportan los alimentos, qué se cultiva y dónde, cómo son los planes quinquenales...

—Vaya, eso suena como nepotismo e influencia, pero todavía no entiendo por qué la gente les tiene tanto miedo.

Así que le expongo poco a poco las dimensiones del imperio de mi padre mientras ella se afana en tomar notas. Que hay centros de poder en manos de los Santa María, que cobran muy caros sus servicios: mi tío en la embajada y mi hermano en el Ministerio de Asuntos Exteriores, que manejan las visas (y en algunos casos de vida o muerte), numerosos alojamientos privados que nos deben sus licencias y, por lo tanto, tienen que ceder parte de sus ingresos, así como hoteles, restaurantes, casas de música... simplemente todos los que entran en contacto con divisas. Incluso le cuento que poseemos acciones en la única compañía de autobuses autorizada para

transportar turistas a través de la isla.

—¿Alguna vez te ha pasado que los autobuses supuestamente están completos?

Amanda niega con la cabeza sin comprender.

—No, pero tampoco he viajado mucho.

—Bueno, eso sucede todo el tiempo, especialmente en temporada alta o cuando alguien realmente necesita tomar su vuelo. Un amable taquillero le explicará que lamentablemente, con toda la pena de su corazón, no hay más asientos libres, pero tal vez aún podría hacer algo y conseguir que alguien le dé su boleto. Por una tarifa considerable, por supuesto.

—Ya veo —Amanda sacude la cabeza indignada—. ¿En esta isla todo se trata de dinero?

Me encojo de hombros.

—No es diferente en Alemania, ¿verdad? Cualquiera que estudie medicina allí, por ejemplo, algún día intentará conseguir tantos pacientes privados como sea posible para cobrar tarifas más altas.

Me muerdo la lengua por un momento, pero Amanda no parece sorprendida de que esté familiarizado con el sistema de salud alemán. El cubano medio no sabe ni dónde dibujar ese país en el mapa de Europa. Prácticamente no se enseña geografía y política extranjera, a menos que sean nuestros aliados comunistas. Y las telenovelas mexicanas, con mucho los programas de televisión más populares, tampoco ayudan necesariamente en la educación local.

—Además, hay que ver las situaciones de las personas a través de sus ojos. Constantemente se les muestra el lujo que hay en otros países, pero ellos mismos tienen que ahorrar durante semanas para comprar una botella de champú. El embargo comercial estadounidense lamentablemente ha dejado su huella también en la psique de muchos jóvenes, que ya no ven la necesidad de ir a la universidad cuando pueden ganar en una noche con un turista el dinero que ganarían como académicos en seis meses.

Amanda asiente con tristeza. No puedo soportar verla tan angustiada.

—Pero bueno, creo firmemente que las cosas van a cambiar con el nuevo presidente. Tal vez tome una generación, pero un día este país será como Chile o Argentina, con Internet, centros comerciales, una moneda real y una economía de libre mercado y McDonald's en todas partes. Y luego podrás decir: ¡fui de las últimas en conocer la verdadera Cuba!

Una tímida sonrisa cubre su rostro.

—Realmente espero que tengas razón. Incluso si no necesariamente me gusta mucho que todos los centros de las ciudades de Europa ahora se vean exactamente iguales.

—Bueno, sí, aunque todavía hay un poco de encanto histórico. En Praga, por ejemplo...

Muerdo mi labio de nuevo. Pero demasiado tarde. Los ojos de Amanda se abren con asombro.

—¿Alguna vez has estado en Europa? ¿Cómo lo lograste?

Por supuesto que ella lo encuentra curioso. ¿Cómo podría financiar un músico pobre un viaje así? Toda una familia tendría que ahorrar toda una vida solo para el billete de avión.

—Un amigo mío se casó con una mujer checa y me envió fotos. Creo que todo sigue pareciendo bastante auténtico, aunque no puedo juzgarlo tan bien desde la distancia, por supuesto.

Aparentemente mi mentira parece convincente. Amanda asiente y cierra su cuaderno.

—Probablemente soy demasiado pesimista. ¡También podría ser porque tengo hambre! ¿Vamos a un restaurante cercano? Estoy seguro de que puedes recomendarme algo, ¡te invitaré!

Echo un vistazo a mi reloj y me estremezco. ¡Maldita sea! Son más de las seis. He perdido toda la tarde con Amanda, aunque no me pareció mucho más de media hora. Mi padre espera que lo llame hoy y le informe. Y una vez más, no he hecho nada. Si empiezo ahora, tal vez pueda pasar por dos o tres estaciones más, ¡pero preferiría pasar la noche con ella!

Amanda se da cuenta de mi dilema interior.

—Está bien si has quedado en otro sitio, no hay problema.

—Sí, yo... tengo que ir a un ensayo, lo siento mucho.

—¡Qué dices! Ya estoy más que agradecida por haberme dado tanto de tu tiempo. Podría quedarme un muy buen informe. Pero ¿sabes qué? ¡Podría ir a tu concierto más tarde, y así puedo invitarte a ti y a tus compañeros de banda a tomar una copa durante el descanso!

—Nosotros, eh... no vamos a tocar hoy, por desgracia. Solo estamos ensayando para... para mañana. Siempre hay mucho más que hacer los fines de semana, así que vale la pena tocar con toda la banda.

¿Sobre qué tontería estoy balbuceando? Pero se pone peor aún. Amanda asiente en comprensión y me sonríe con entusiasmo.

—Genial, entonces vendré mañana. Me preguntaba por qué no te vi tocar ayer.

Empaca sus cosas, paga nuestras bebidas (tengo que dejar que me las pague, pues cualquier otra cosa sería muy sospechosa) y me da la mano.

—Bueno, Ángel, te veo mañana por la noche. ¡Estoy deseándolo!

Sin pensarlo, la acerco a mí y la beso en la mejilla. Dios, huele tan increíblemente bien, su piel es tan tierna y suave... La dejo ir rápidamente antes de que se vuelva vergonzoso, pero este pequeño momento me mantendrá ocupado toda la noche. Además de la cuestión de dónde debería encontrar un piano en las próximas veinticuatro horas.

Amanda

Un silencio glorioso me recibe cuando regreso a mi pensión después de la cena (arroz y cerdo grasiento, qué sorpresa). Por lo visto, Ricardo se ha ido, aunque por la mañana todavía se quejaba de que los cien dólares que le di no alcanzaban para llevarlo de vuelta a La Habana. Sin mencionar su pérdida de ingresos, que es culpa mía. ¡Y tiene que comer de alguna manera! ¡Qué europea tan cruel y egoísta soy yo que explota sexualmente a los pobres cubanos y luego los tira como basura!

Antes de que pudiera estallar en lágrimas falsas, una extraña calma se apoderó de mí. Sabía cómo deshacerme de él sin sacrificar mi último dinero. No era una estrategia bonita, pero funcionaría.

—Está bien, Ricardo, puedes tomar los cien dólares, que, por cierto, es mucho más de lo que podría costar tu viaje, y salir, o gritaré tan fuerte que la dueña vendrá y le diré que me estás dando una paliza y tratando de robarme. Sabes lo que les pasa a los cubanos que atacan a los turistas, ¿verdad?

De repente, el lloriqueo se había detenido. Me miró con los ojos muy abiertos. ¿Había una pizca de respeto en sus ojos? Es realmente una pena que tenga que recurrir a métodos tan sucios para dejar de ser percibida como una alemana idiota.

En todo caso, funcionó. No queda nada de Ricardo y sus pertenencias.

Con un profundo suspiro, me dejo caer en la cama demasiado blanda y miro el techo de estuco. Vaya experiencia. De alguna manera, Cuba ha logrado engullirme en poco tiempo, ha logrado que me absorba su tremenda energía, para bien o para mal. Varias veces en los últimos días me he dado cuenta de que estoy cambiando mi forma de pensar, que estoy empezando a ver el mundo a través de los ojos de los lugareños y que muchas cosas que inicialmente me parecieron extrañas ahora me parecen completamente normales.

De la misma manera que dejé a Ricardo, ¿debería estar orgullosa de mi asertividad o realmente me estoy convirtiendo en una puta insensible?

No, definitivamente todavía tengo sentimientos. Pongo una mano en mi pecho y siento mi corazón latir con fuerza mientras cierro los ojos y veo de nuevo el hermoso rostro de Ángel, sus ojos infinitamente profundos y oscuros, en el fondo de los cuales hay un dolor desconocido que parece ser latente.

La forma en que me miró como si no hubiera otras personas en este planeta más que nosotros dos... Sus dedos largos y delgados, que inconscientemente se pasa por la barba cuando algo le molesta. Su sonrisa, que se ensancha especialmente cuando me ha hecho reír. Y, por último, pero

no menos importante, su historia, que sin duda se convertirá en una parte central de mi informe. La ira que siente Ángel cuando se aprovechan, amenazan y traicionan a las personas se refleja en cada una de sus palabras. Casi parece como si tuviera un interés personal con los Santa María. Sus emociones eran demasiado obvias como para pasarlos por alto. ¿Alguien de su familia ha sido perjudicado por este clan mafioso?

Estoy segura de que me está ocultando algo, o al menos todavía no me ha contado toda la historia. En cualquier caso, necesito volver a verlo y llegar al fondo de esto.

Sí, por supuesto, solo me interesa la historia. Sonríe para mis adentros, sintiéndome un poco idiota. ¿Seguro que no me voy a enamorar de un cubano? Difícilmente se puede imaginar algo más estúpido. Aunque él parece tan diferente, no hay comparación con Ricardo, ni con nadie más que haya conocido. Tal vez si hubiera crecido en otro lugar, si nos hubiéramos conocido en circunstancias normales, sí, entonces tal vez podríamos haberlo probado. Pero ¿cómo diablos se supone que vas a empezar una relación con un hombre que vive a diez mil kilómetros de distancia en una dictadura socialista siendo un pianista mendigo?

Es una idea demasiado absurda incluso para mí. Incluso si de alguna manera terminara en Europa, sin duda estaría completamente abrumado por todo el lujo material, el ajetreo y el bullicio, el trabajo diario... No, no hay forma de que tengamos un futuro juntos. Hubo algo, sí, eso era obvio, a pesar de que ambos tratábamos de ser amigables profesionalmente, pero por la forma en que me miró, sé que había más que la necesidad de contar su historia.

Pero como no hay futuro para nosotros, sería una locura enamorarnos. Debo mantenerme lo más lejos posible de él o nos lastimaremos. Y una vez que esté de vuelta en Alemania, todo parecerá un episodio lejano y absurdo de todos modos, que con toda seguridad se desvanecerá rápidamente.

¡Así que cálmate, Amanda! Deshazte de tus tontos sentimientos de adolescente, lo volverás a ver mañana por la noche y eso es todo. Tú viajas, él se queda atrás y lleva su propia vida en la que ciertamente no hay lugar para una periodista europea.

Pero, me susurra mi voz interior, al menos podrías acostarte con él una vez. Imagínate qué hermoso bebé tendríais los dos. Y sin duda también sería un niño talentoso. Después de todo, estudió medicina y es músico. Inteligente, talentoso y con sus increíbles ojos, sería el bebé de tus sueños, ¿verdad? Si no puedes tener al hombre de tus sueños...

Tengo que estar de acuerdo con mi voz interior. Nunca tuve la intención de involucrarme demasiado en la vida de las personas aquí; mi plan (aunque un poco loco) sigue siendo regresar con el material para mi libro y, a ser posible, un bebé. Estoy contando los días desde mi última regla. Desafortunadamente, mi ciclo nunca fue realmente regular, pero podría encajar. Leí en alguna parte que las mujeres encuentran particularmente atractivos a los machos alfa altos y oscuros durante la ovulación. Al menos eso podría explicar la confusión hormonal que siento con Ángel. ¡Todo es biología, Amanda!

Ese pensamiento me calma de alguna manera, y descaradamente me permito ensoñar sobre su boca seductora y sus hermosas manos mientras me sumerjo lentamente en un sueño exhausto.

Ángel

—Lo entiendo, señor Santa María, pero tenemos un famoso cantante de ópera como nuestro invitado esta noche, ¿no podemos dejarlo actuar sin acompañamiento de piano!

El rechoncho gerente del hotel jadea pesadamente en su sudoroso traje mientras su bigote se balancea al ritmo de su respiración.

Me recuerda tanto a un personaje divertido de una caricatura estadounidense que tengo que contenerme para no estallar en una risa completamente inapropiada. En cambio, levanto una ceja y digo en tono de reproche:

—Vamos a ver, ¿de qué estábamos hablando antes? Seguramente es de interés para su hotel que la oficina del turismo continúe incluyéndolo como la principal dirección de Trinidad, ¿no es así? ¡Solo piense en todos los turistas pobres que no sabrían dónde registrarse sin nuestra recomendación!

Gotas de sudor corren por su frente rechoncha directamente hacia sus cejas pobladas.

—¡Pero ya anunciamos la actuación a lo grande! Salvador Sánchez exige una tarifa enorme y vino desde Camagüey especialmente para esta velada. Nuestros invitados estarían profundamente decepcionados y nuestra reputación se vería afectada...

El director casi se echa a llorar y de alguna manera siento pena por él. Su establecimiento en realidad no está en mi lista, él siempre paga sus cuotas a mi familia a tiempo, pero desafortunadamente su hotel es el único en el área que tiene un piano decentemente mantenido. Las temperaturas del Caribe y sobre todo la humedad hacen que prácticamente todos los instrumentos se desafinen rápidamente o incluso se oxiden, y casi nadie puede permitirse un afinador de pianos.

—Escuche, señor director, por supuesto que lo compensaré adecuadamente por el transporte y también pagaré una generosa tarifa de alquiler. ¿Ochocientos dólares serían razonables por su esfuerzo?

Sus ojos comienzan a brillar con avidez, porque ese dinero fluiría directamente a sus bolsillos, pero su mirada rápidamente se oscurece nuevamente. Por supuesto que yo esperaba eso. Realmente no es particularmente agradable para él tener que cancelar un concierto así. Salvador Sánchez no solo atrae multitudes gracias a su voz. También tiene la reputación de entretener de manera excelente a las invitadas femeninas en particular, y algunas de las personalidades cubanas y varios fanáticos de la ópera internacional ciertamente han viajado para ver al tenor de fama mundial en vivo. Una cancelación de última hora dañaría gravemente la reputación del

hotel.

Solo tengo dos opciones: intimidar al pobre hombre tanto que me da su piano (y su hijo primogénito como regalo), u ofrecerle una alternativa.

—¿Crees que Salvador Sánchez también cantaría con un cuarteto de cuerda?

—Me cago en la... Quiero decir, ¿a qué se refiere, si es tan amable?

El director suprime su maldición con dificultad, y puedo entenderlo bien; yo mismo también estoy algo desconcertado por mi espontánea idea. Por supuesto, un cuarteto de cuerdas sería aún más impresionante que un solo pianista, pero conozco a algunas buenas personas del conservatorio que sin duda vendrían a Trinidad por el precio adecuado.

Regateamos un rato y terminamos con mil dólares, que es lo que esperaba. El director organiza un camión y unos albañiles que transportarán el piano a la Casa de la Música.

Sin embargo, traer a los músicos aquí es mucho más tedioso, ya que solo unos pocos tienen teléfono. Después de molestar a varios barrios (muchas veces solo hay un teléfono fijo entre todos los vecinos), finalmente logro organizar un taxi de gran capacidad que recogerá al contrabajista, dos violinistas y un violonchelista y los llevará al hotel.

Toda la diversión no sería barata, incluso para los estándares europeos: sería una tontería para mí si no me preocupara que mi padre se preguntara sobre los retiros de mi cuenta en dólares.

Bueno, solo le diré que tomé el dinero para apostar y para prostitutas de clase alta. Estoy seguro de que lo entenderá.

*

En la Casa de la Música se esfuerzan por disimular su sorpresa ante mi petición. Sin embargo, noto la multitud de bocas abiertas cuando aparece el transportista con el piano. Pero como los operadores todavía me tienen miedo por los libros falsos, que naturalmente reconocí como tales a simple vista, nadie se atreve a contradecirme cuando ordeno a la banda que venga al ensayo en media hora, porque hoy tocaría con ellos.

Nadie puede entender por qué un Santa María debería hacer algo tan degradante (los músicos están prácticamente por debajo de las prostitutas en la jerarquía cubana), pero hay demasiadas historias terribles sobre nosotros para que alguien las objete. Aparentemente piensan que soy una especie de psicópata malcriado que, además de dinero y poder, ahora exijo crédito por mis ridículas habilidades musicales. *A quién le importa, una velada con este chapucero no arruinará nuestro negocio para siempre*, es la actitud que puedo ver en las miradas de los otros músicos.

Pero una vez que empezamos a tocar, su expresión facial cambia. El desprecio apenas disimulado se convierte en respeto reacio, porque, por supuesto, he dominado este repertorio

desde mi infancia. Después de todo, incluso me dejan tocar grandes partes solistas sin pedírselo, aunque no me enorgullezco de ello: en un país donde las cuerdas de guitarra solo están disponibles en el mercado negro, un profesor de piano llegado desde Inglaterra, por supuesto, puede hacer maravillas.

Disfruto especialmente los pasajes que tradicionalmente son cantados por toda la banda.

—¡El cuarto de Tula... se cogió candela! —entono alegremente mientras la marimba improvisa un ritmo trepidante.

De hecho, estoy disfrutando de la música más que en mucho tiempo, pero por supuesto no puedo dejar que eso se note. Así que termino el ensayo con un gesto indiferente con la mano, un "ya saldrá bien", y hago algunas llamadas telefónicas desde el bar hasta que llega la hora del concierto.

Ella finalmente aparece al final de nuestra tercera canción. Prefiero no repetir los pensamientos que han rondado mi cabeza hasta este momento. Ella debe haber viajado, tiene su historia, eso es todo lo que quería, debe haber encontrado un nuevo amante, ¿o ha regresado este Ricardo?

Todas esas tonterías se desvanecen cuando la veo tomar asiento en una mesa muy cerca de mí. Me sonrío alentadoramente (su sola presencia es suficiente para hacerme sentir como un superhéroe invencible), pide dos mojitos y me guiña un ojo burlonamente.

¡Gracias a Dios que el segundo trago no es para cualquier otro acompañante!

Rápidamente susurro "¡solo de guitarra!" y me siento a su lado.

Me saluda con dos suaves besos en las mejillas, que me desequilibran por completo una vez más.

—¡No puedo creer que hayas venido!

Ella hace una mueca de asombro.

—¡Te lo dije! Lo están haciendo genial, así que toma un sorbo rápido antes de que llegues tarde a tu parte.

Por supuesto, hubiera preferido quedarme con ella, pero mi papel requiere que termine la canción debidamente. Ella escucha con atención, aplaude con entusiasmo y, aunque estoy sentado detrás del piano, puedo sentir sus ojos en mí.

¡Maldita sea, valió la pena! Vino especialmente por mí, le encanta mi música, y tal vez... no, que tontería. Si alguien le gusta, es el pianista pobre, ciertamente no el hijo de la familia más poderosa de Cuba. Golpeo las teclas con enojo hasta que el konga me mira con irritación, así que rápidamente encuentro mi camino de regreso a un ritmo normal.

Finalmente hay un descanso y puedo sentarme con ella de nuevo.

—Bueno, ¿te está gustando hasta ahora? —pregunto tan inocentemente como puedo.

—Oh, vaya que sí —ella sonríe de esa manera que parece derretir una parte de mí—. Aunque podrías darle un poco de sabor a tu repertorio. Aun así, *Lágrimas Negras* fue realmente hermoso. Tu forma de tocar el piano casi me hizo llorar.

Esa es mi canción favorita de Buena Vista Social Club. Se trata del final de un amor, pero él no quiere dejarla ir, aunque le cueste la vida. Lloro lágrimas negras por su amor perdido, al que ha cuidado como a una flor... Horriblemente cursi, pero también hermoso. ¿Cómo sabe ella que puse mi corazón y mi alma en esa canción?

—Casi se me olvida, ¡quería invitar a tus compañeros de banda también!

—Oh, ellos... ellos no beben durante la actuación —una mentira realmente descarada, pero si los demás se sientan con nosotros ahora, Amanda notará inmediatamente que algo anda mal. Nadie está relajado y feliz en presencia de un Santa María.

—Pero podrías comprarles una botella de ron al final del espectáculo. Definitivamente estarán felices.

La miro expectante. ¿De verdad querrá quedarse hasta el final? Mi corazón da un vuelco de alivio cuando ella acepta.

—Sí, es una buena idea —hace una pausa—. Supongo que tendrás algo que hacer después del concierto, ¿no?

—¡No, nada de nada! —digo al instante. De acuerdo, tal vez he sido un poco demasiado entusiasta, pero oye, ella me acaba de invitar a salir, ¿me equivoco?—. ¿Qué más te gustaría hacer? Conozco un pequeño club privado de salsa que permanece abierto hasta pasada la medianoche. ¿O tal vez prefieres un paseo por el puerto?

—Hm, eso suena bien, pero en realidad he tenido otra idea... Estuve en Playa Ancón hoy...

—¡Oh, ya decía yo que habías cogido algo de color! Te queda genial.

Ella se sonroja y se aparta un mechón de pelo de la cara.

—Gracias. Sí, si te apetece, podríamos tomar un taxi después del concierto e ir a la playa. Era un lugar hermoso, pero probablemente sea aún mejor sin todos los turistas. Y con este calor me gustaría volver a tirarme al mar.

¿Quiere ir a la playa sola conmigo por la noche? ¿Darse un baño a medianoche? Mis oídos comienzan a pitarme. Ya sea en Europa o en Cuba, este mensaje es claro, ¿no?

—Me apetecería mucho. Hace siglos que no voy a la playa. Y después de la actuación, seguro que sería bueno refrescarse...

Antes de que pueda balbucear más tonterías, una pequeña campana anuncia que el descanso ha terminado. La siguiente hora pasa volando, toco como si estuviera en trance, sin prestar atención a nada ni a nadie. Estoy demasiado ocupado imaginando cómo sería besar a Amanda... acariciar su cabello, su maravilloso cuerpo... No puedo levantarme de inmediato durante los aplausos

finales ya que mi imaginación se ha manifestado en mis partes íntimas.

Pero al parecer los otros músicos toman mi bochornoso problema por pudor, porque me miran con respeto. Podría decirse que esta es la primera vez en la historia que una erección ha mejorado la reputación de una familia.

Amanda

Por un momento me sorprende mi propia audacia. Casi no me atrevo a preguntarle, aunque en realidad estoy segura de que está interesado en mí. Solo espero que no piense que soy una turista sexual, aunque en cierto modo lo soy...

Pero su sonrisa incrédula cuando le sugiero ir a la playa me asegura que dar el primer paso no fue un error.

Finalmente termina el concierto y pido dos botellas de Havana Club, que Ángel les da a sus compañeros de banda, así como un par de latas de cerveza fría para llevarnos. Creo que nunca me acostumbraré a beber ron solo, como los nativos, además de que algo como el Prosecco o el vino blanco prácticamente no se encuentra por ninguna parte.

Me dirijo a Ángel para preguntarle si está listo para partir, pero ya no está. ¡Maldita sea! ¿Ha cambiado de opinión? ¿Prefiere salir de fiesta con los otros músicos y no sabe cómo deshacerse de mí? Antes de que me asuste, de repente se para frente a mí otra vez, con una gran sonrisa en su rostro y una tela grande y colorida en su mano. ¿No estaba eso colgado en la pared junto a la barra antes? Qué más da.

—Por las pulgas de arena —explica—. Pueden ser realmente molestas por la noche.

Me río con alivio. ¡Habría saboteado mi plan el hecho de tener bestias mordiéndonos el trasero todo el tiempo!

Minutos después estamos en el taxi que nos llevará a la playa a diez kilómetros del pueblo.

—¿Debo esperar? —pregunta el taxista con cara de cansancio, y yo me lo pienso, porque de alguna manera me siento incómoda comprometiéndome de esta manera. ¿Estaremos aquí una hora o tal vez hasta el amanecer? Gracias a dios Ángel tiene una idea.

—Continúe su camino. Conozco a alguien en el Hotel Costasur que seguro que nos llamará un taxi si no encontramos uno. Está a solo unos cientos de metros de aquí.

Maravilloso. Eso deja todas las opciones abiertas. Me quito las sandalias y Ángel se quita las zapatillas también: los zapatos cerrados y los pantalones largos son obligatorios para los músicos en eventos públicos y las camisetas sin mangas están prohibidas, como me explicó antes, sin importar si hace treinta grados o más.

La arena está maravillosamente fresca bajo mis pies descalzos y las olas siguen lamiendo mis tobillos mientras nos adentramos en la oscuridad aislada que, después de las luces del hotel, deja solo el resplandor de las estrellas y la luna creciente.

De alguna manera, nuestras manos se encuentran, inocentemente, solo para entrelazarse mientras caminamos juntos a lo largo de las palmeras y los árboles nudosos que forman una barrera

natural contra el mar.

Apenas hablamos, y solo de vez en cuando Ángel me llama la atención sobre un trozo de madera de balsa que tenemos que esquivar.

Me hubiera encantado caminar junto a él así para siempre, su gran mano agarrando la mía protectoramente, sin palabras, aunque unidos, pero finalmente llegamos a una pequeña cala y él sugiere que nos sentemos.

Se siente como si estuviéramos lejos de cualquier civilización. La noche caribeña es tan tranquila y aterciopelada y, sin embargo, sé que a solo unos cientos de metros hay edificios de cemento que envían a cientos de turistas a esta playa de arena aparentemente virgen todos los días.

Para mí es la mezcla perfecta de aventura y seguridad. Lamentablemente tenemos que soltarnos por un momento cuando nos sentamos en el mantel y brindamos con nuestras latas de cerveza. Siento que tengo que decir algo.

—Pues bien, salud, por un concierto exitoso y una linda noche.

—Por una linda noche contigo —responde con voz ronca, y nuestra cerveza se derrama inadvertidamente en la arena mientras se inclina y me besa apasionadamente en los labios.

Sin dudarlo, le devuelvo el beso. Sus labios son suaves y están llenos de deseo, y mientras me empuja suavemente hacia atrás, me dejo caer, envolviendo mis brazos alrededor de sus hombros imposiblemente anchos y simplemente olvidándome de todo lo que me rodea.

Mueve suavemente su cuerpo mientras me besa con una intimidad que nunca había sentido. Pronto nuestra respiración se acelera, mi lengua busca la suya con una lujuria desconocida para mí. ¡Quiero más de este hombre, mucho más, lo quiero todo! Su barba roza mis mejillas y me abraza con tanta fuerza que puedo sentir su virilidad a través de sus pantalones.

Con movimientos infinitamente lentos, desata el lazo que sujeta mi vestido en la nuca y lo tira hacia abajo hasta que mis pechos desnudos brillan a la luz de la luna.

—Eres tan hermosa, Amanda —susurra mientras cubre mi boca, cuello, clavícula, la base de mis pechos y finalmente sus puntas con tiernos besos. Me acerco a él y cumple mi deseo, agarra mis dos senos con sus hermosas y grandes manos y los amasa con tanta fuerza como quiero.

Tiro de su cinturón con impaciencia, él se aleja de mí para quitarse la ropa con una velocidad depredadora, y luego me tiene en sus brazos de nuevo. Sentir su cuerpo desnudo despierta aún más mi codicia, quiero tocarlo en todas partes, preferiblemente al mismo tiempo. Intenta quitarme las bragas, pero no quiero soltarlo todavía.

—Rómpelas —respiro en su oído, embriagada por su olor y su cuerpo musculoso, y él obedece de inmediato.

Agarro su pequeño y firme trasero y lo acerco aún más a mí. Sí, por favor, tócame por fin...

Se desliza dentro de mí con una embestida larga y profunda y gimo involuntariamente.

¡Maldita sea, eso se siente genial!

Nuestros cuerpos encuentran un ritmo perfecto por sí mismos, y con cada embestida me excito más, arqueándome, abrazándolo para sentirlo lo más profundo posible.

Agarra mis muñecas, inmovilizándome contra el suelo, mirándome directamente a los ojos mientras sus embestidas se vuelven más duras, más rápidas.

Segundos después estoy en el clímax del éxtasis. Escucho mis propios gritos desde lejos, siento que estoy volando sobre el mundo y no quiero volver a aterrizar nunca más.

Cuando por fin abro los ojos de nuevo, veo el hermoso rostro de Ángel sobre mí, su suave sonrisa y esa mirada de sus ojos infinitamente profundos. Me mira con una mezcla de ternura y emoción.

Hace una pausa por un rato y nos besamos por un largo tiempo hasta que comienza a moverse sobre mí otra vez, lenta y felizmente esta vez, como si quisiera saborear cada centímetro de mí. Él acaricia mis pechos y yo muerdo suavemente su cuello, acariciándolo y provocándolo al mismo tiempo mientras me vuelvo a embriagar con su olor masculino. Un viento suave acaricia nuestros cuerpos sudorosos y nos da un momento de frescor, pero las embestidas de Ángel rápidamente vuelven a ser más fuertes y yo también siento una nueva ola de placer invadiéndome.

Dios, este hombre está hecho para mí. Al menos su cuerpo. Él agarra mis caderas de la manera que yo quiero, e instintivamente sabe cómo aumentar la velocidad para traerme de vuelta al éxtasis.

Esta vez él también se deja caer. Cuando empiezo a gritar de nuevo, escucho sus gemidos ahogados, un sonido que me excita aún más. Juntos alcanzamos el clímax y luego nos abrazamos fuertemente durante mucho tiempo.

Es casi demasiado romántico: la cálida noche caribeña, la playa de arena infinitamente ancha, el centelleo de las estrellas y en mis brazos este caliente cubano que me besa tiernamente en la frente una y otra vez. Si tan solo pudiera abrazarlo así para siempre...

Cálmate, Amanda, me regaño a mí misma por dentro, *son solo las hormonas como locas otra vez*. Realmente tengo que romper con mi mentalidad, o de lo contrario estaremos susurrando votos de amor en poco tiempo.

—Oye, ¿no deberíamos tomar un baño? Creo que ahora estoy lo suficientemente calentado para eso.

Él accede, aunque algo a regañadientes, me parece, y se levanta. Una punzada de arrepentimiento me recorre mientras se desliza fuera de mí, como si acabara de perder algo valioso, pero rápidamente dejo a un lado el pensamiento tonto y me dirijo a la orilla también.

Ángel toma mi mano y juntos corremos hacia las olas rompiendo en la playa.

—Pero ten cuidado y no nades demasiado lejos. No hay tiburones, pero la corriente puede ser bastante peligrosa.

—Oh, pero me salvarías, ¿verdad? —le sonrío descaradamente.

—Definitivamente lo intentaría —responde con seriedad.

El agua está agradablemente fresca, pero después de unos pocos pasos el suelo desciende abruptamente, por lo que decido no nadar. En cambio, nos salpicamos y nos dejamos caer en la arena mojada de la orilla, donde las olas nos bañan una y otra vez.

Ángel se ve aún más sexy con el pelo mojado (aunque no me lo hubiera imaginado) y sus tonificados abdominales brillan con gotas de agua.

—¿Por qué estás en tan buena forma? ¿Hay algún gimnasio en Cuba?

—¡Sí, por supuesto! Sin embargo, son demasiado caros para la mayoría de las personas. Es por eso por lo que principalmente entreno en casa. Realmente no soy un fanático de los deportes, pero es como una especie de terapia para mí. ¿Y tú?

—Hm, no es realmente lo mío. ¡Pero tengo que hacer algo con ese estómago!

—¿Qué dices? Lo encuentro realmente lindo. Tan suave y tierno...

Me pellizca el vientre y me hace cosquillas hasta que estoy en el suelo riendo. Y de repente está su boca sobre la mía otra vez, sus manos sobre mi cuerpo desnudo, y decido dejar que suceda.

Será nuestra última noche, una decisión a la que debo ceñirme si no quiero enamorarme por completo de él, pero saborearé esta noche hasta la última gota.

Ángel

Muerto de cansancio, pero todavía intoxicado por una felicidad increíble, me tambaleo hasta mi apartamento después de despedirme de Amanda en el taxi. Estuvo notablemente tranquila en el camino de regreso, pero después de todo ya salió el sol y no perdimos ni un minuto durmiendo.

En cambio, hablamos y reímos durante horas, compartimos anécdotas de nuestra infancia, compartimos nuestros miedos y esperanzas e hicimos el amor una y otra vez. Se siente como si no hubiera pasado una noche sino un año entero con Amanda, ya que nos volvimos muy cercanos. Y luego el sexo...

Era increíblemente apasionada, no tímida y recatada como tantas mujeres, y definitivamente no estaba fingiendo. ¿Por qué debería? No tiene motivos para fingir, es libre e independiente, y eso es lo que me fascina de ella.

Realmente necesito verla de nuevo. Por supuesto que no hay futuro para nosotros, mi mente me

lo dice; todo lo que le dije es mentira, pero al menos el tiempo que se quede en Cuba lo quiero pasar junto a ella. Quizá entonces todavía encuentre algo en ella que me moleste o me decepcione, y seré capaz de sobrellevar la despedida más fácilmente.

Desafortunadamente, en este momento parece que se está metiendo debajo de mi piel más y más cada minuto. No presioné para acompañarla a su apartamento porque quiero respetar su espacio (y viceversa, tampoco podría invitarla a mi casa, ya que el lujo inmediatamente la haría sospechar), pero ya la extraño terriblemente.

Bueno, dormiré unas horas y luego la visitaré y veré si quiere almorzar conmigo.

*

—¿Amanda Tauber? ¿La alemana?

La posadera trata de ocultar su impaciencia.

—Sé a quién se refiere, señor Santa María. Pero lo siento, se ha ido. Se fue esta mañana como anunció ayer.

Incapaz de pensar con claridad, me tambaleo hacia atrás unos pasos. Luego me doy la vuelta sin decir palabra y camino rápidamente por el paseo marítimo.

¿Se fue? ¿Amanda se ha ido? ¡No puede ser verdad! ¿Por qué no me ha contado sobre esto? ¡Hubiera ido con ella, estoy seguro de que podría haber inventado alguna excusa!

Me detengo un momento y miro hacia el mar. Mis manos tiemblan y todo mi cuerpo está cubierto de sudor frío. La única mujer que realmente me importó me ha dejado sin decir una palabra.

Demonios, incluso de Ricardo se despidió, aunque de manera indecente. ¿Y de mí se escapa así? ¿Significo menos para ella que ese inútil?

Aprieto mis manos en puños. Debería haberlo sabido. Una mujer europea no se involucraría seriamente con un cubano, al menos no si tiene un mínimo de inteligencia. Estoy seguro de que Amanda cree que intento conseguir un visado fingiendo que tengo sentimientos.

Pero, maldita sea, ¡mis sentimientos eran reales! Desafortunadamente, sin embargo, toda la historia de mi vida fue una mentira. En ese sentido, probablemente no merecía nada más. Considero brevemente pasar por la estación para averiguar a dónde fue, si es que tomó el autobús. Pero estaría mal de mi parte. Amanda se merece algo mejor que un mentiroso acosador cubano. Probablemente solo quería evitar el drama innecesario, para trazar una línea clara, en lugar de discutir conmigo como lo hizo con Ricardo.

Aun así, me siento utilizado. Ella tiene su historia y su polvo, ¿y yo qué tengo? Sólo el recuerdo de la noche más hermosa de mi vida, que en este momento no me está causando más que tormento.

Amanda

Durante el viaje en autobús, sigo diciéndome a mí misma que he hecho lo correcto. Es mejor para los dos que nunca nos volvamos a ver. Me duele y me siento como una gilipollas, sí, por supuesto, pero eso pasará. Solo tengo que ponerme manos a la obra ahora y volar de regreso a Alemania a final de mes. Extender mi visa ya no es una opción. Ya vi tanto y experimenté tanto que no quiero someterme a este estrés por un mes más. Y una vez que esté fuera de la isla, estoy segura de que la imagen de Ángel en mi cabeza también se desvanecerá.

Además, estaré tan ocupada de todos modos con mi reportaje, mi libro y, por supuesto, mi divorcio, que estoy segura de que estaré pensando en otras cosas que no sean los ojos negros como el azabache de un músico cubano...

Primero viajo a Camagüey, vuelvo a alojarme en una pequeña pensión privada y paso los próximos días lidiando con la historia y la cultura de esta ciudad, cuyo nombre original es muy similar al de cierta familia: Santa María del Puerto del Príncipe. Solo después de obtener la independencia de España, los cubanos cambiaron su nombre por el de un cacique indio.

Sin embargo, ninguno de los residentes quiere hablar de dicha familia. Solo unos pocos turistas experimentados pueden ayudarme con pequeñas cosas, pero los lugareños permanecen en silencio; en cambio, mis consultas en bares, restaurantes o mercados a menudo terminan en otras preguntas sobre mí misma: por qué viajo sola siendo mujer, si no necesito urgentemente un compañero de viaje masculino... Desafortunadamente, por el momento no estoy interesada en más aventuras amorosas. También veo signos de dólar en negrita parpadeando detrás del brillo aparentemente lujurioso en los ojos de mis pretendientes, algo que nunca noté con Ángel.

Eventualmente, estoy tan exhausta por toda la presión sobre mí que decido regalarme unos días de visita turístico, lejos de la verdadera vida cubana, en la que ya me he sumergido demasiado profundamente. De hecho, hay una especie de agencia de viajes en Camagüey y decido quedarme en un pequeño resort cerca de Santiago, todo incluido, frente al mar. Un minúsculo bungalow para mí sola. Por fin quiero volver a comer bien, tal vez beberme unas copas de vino, poder meter los pies en la arena sin que nadie me pregunte si me ponen loción en la espalda, me

enseñen una playa apartada o me den un coco para beber. Todo muy lindo, pero lamentablemente siempre termina con la inevitable propuesta de matrimonio.

Un taxi temprano en la mañana me lleva a mí y a mi equipaje directamente al hotel, donde me entregan un cóctel dulce y cremoso y me atan una pulsera azul mientras espero en el vestíbulo con aire acondicionado a que preparen mi habitación.

El complejo es realmente bonito, con muchas casitas de colores pastel anidadas unas dentro de otras, un gran edificio principal donde se sirve el buffet por la mañana y por la noche, un escenario al aire libre para el entretenimiento nocturno y un pequeño bar justo en la playa donde puedes conseguir perritos calientes, hamburguesas y cócteles durante las 24 horas del día, los 7 días de la semana.

Por suerte, la playa en sí se parece poco a Playa Ancón, donde pasé la mejor noche de mi vida: es estrecha y llena de hamacas y sombrillas llenas de turistas que no muestran ningún interés por mí y mi cuaderno.

Mientras me como una hamburguesa con queso de la cafetería, reviso mis notas y empiezo a estructurar las ideas iniciales de mi libro. Es una pena que nunca haya conocido a ninguno de los Santa María en persona y solo lo sepa todo de oídas. Un retrato del anciano patriarca le habría dado un toque interesante a todo el asunto.

Pero, aun así, tengo suficiente material para plasmar el panorama completo de este peculiar estado caribeño, que oscila entre el socialismo y la dictadura capitalista.

Puedo agregar otro detalle aterrador después del entretenimiento musical de la noche.

Una atractiva mujer cubana de poco más de cuarenta años está sentada en una mesa junto a ella, flirteando y cogida de la mano de un hombre italiano mayor. Los dos parecen muy familiares entre sí, siempre riéndose o compartiendo besos furtivos. Sonrío al ver sentada con ellos a una muchacha de unos quince años, aparentemente la hija de la cubana, pues tiene los mismos labios carnosos y cejas prominentes. ¡Qué bien que el italiano invitara a toda la familia a unas vacaciones en un elegante hotel!

Mi sonrisa se desvanece cuando otro anciano se sienta a la mesa, presumiblemente el amigo del italiano. Se saludan con un amistoso apretón de manos, pero la atención del amigo calvo rápidamente se vuelve hacia la joven. Animada por su madre, salta a su regazo, se ríe y deja que su cabello largo y oscuro se deslice juguetonamente por su rostro mientras él la abraza posesivamente por la cintura.

Apenas puedo contenerme y estoy a punto de saltar y empezar a montar una escena (¡¿qué madre prostituye a su propia hija?!) cuando una joven camarera se acerca a mi mesa con cara de preocupación.

—Señora, ¿no se encuentra bien?

—¿A usted qué le parece? —pregunto con los dientes apretados y señalo hacia la mesa de al lado, donde la mano del hombre calvo ha vagado mientras tanto bajo la falda ajustada de la chica

adolescente.

La camarera me da una mirada comprensiva.

—Es repugnante, ¿verdad? —dice en voz muy baja.

Asiento, pero su simpatía solo alimenta mi ira.

—¿No hay nadie en este país que no sea puta? —digo tan alto que la madre de la mesa de al lado se estremece. Ella susurra brevemente a su amante, luego el grupo se levanta y sale de la habitación.

—Lo siento, no fue mi intención... —intento disculparme con la mesera, pero ella niega con la cabeza mientras sus pequeñas rastas bailan.

—Me alegro de que la hayas alejado. Acaban de pedir martinis para todos. Supongo que la pequeña no es suficientemente dócil cuando está sobria.

Su tono es amargo, su expresión dura, y aunque no puede tener más de veinte años, de repente parece una anciana que lo ha visto todo.

—Gracias. Aun así, no volverá a suceder. No quiero arruinar su negocio.

La camarera asiente y me sonríe.

—Ven a los ejercicios aeróbicos acuáticos mañana por la mañana. Estudié deportes y estoy a cargo de todo. Puedo decirte que nada funciona tan bien contra la ira reprimida.

Sonrío, le agradezco y prometo estar allí mañana.

De hecho, saltar en el agua a la mañana siguiente es muy divertido. Lorén, como me imaginaba, está radiante de buen humor y anima hasta a los turistas más aletargados con sus enormes barrigas cerveceras a hacer sus ejercicios. Me hubiera gustado hablar un poco más con ella después del aquagym, pero como veo que ya hay una larga cola de gente mayor que quiere preguntarle sobre varios problemas de cadera y rodilla, me vuelvo a acostar a la playa para escribir mis impresiones de anoche.

Por la noche hago un viaje al corazón de Santiago. Me dejo llevar por los muchos pequeños bares musicales y finalmente termino en un parque donde una anciana trata en vano de vender sus cacahuets tostados a los pocos visitantes que aún quedan por la zona.

—¿Cuánto cuestan? —pregunto finalmente por lástima.

—Un peso.

Le entrego un dólar, que se guarda en el bolsillo con una sonrisa que es a la vez feliz y pícara, como si yo fuera la típica turista que no sabe leer las monedas y por lo tanto le ha pagado 25

veces el precio solicitado. Dejaré que lo piense y masticaré mis cacahuets mientras admiro la exótica exhibición floral en medio del parque.

Una mujer joven parece tan emocionada como yo, porque se inclina hacia adelante y olfatea los jacintos, y de repente reconozco a Lorén: esos rizos rasta y la postura increíblemente recta son inconfundibles.

Sin pensarlo, me acerco a ella.

—Es un lugar hermoso, ¿verdad?

Ella se estremece. Entonces me reconoce y una sonrisa radiante cubre su cara redonda y amistosa.

—¡Hola! Encantada de verte de nuevo, um...

—Amanda.

Nos saludamos con besos en la mejilla. Lorén me cuenta que quedó con su novio en Santiago, pero se pelearon y ella quería dar un pequeño paseo antes de volver al hotel.

—¿Por qué pelearon?

Por supuesto que soy indiscreta, pero eso es algo que viene con años de trabajo como periodista.

Lorén suspira.

—Lo normal. No quiere que trabaje en un hotel porque cree que tarde o temprano me venderé a los turistas. No importa cuántas veces le asegure que no me atraen ni Europa ni los dólares, simplemente no me cree.

Qué fuerte. Ni siquiera lo había visto desde este lado. Debe ser muy difícil tener una relación normal en Cuba cuando (casi) todo el mundo quiere ligar con un extranjero rico.

Me gustaría decir algo reconfortante, pero no se me ocurre nada. Lorén vuelve a suspirar y juguetea nerviosamente con los anillos brillantes que lleva en la mano izquierda.

—Pero también es por mi ex... era un pez gordo y ahora Miguel teme que nunca podrá ofrecerme lo que hizo Domingo.

Suena una campana en mi cabeza. He oído ese nombre antes. Podría ser una coincidencia, pero podría ser real.

—¿Domingo González de la Santa María del Puerto?

Lorén salta en estado de shock.

—¿Lo conoces?

—No, no personalmente, pero estoy investigando a su familia. Está relacionado con la embajada, ¿no?

Lorén no responde a mi pregunta y solo me mira desconcertada.

—¿Eres una periodista? ¿Y escribes sobre los Santa Marías?

Pongo mi mano en su brazo con dulzura.

—En Alemania. Ninguno de mis informantes aquí en Cuba tendrá problemas. Además, por supuesto, permanecerás en el anonimato. Pero sería genial si pudieras contarme más sobre esta familia.

Lorén hace una mueca indecisa. Entiendo el conflicto interior en el que se encuentra. Los periodistas no son precisamente bienvenidos en Cuba. Sólo sé que este tal Domingo existe porque un alemán borracho me confió en Camagüey que no tenía dinero suficiente para sobornar al hombre que decide si su prometida cubana obtiene una visa de matrimonio para Alemania.

Finalmente, Lorén parece haber tomado una decisión.

—Amanda, me agradas, pero no quiero meterme en más problemas. Solo puedo decirte una cosa: dentro de tres días, Héctor, el padre de Domingo, cumplirá 70 años en la casa de la música de Baracoa. Su madre es de este lugar y quiere celebrarlo con un pequeño grupo antes de hacer la gran fiesta en La Habana. Al menos eso me decía Domingo cuando estábamos juntos. Si quieres conocer a toda la familia en directo, esta es la oportunidad. Pero yo tendría mucho cuidado si fuera tú...

Lorén se interrumpe y mira perdida en sus pensamientos las coloridas flores de flamenco.

—¿Estás segura? —le pregunto, porque Baracoa está en el extremo este de la isla y tengo que estar en La Habana en seis días para tomar mi vuelo.

—Al menos Domingo me dijo el año pasado que a su padre le gustaría celebrar su cumpleaños en la ciudad donde vivió de niño. Y pude recordar la fecha fácilmente; después de todo, es el 11 de noviembre. Si no se enfermó o le surgió algo más, el plan definitivamente sigue ahí.

Le agradezco efusivamente a Lorén, le prometo que volveré a los aeróbicos acuáticos al día siguiente y regreso a casa pensativa.

Es increíble las coincidencias que caracterizan la vida en esta isla. Estaba soñando con un retrato personal del anciano cuando el destino me dio esa oportunidad. No hay duda de que tengo que tomarla. Hago mis maletas esa noche y después del *aguagym* y el almuerzo al día siguiente salgo para Baracoa.

Ángel

La cosa con Amanda me ha puesto de los nervios más de lo que me puedo imaginar. Cuando un

posadero me muestra repetidamente sus libros falsos, finalmente me canso y le grito salvajemente a él y a toda su familia hasta que se echa a llorar.

Inmediatamente me da vergüenza, pero un Santa María nunca se disculpa, o eso nos enseñó mi padre desde pequeños.

En cambio, le explico con voz tranquila que esta es la última vez que intenta engañarnos. Es solo gracias al excelente café de su esposa (que ella me ofrece con una sonrisa ansiosa y orgullosa) que él no pierde inmediatamente su licencia. Si volviera en seis meses y encontrara incluso un error en el rango de centavos, podría hacer las maletas y mudarse al campo de trabajos forzados.

Me lo agradece mil veces. Sus modales aduladores me están poniendo de los nervios otra vez, pero por fin estoy de vuelta en la calle y puedo tachar a Santiago de mi lista.

Ahora me voy a Baracoa para esta celebración indescriptible antes de regresar a La Habana por una ruta diferente. Debería tener todo listo para Navidad. Desafortunadamente, esto no significa que mis "actividades administrativas" vayan a terminar. Ya estoy temiendo las nuevas tareas que mi padre pensará para mí.

De todos modos, ahora tengo que pasar por este festival primero. Ya le tengo un regalo: un par de botas de montar con espuelas nuevas y una fusta, ambos estampados con sus iniciales. Por supuesto, entenderá la ironía detrás de esto, pero eso solo le dará aún más placer.

Después de todo, Héctor tiene una cosa en común con todos los cubanos, por simple que sea: le encanta la música, por lo que siempre ha estado feliz de pagar nuestras lecciones. Cuando éramos niños le gustaba mostrar nuestras habilidades, dejarnos tocar para visitantes de alto nivel, aunque el talento de Domingo con la flauta era bastante modesto y el trombón de Jorge un verdadero despropósito. Solo mi hermana había logrado cierto dominio del violín, pero tras su matrimonio había abandonado por completo la música y se había concentrado en sus constantes embarazos, de los cuales al menos dos habían sido exitosos hasta el momento.

Dado este interés, no es de extrañar que eligiera la casa de la música para celebrar su cumpleaños. La sala, que tiene unos cincuenta metros cuadrados, es lo suficientemente grande para nuestra gran familia y los seis músicos con aspecto asustado que se amontonan en el escenario. Afortunadamente, la terraza de al lado también está reservada para nosotros. Delante hay un pizarrón escrito: cerrado por fiesta privada.

Solo los de adentro saben que este es el cumpleaños de un Santa María. Como dije, la discreción es extremadamente importante para mi padre. Además, algún borracho desesperado podría decidir que este es un buen momento para clavar un machete en su estómago. Aunque tampoco es que no lo entienda...

Después de las felicitaciones habituales y las canciones de cumpleaños, da un discurso. Para no tener que concentrarme demasiado en su untuoso autoelogio, que pronuncia sin aliento y sudoroso pero lleno de entusiasmo, me siento detrás del piano desafinado y subrayo cada uno de sus chistes con triunfantes *¡ta-da-da-dah!* Eso me anima un poco, al menos, y decido sentarme

detrás del piano hasta que pueda pensar en una buena razón para despedirme de la muchedumbre cada vez más bulliciosa y atordida por el ron.

Amanda

—Lo siento, señora, pero esta noche estamos cerrados por una fiesta privada.

El inglés del portero es extremadamente torpe, pero sé que, si no entiendo español, es más probable que crean a una ingenua turista.

—*I think I left my wallet here, you surely understand, just a moment...*

Sonriendo impotente y en un frenesí de desesperación, rebusco en mi bolso, divagando mientras uso el truco más antiguo del mundo para entrar en un club al que en realidad no tengo acceso. Cualquier portero alemán frente a la discoteca más barata del pueblo me habría despedido con una sonrisa cansada, pero Cuba es diferente.

Empujo al caballero de hombros anchos hacia las puertas dobles, que recuerdan a los salones estadounidenses. Quiere agarrarme del hombro, pero en el último momento parece interponerse entre ello un código entrenado: ¡Nunca toques a un turista en contra de su voluntad!

Antes de que pueda reaccionar, ya me encuentro en la sala, que está llena de ritmos de salsa y el balbuceo de voces, e inmediatamente reconozco al viejo patriarca con una serie de sapos que se arremolinan alrededor. El portero trata de empujarme hacia fuera murmurando disculpas, pero lo ignoro por completo, marchando directamente hacia el anciano y extendiendo mi mano con una gran sonrisa.

—¡Señor González, es un honor increíble conocerlo finalmente en persona! ¡Felicidades por su día especial, mi esposo siempre me dice lo maravilloso que ustedes dos trabajan juntos!

Hablo español, pues no estoy segura si el anciano entiende inglés, pero trato de usar un fuerte acento americano.

Hay un momento de silencio mientras Héctor me mira, mi recogido exagerado, mis pechos en el vestido blanco, mis labios rojo oscuro. Parece que le gusta lo que ve.

—Me complace mucho. ¿Y usted es...?

—¡Cindy! Mi esposo y yo vivimos en Miami y estamos visitando a su familia. Desafortunadamente, se enfermó de gripe, por lo que no pudo venir con nosotros hoy, ¡pero quiero enviarle sus mejores deseos!

Está pensando visiblemente por lo que veo en la sudorosa frente de Héctor. Miami, según sé por mi investigación, es donde tiene vínculos con los capos de la droga locales, especialmente con los de ascendencia cubana, y ciertamente no quiere enojar a ninguno de ellos haciéndole demasiadas preguntas a su tonta esposa estadounidense. Además, en este momento se está sirviendo el buffet y quiere deshacerse de mí sin montar una escena.

—Bueno, Cindy, como dije, le agradezco mucho, pero desafortunadamente hoy solo lo estoy celebrando con nuestra familia.

—Oh, ya veo, no hay problema, iremos a La Habana la próxima semana de todos modos, ¡no nos lo perderemos! Dígame, ¿podría tomarme un selfie con usted para que mi esposo sepa que llegaron sus felicitaciones?

Héctor parece considerar brevemente lo que es un selfie, y yo aprovecho el momento, a mi estilo estadounidense exuberante, llevándolo a una esquina ligeramente elevada al final de la habitación. Desde aquí obtengo la mayor cantidad de invitados posible en la foto.

—Bueno, la luz es mejor aquí. ¡Diga patata!

La cámara de mi teléfono celular hace clic varias veces seguidas, tal como la configuré. Héctor se estremece, pero rápidamente le doy dos besos en la mejilla, me despido con los mejores deseos y me tambaleo hacia la salida. Justo antes de llegar a las puertas dobles, miro al escenario y me estremezco. ¡Detrás del piano obviamente terriblemente desafinado con la pintura agrietada se sienta Ángel y me mira fijamente! ¡No puede ser!

Antes de que mis piernas puedan obedecerme y tomar el camino más rápido para salir corriendo conmigo, él está de pie a mi lado. En un esfuerzo por mantener mi dignidad, así como mi camuflaje, salgo a trompicones por la puerta, le doy al portero una mirada arrogante y digo, ahora de nuevo en inglés:

—Este joven caballero encontró mi bolso. Como podrá ver, ha sido un acierto no detenerme.

Es difícil decir quién está más confundido: el portero, que ha visto al menos parte de mi escena con Héctor, o Ángel, que no parece entender mis diferentes roles.

Me sigue hasta que finalmente me detengo en la siguiente esquina. Me hubiera encantado seguir caminando e ignorarlo para mantener la paz mental que tanto me costó, pero, en primer lugar, él realmente no se lo merecía y, en segundo lugar, verlo ha desencadenado algo dentro de mí que no puedo expresar con palabras. Todo lo que sé es que el destino nos ha vuelto a unir, y no quiero resistirme.

—Amanda —susurra con voz ronca.

—Ángel —respiro de vuelta, las lágrimas brotan de mis ojos. Oh, Dios, cuánto lo extrañaba, esa mirada profunda y oscura con la que ahora me mira con ternura.

—¿Por qué te escapaste, Amanda? Hubiera ido contigo...

Solo niego con la cabeza, incapaz de decir nada, pero al momento siguiente me tiene en sus brazos, sus labios encuentran los míos, y me tira tan fuerte que siento como si me ahogara en nuestro abrazo, flotando a salvo al mismo tiempo. Me estaba desprendido de todas las dificultades terrenales, solo en este aquí y ahora celestial, fusionada con la persona que he estado extrañando toda mi vida.

Pero nuestro momento mágico no dura mucho.

—¿Señor Santa María?

Instintivamente, Ángel se da la vuelta mientras un hombre pequeño corre hacia nosotros.

—El pastel de cumpleaños se cortará pronto. Su padre se está preguntando dónde está.

Algo cruza el rostro de Ángel, una mezcla de arrepentimiento, remordimiento, asco y dolor. Se separa de mí y huye sin decirme adiós.

Me quedo boquiabierta tras él mientras las piezas del rompecabezas empiezan a encajar.

Es uno de ellos. El pianista sin dinero es hijo del hombre más poderoso de Cuba. Me ha estado mintiendo todo el tiempo.

Corro a mi pensión aturdida, con mi mente hecho un caos. ¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué me habló tanto de una familia que es la suya? ¿Por qué no se despidió? Oh, Dios, ¿por qué nuestro beso no podía durar más? Por qué... por qué... las lágrimas corren por mi rostro e ignoro el amistoso saludo de mi casera, cayendo completamente vestida sobre mi estómago en la cama mientras sollozo su nombre una y otra vez.

Ángel. ¿Quién eres? ¿Qué cosa tan terrible hiciste para tener que mentirme así? Ángel, mi amor...

En algún momento no tengo más lágrimas, nada más que un sollozo seco escapa de mi garganta, y mientras me duermo solo puedo pensar en una cosa:

Por fin quiero volver a casa.

Parte II

Ángel

—Por la presente abro el testamento de Héctor González de la Santa María del Puerto. Presentes, según consta en su firma, están sus hijos biológicos y reconocidos, Domingo, Juana, Jorge y Ángel, concebidos en matrimonio con la fallecida Magdalena Flores, quienes, como sus parientes más cercanos, heredarán la parte de su fortuna que les corresponda.

Mi mente divaga mientras el notario se entrega a comentarios y notas al pie. Mi padre ha muerto.

Lo que secretamente he deseado más de una vez se ha hecho realidad. Sobrevivió a su septuagésimo cumpleaños por solo unas pocas semanas. En las celebraciones de Año Nuevo, para las que, como siempre, había alquilado un bote decorado con fuegos artificiales, que observábamos desde la terraza de nuestra villa habanera, de repente se había agarrado el pecho, se había puesto pálido y se había desmayado y caído a plomo.

Aunque su médico de familia, el Dr. Martínez, siempre le acompañaba, no se pudo hacer nada más por él. Murió en la mesa de operaciones del hospital universitario antes de que pudieran ponerle su tercer marcapasos.

Es difícil para mí llorar por él, aunque sé que le debo mucho. Pero no puedo perdonarle lo que me obligó a hacer en los últimos años de su vida.

Asiento con resignación mientras el notario lee que Domingo heredará la villa y la casa de verano en Varadero, además de cincuenta millones de dólares. De todos modos, no quiero quedarme en la lúgubre mansión del siglo XVIII, construida en la época de la esclavitud, habitada por modernos esclavistas.

Jorge también recibe cincuenta millones, las fincas que alguna vez fueron de la familia de nuestra madre y las acciones de la cooperativa agraria, que de todos modos ha administrado durante mucho tiempo.

Todos los contratos relacionados con la concesión de licencias, incluidas las acciones de la empresa de autobuses, pasan a manos de Juana, cuya familia por matrimonio tiene aún más poder que la nuestra, al menos políticamente. Aunque en realidad ese era mi negocio, estoy inmensamente aliviado de no tener que preocuparme por esa parte (extremadamente lucrativa) de nuestro negocio familiar: los Castro sin duda entenderán sus reclamos mucho mejor que yo. Además, cada uno de sus dos hijos recibirá una suma de diez millones de dólares, que Juana administrará hasta que cumplan la mayoría de edad.

Miro por la ventana, ya resignado a no conseguir nada, y me pregunto qué voy a hacer con esta libertad inesperada. Tal vez vuelva a ejercer la medicina, dar conferencias en la universidad o incluso tocar el piano profesionalmente como cuando engañé a Amanda... pobre pero feliz, nada me parece más deseable en este momento. ¡Al diablo con los dólares, al diablo con el poder, puedo beber ron casero y vivir de cupones de supermercado si nunca más tengo que intimidar o amenazar a nadie!

La voz del notario me saca de mis ensoñaciones.

—...y a mi hijo menor, Ángel, le lego el resto de mi fortuna, incluidas varias participaciones accionarias, actualmente valoradas en aproximadamente \$240 millones.

¿Qué? Levanto la cabeza y miro al notario con irritación. Debe haberlo leído mal. Mi padre era rico, pero creo que eso es una gran exageración. Sin inmutarse, sigue leyendo, mirando por encima de sus gafas redondas con montura metálica.

—Mi querido hijo, sé que eres el único que no tiene interés en llevar nuestro apellido como se merece. A pesar de tu naturaleza rebelde, siempre te he amado. Tu madre vive en ti, la única mujer que ha significado algo para mí. Ahora que me he ido, quiero darte la libertad de hacer lo que creas correcto. Espero que mi dinero te ayude a sentirte realizado. Hagas lo que hagas con él, deseo que finalmente te haga feliz.

Trago saliva. Nunca, ni por un momento, había creído que mi padre me apreciase, y mucho menos me amase. Nunca pensé que realmente se preocupara por mi bienestar. ¿Por qué no podía decirme esas palabras mientras estaba vivo? Solo lo he visto como un fanfarrón autocomplaciente, alguien que caminaría sobre cadáveres sin pestañear para lograr sus fines egoístas. Las pocas palabras que me dejó pintan un cuadro muy diferente. Contrariamente a mi idea infantil, la muerte de nuestra madre lo golpeó duramente. Sin ella, todo en lo que podía pensar era en el negocio al que se había metido con tanta vehemencia implacable para ocultar su dolor.

A menudo me decía cuánto le recordaba a Magdalena, pero yo siempre lo tomaba como una crítica de que yo era demasiado blando, demasiado afeminado. Tal vez siempre fue tan duro conmigo para evitarme el dolor que debió soportar cuando mi madre murió prematuramente, para prepararme para la vida real, lo que le causó más tormento del que jamás podría haber imaginado. Me muerdo el labio hasta que me sale sangre para no gritar en voz alta.

Mis hermanos me miran con una mezcla de incomprensión y envidia. No por el dinero, ya que cada uno había recibido su parte justa, y si eran inteligentes, la fortuna duraría para las generaciones venideras, sino porque a ninguno de ellos le había dejado palabras tan personales.

Uno por uno vamos poniendo nuestra firma debajo del documento. Me tiemblan las manos y se me nublan los ojos, pero logro concertar una cita con el notario para el próximo lunes, donde discutiremos cómo pretendo administrar mi nueva fortuna.

Domingo luego nos invita a pasar a la villa que ahora posee, un gesto amable para señalar que seguiremos siendo una familia sin nuestro patriarca. No queriendo ofenderlo, lo acompaño y mecánicamente bebo unos vasos del whiskey escocés que mi padre solía servir en ocasiones

especiales.

Cuesta imaginar que mi padre nunca más se vaya a acercar a la imponente barra de ébano, vierta casualmente unos cubitos de hielo de la máquina en su vaso y, con ese tono de voz aparentemente desinteresado, le pregunte a su respectivo visitante "bueno, ¿cómo va el negocio?".

Sólo ahora me doy cuenta realmente de que se acabó. No más negocios, no más contrabando de cocaína, no más envíos de armas y no más negocios petroleros, no más cobradores de deudas y no más chantajes a niños enfermos.

Mientras el resto de mi familia se deleita con los recuerdos empapados de whiskey y aumenta el volumen, yo me retiro al estudio de mi padre y miro por las ventanas con mosaicos. Un plan se forma lentamente en mi cabeza. Creo que ahora sé qué hacer con mi nueva libertad y mi riqueza inesperada.

Amanda

La primavera ha llegado a Alemania. Los pensamientos, los narcisos y las primulas florecen por todas partes a lo largo del Danubio y las bandadas de patos finalmente han vuelto a poblar la orilla del río. Mi tez no ha recuperado del todo su palidez de porcelana después de Cuba y probablemente no lo hará pronto, porque ya a principios de abril el sol brilla con una intensidad obstinada, como si tratara de quemar el invierno lluvioso de nuestros recuerdos, y suelo pasar los días como estos en la orilla del río. Una hermosa vista del Puente de Piedra y los edificios históricos en el centro de la ciudad, el portátil en mis rodillas y, a mi lado, una naranjada de cervecería del pequeño mercado de bebidas frente al centro de la ciudad, lo mejor que he probado nunca. Desde que terminaron los fríos meses de invierno, me siento cada vez más atraída por el exterior.

Esto también puede deberse al hecho de que no tengo un hogar real en este momento. Afortunadamente, el divorcio de Danny fue menos problemático de lo esperado y finalizará por completo en solo unos meses, cuando finalmente termine el año de separación. Por supuesto, una casa adosada es demasiado grande (y costosa) para mí, por lo que actualmente estoy subarrendando a una anciana hasta que encuentre un lugar para construir una nueva vida.

Quizás ha sido tan difícil para mí decidirme por un apartamento hasta ahora porque simplemente no puedo imaginar cómo será esta nueva vida.

En mi mente siempre hubo espacio para la vida familiar clásica: Danny, yo y un bebé, una fantasía que elaboré hasta el último detalle. Nunca hubo lugar para alternativas.

Suspiro y cierro mi ordenador portátil: mi serie de informes ha sido todo un éxito y recibo más

solicitudes que nunca, pero el proyecto del libro está demostrando ser mucho más difícil de lo que pensaba. Algo que también puede deberse a que el rostro de Ángel no para de abrirse paso en mi mente. Incluso después de cinco meses, todavía puedo verlo con tanta claridad como si estuviera parado justo frente a mí: cada hoyuelo, la pequeña cicatriz en la comisura de su boca, esas pestañas escandalosamente gruesas... Todo hace que centrarse en los aspectos sociopolíticos del poscomunismo cubano sea especialmente difícil.

Con un movimiento de cabeza que no disipa estas imágenes del todo, me levanto, me cuelgo la bolsa del portátil sobre el hombro y me dirijo a mi cita.

*

—Y ahí está. Estimada Sra. Tauber, ha llegado el momento: ¿quiere saber el sexo de su hijo o no?

Miro embelesada la imagen del ultrasonido, que me muestra en blanco y negro al ser nadando dentro de mí. Ya puedo ver bien su cabeza y también cuando agita los brazos, pero por lo demás todavía me parece tan extraño que el término "mi hijo" parece casi presuntuoso. Se siente mucho más como un extraterrestre (uno de los buenos), una entidad completamente separada con la que solo interactúo en la medida en que tengo el honor de proporcionarle refugio y comida.

Por supuesto, no dejo que mi ginecóloga participe en estos pensamientos un tanto perturbados.

Tomo una respiración profunda y asiento con decisión.

—Quiero saberlo.

—Entonces, ¡felicidades, Sra. Tauber! ¡Es un niño!

Por un breve momento, el mundo se vuelve borroso ante mis ojos, como lo hizo en diciembre durante mi primer examen. Simplemente no podía creerlo cuando la Doctora Merz me confirmó en ese momento lo que apenas me había atrevido a esperar: de verdad estoy embarazada. Tendré un bebé. Desde ese momento había vivido con el miedo constante de destruir este milagro, de hacer algo que pudiera dañar a mi pequeño extraterrestre (por algo me he convertido en una experta en refrescos de naranja natural), pero después de que hubiesen pasado los tres meses críticos, poco a poco me había ido atreviendo a creérmelo.

Y ahora mi pequeño ser tiene género. Cuando Bruno y mi familia me preguntaban si prefería tener un hijo o una hija, siempre decía que "la salud es lo principal", aunque esto no es del todo cierto.

Una niña sería más fácil de manejar para una madre soltera, pensaba, porque así no me recordaría constantemente a su padre. Porque no tengo ninguna duda de que Ángel (y no Ricardo) es el padre. Después de nuestra noche en la playa, ya tenía la sensación de que algo había cambiado en mí, aunque le echaba la culpa a mis hormonas del enamoramiento que

estaban dando vueltas en ese momento. Además, nunca estuve muy segura con Ricardo de si se corrió o si simplemente pensó que su trabajo estaba hecho y finalmente podía dormir un poco. Leí en alguna parte que los hombres que "aguantan" durante varias horas a menudo terminan sin tener un orgasmo porque ya están sobre estimulados o algo así. Con Ángel, en cambio, lo tenía más que claro...

Por supuesto, eso puede ser una ilusión, pero una vez que nazca el bebé me haré una prueba de ADN y lo sabré con seguridad. Me acabé llevando a casa la fina y colorida manta de playa en la que todavía quedan claras huellas de nuestra noche salvaje.

Por supuesto que no era mi intención al principio y me la había llevado solo de recuerdo, pero desde que me enteré de que estaba embarazada la he tomado como evidencia.

O tal vez he leído demasiados thrillers...

—¿Señorita Tauber? ¿Todo bien?

—Esto... sí, por supuesto, muchas gracias.

La Doctora Merz limpia cuidadosamente los restos del gel de mi estómago ya ligeramente hinchado y me ayuda a levantarme de la silla de examen.

—¿Entonces nos veremos el próximo mes para un chequeo?

Le agradezco y le doy la mano para despedirme después de que se haya quitado los guantes de goma. La doctora tiene una actitud tranquila y profesional que puede parecer fría para algunos pacientes, pero me transmite una sensación de seguridad. Creo que el pequeño Ángel está en buenas manos con ella.

Un momento. ¿De verdad acabo de pensar eso? No puedo permitirme verlo así. Este es mi bebé, solo mío. Su padre nunca se ha involucrado y nunca lo hará. Ángel nunca sabrá que tiene un hijo. ¿Qué se suponía que debía hacer con esta información de todos modos? Siempre será un lacayo de su familia, toda su existencia gira en torno a esta isla. Y entonces, ¿de qué serviría si supiera que su clan mafioso se extiende por Alemania?

Pero honestamente, después de cinco meses, mi ira hacia él se ha disipado hace mucho tiempo. Sí, me mintió, pero no me usó, al contrario. Quería ayudarme con mi historia, pero no asustarme admitiendo que era uno de ellos. Todos los que he entrevistado además de él han confirmado o incluso añadido a su historia. La única explicación de por qué pretendía ser un pobre músico es que tenía miedo de que le diera la espalda.

En realidad, debería haber sospechado mucho antes. ¿Dónde quedó mi desarrollado instinto periodístico cuando me encontré con Ángel en Trinidad, primero en la casa de la música y luego nuevamente en la comisaría? Bueno, su historia era algo creíble, pero su comportamiento... su comportamiento seguro de sí mismo no encajaba con el de un músico mendigo. Pero tal vez eso solo me esté quedando claro en retrospectiva. Siempre eres más inteligente después de que te digan la respuesta.

Estoy paseando pensativa por la orilla del río, frotándome el estómago una y otra vez, perdida en mis pensamientos. Mi cuerpo ya ha cambiado: mis pechos han engordado, mis hombros son menos puntiagudos y mi piel es suave como la seda. También me he salvado de las temidas náuseas. Hasta ahora solamente he disfrutado de mi embarazo. Tengo más energía que nunca, pude terminar la primera parte de mi informe en los diez días acordados y ni siquiera me siento estresada. Lo único que extraño un poco es el Prosecco con Bruno, pero también es bastante divertido verlo emborracharse mientras me bebo mis batidos recién hechos.

Ah, sí, y hay otra cosa buena: ya no tengo que torturarme para ir al gimnasio, porque por primera vez en mi vida mi barriga no es mi enemiga, es el hogar de mi amado alienígena. ¿Cómo se supone que debo llamarlo?

Ahora que sé que la pequeña criatura es un niño, de repente todo parece mucho más real y, por lo tanto, más aterrador.

Pronto seré madre de un hijo, quizás un pequeño matón, pero quizás también un soñador sensible. En todo caso, definitivamente será un gran desafío. Oh dios, de repente no sé si estoy a la altura de todo esto. ¿Cómo se supone que voy a enseñarle a jugar al fútbol? Incluso la bicicleta me cuesta y, por lo demás, no soy realmente buena como modelo masculino a seguir.

Decido espontáneamente visitar a Bruno, quien seguramente me distraerá de mis miedos.

*

En lugar de mi amigo, que siempre está perfectamente vestido hasta el último detalle, abre la puerta un tipo con barba de tres días y bata de baño.

—¿Sí?

—Um, hola, soy Amanda, una amiga de Bruno...

La expresión facial del extraño cambia inmediatamente. Primero, sus pobladas cejas rubias se disparan hacia arriba, y luego una gran sonrisa se extiende por su rostro.

—¡Amanda! He oído mucho sobre ti. ¡Pasa!

Entro vacilante en el pasillo, la mitad del cual está completamente ocupada por un estante con los zapatos lustrados de Bruno.

—Perdón si le he molestado, señor...

—*Mon dieu*, ¡qué grosero de mi parte! Soy Hannes. Bruno enseguida estará contigo.

Según mi experiencia, esto puede ir para largo, así que suspiro, me dejo caer en el sofá de cuero gris claro y desempaco mi mochila: dos botellas de Prosecco para Bruno y un refresco y agua

para mí, además de un paquete de anacardos, un aperitivo que le chifla.

Aparentemente, a Hannes también, porque no solo trae un par de copas de champán en un abrir y cerrar de ojos, sino también tres tazones de vidrio en los que distribuye los frutos secos. Inmediatamente agarra uno y comienza a mordisquearlo.

—Amanda, ¿cuánto hace que conoces a Bruno? Bueno, en realidad no importa, pero yo lo conozco desde hace solo unas dos semanas... así que pensé...

Hannes se ríe nerviosamente y se encoge de hombros avergonzado.

Entiendo.

—Bruno es un tipo muy agradable, pero no busca nunca nada serio. No sé si sabes a lo que me refiero.

Decepcionado, Hannes deja caer los hombros.

—Sí, él también me dijo eso. No sé por qué pensé que sería diferente conmigo... Y ahora te veo y estás brillando tan hermosamente y todo... ¡Felicidades, por cierto!

¿Ya es tan obvio mi embarazo? Para Hannes, aparentemente sí. Como parece un cachorrito pateado, amablemente dejo que ponga sus manos sobre mi estómago ("¿Eso ha sido una patada? ¿No? ¿Y esto?") e incluso acepto su oferta de masajearme los pies.

Dios, es muy bueno. Debe haber pasado mucho tiempo desde que alguien hizo algo por mí solo para hacerme sentir mejor. La tristeza vuelve a invadirme brevemente cuando veo que Hannes sigue mirando hacia el baño con los ojos entrecerrados, aparentemente anticipándose a su amante. Sería bueno que alguien nos mirara a mí y a la pequeña criatura en mi vientre con tanta alegre expectación...

Pero no, esa opción ya no existe. Tomé mi decisión y no me arrepiento ni por un momento. Le daré a mi pequeño alienígena la mejor vida posible. Mis hermanos ya están librando una amarga batalla sobre quién será el padrino. Por mucho que esto me conmueva, sé que ambos ya están muy ocupados con sus respectivas familias. Ninguno de los dos me ayudará a pasar las largas noches de gritos, ni cambiará el pañal de mi hijo cuando esté ocupada con un artículo importante.

Pero no quiero ser injusta. Siempre habrá muchos primos para que mi pequeño ser juegue, discuta y ría. No seré una madre soltera en una gran ciudad luchando por encontrar compañeros de juego para su hijo. Y, cuando llegue el momento, siempre puedo llamar a mi madre.

Por un momento, estoy tan agradecida por el apoyo de mi familia que se me llenan los ojos de lágrimas. En consecuencia, no me doy cuenta en seguida de que Bruno sale del baño envuelto en una nube de perfume y vestido con un pijama de Armani.

—¡Amanda, cariño! ¿Qué te han hecho las hormonas esta vez?

Sonríó a través de las lágrimas, lo abrazo y lo olfateo demostrativamente.

—¿Bruno Banani?

Lo descarta burlonamente.

—Oh, eso es agua pasada. Ya no utilizo algo tan barato. Ahora mezclo mis propias fragancias.

Hannes se aclara la garganta audiblemente. Bruno le lanza una mirada indulgente.

—Está bien, querido *Jean*, puede que me hayas ayudado un poco. ¡Es la nueva nariz de Chanel!

Asiento apreciativamente. Hannes se sonroja de vergüenza y se ciñe un poco más la bata de baño mientras le da a Bruno una mirada tímida. De alguna manera lo encuentro bastante lindo mientras trata de obtener la aprobación de mi mejor amigo. Este, sin embargo, ignora las miradas de Hannes y se vuelve completamente hacia mí.

—Entonces, querida, dime. ¿Tendrás un pequeño *Juan* o una pequeña *Juanita*?

Su espantosa pronunciación en español me hace reír.

—Bueno, parece que un modelo masculino a seguir me va a ser más importante que nunca.

Se congela por un momento, pero luego una amplia sonrisa cubre su rostro.

—¡Un joven! ¡Genial! Le enseñaré todo lo que necesita saber, cómo anudar una corbata de lazo, qué gemelos son adecuados para cada ocasión y cómo no llevar el pelo para que no lo etiqueten como anticuado en el jardín de infancia...

Sonrío para mis adentros e intercambio algunas miradas furtivas con Hannes. Mueve las cejas como si tuviera una idea importante.

—¡Y cocina, Bruno! ¡Definitivamente deberías enseñarle cómo no hacer espagueti a la carbonara!

La expresión de mi amigo se oscurece por un momento. Aparentemente, Hannes, quien se había levantado rápidamente y había desaparecido en la cocina, había tocado su punto débil.

—Oye, al menos puedo llevarlo a los mejores restaurantes de sushi —murmura Bruno con un tono malhumorado, pero Hannes ya está regresando. Frente a él lleva una enorme bandeja rebosante de todo tipo de aperitivos.

Me río involuntariamente mientras tomo las hojas de parra rellenas, el pepperoni en escabeche y los mariscos marinados.

—¿Has hecho tú todo esto, Hannes?

Él asiente con modestia.

Bruno le resta importancia.

—Vale, vale. Otra mujer a la que encantas con tus habilidades culinarias. Genial, Hannes, bravo.

Aplaudivo lenta y efusivamente, y tengo ganas de tirarle su Prosecco a la cara. En su lugar, decido cambiar de tema.

—Bueno, Bruno, parece que voy a dar a luz a un hijo en unos meses, y luego lo podrás consentir a tu gusto. Y me va muy bien ahora mismo. Pero ¿quién crees que me daría trabajo sabiendo que tengo un pequeño extraterrestre agarrado a mis tetas?

Hannes parece desconcertado. Pero bueno, lo siento, Bruno y yo hemos estado hablando así desde que tengo memoria. No hay razón para actuar de repente políticamente correcto solo porque este tipo con las cejas imponentes está sentado allí.

Bruno asiente nervioso.

—Claro, tengo una idea para ti, Amanda, solo tengo que encontrar el documento... Hannes, ¿puedes ayudarme un segundo?

En un abrir y cerrar de ojos, los dos han desaparecido en el estudio de Bruno. Segundos después, suenan gemidos ahogados. Bueno, realmente no me sorprende. Bruno siempre trata de sacar el mayor provecho posible de sus asuntos a corto plazo. Sin embargo, me gusta mucho Hannes, demasiado agradable para ser explotado por Bruno.

Sin embargo, antes de que pueda idear una estrategia para salvar al pobre muchacho, los dos regresan. Bruno tiene un plano arrugado en la mano.

—Mira, cariño, ¿no te resulta un poco familiar?

Echo un vistazo al grupo de edificios y frunzo el ceño.

—Claro, ese es el hospital de niños con la estación de investigación. ¡Pero ya he informado sobre eso antes!

Bruno pone los ojos en blanco y agita su mano izquierda mientras toma un generoso sorbo de su Prosecco.

—Lo sé, cariño, y es exactamente por eso que pensé en ti de inmediato cuando una vocecita me susurró que habría un gran proyecto nuevo allí el próximo año.

Hace una pausa y me da una mirada casi lasciva antes de continuar.

—¡Presuntamente, una cooperación con un hospital cubano!

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? —solo la mención del país hace que mi corazón lata más rápido.

—¡Será el primer proyecto de este tipo en toda Europa! Actualmente se está construyendo en La Habana un hospital que se especializará principalmente en enfermedades renales en niños, financiado por una fundación ominosa. Desde el principio, han intentado ponerse en contacto con Ratisbona, porque se sospecha, con razón, que todavía faltan los conocimientos necesarios en ese país. En otras áreas, sin embargo, los médicos de Cuba son reconocidos mundialmente, como ya sabes. Es por eso por lo que quieren luchar por la cooperación en investigación, enviar médicos de un lado a otro, ofrecer programas especiales de capacitación... Y ahora viene el plato fuerte: a cambio, esta fundación incluso quiere financiar un proyecto aquí en Ratisbona, en la que se llevará a cabo la investigación y el tratamiento en esta área especial.

Estoy completamente estupefacta.

—¿Un cubano va a financiar un proyecto en nuestro país? ¡Pensé que eso solo ocurría al revés!

—Pues parece que no. Los trabajos de construcción están programados para que comiencen este año. Por supuesto, llevará algún tiempo hasta que todo se ponga en marcha, pero precisamente por eso pensé que esta sería una historia interesante para ti. Cuando empiecen los primeros programas, habrás tenido a tu hijo mucho tiempo atrás y podrás concentrarte en escribir de nuevo, siempre y cuando puedas investigar un poco por adelantado. Me interesaría particularmente saber de dónde proviene este dinero.

Asiento lentamente. Eso suena perfecto. Podría construir sobre mi vieja historia, usar mis contactos de antes y denunciar la política de financiación de terceros en Alemania mientras uso mi conocimiento de Cuba y mis habilidades lingüísticas, entrevistar a los médicos que son enviados aquí... y usar todo en mi libro.

Tal vez ese es exactamente el toque que mi trabajo ha estado necesitando hasta ahora: una referencia a Alemania que muestra cómo nosotros también estamos influenciados por la política internacional que ha presionado a ese país durante décadas.

En mi cabeza surgen temas de reflexión completamente nuevos, comparaciones con América del Sur, críticas a los Estados Unidos, un orden mundial que ya no se basa en la suposición de un eje comunista... Estoy tan agitada que por un momento hasta olvido la conexión tan personal con Cuba que tiene lo que llevo en mi vientre.

—Muchas gracias, Bruno. ¡Esto es increíble! Tengo tantas ideas ya... ¡No puedo esperar para comenzar! Por supuesto, *Der Spiegel* también estará interesado en este proyecto... ¡Quizás incluso vuelva a aparecer en la portada!

Bruno pone una mano tranquilizadora en mi hombro.

—Cálmate. Pasarán algunos meses antes de que realmente suceda algo. Eso significa que puedes concentrarte en tu pequeño alienígena por ahora y luego saltar directamente a la historia al final del año, si no te has convertido en una madre de pura sangre para entonces, por supuesto.

Le sonrío irónicamente. Por mucho que siempre haya querido tener un hijo, sé que no estoy hecha para ser ama de casa. Lo mejor de mi trabajo es que puedo estar allí para mi hijo y seguir escribiendo e investigando. Por supuesto, también tengo que trabajar fuera de casa, por ejemplo, para realizar entrevistas, pero durante esas pocas horas de la semana siempre habrá un miembro de la familia que estará feliz de cuidar al pequeño.

¡Diablos, realmente debería haber llamado a mi madre primero para decirle el género de su nieto antes de reunirme con mi amigo gay y su amante temporal!

Brindamos por mi nuevo proyecto, que empezaré a finales de año. Hannes comparte algunas anécdotas de su trabajo: o el equipo de Chanel es en realidad un grupo de personas narcisistas y caóticas con libidos indómitas, o simplemente es un narrador muy talentoso. Bruno informa sobre nuevos comentarios absurdos en su blog de estilo de vida ("esa camiseta nueva es

demasiado chillona. ¿Quién se pone eso? ¡No puedes ponerte eso! ¿Y dónde la has comprado...?") y me siento casi despreocupada por un momento.

Es una pena que Hannes vaya a ser inevitablemente abandonado por Bruno.

Observo disimuladamente al chico alto y rubio, cuyos gestos puntiagudos van sorprendentemente bien con su larguirucho cuerpo. Una y otra vez logra atraer la atención de Bruno, con un gesto sugerente, una broma sutil o con sus habilidades culinarias: el sorprendente aperitivo es seguido por una colección de mini muffins ingeniosamente decorados, que preparó mientras Bruno estaba en el baño.

Estoy saboreando el tercer panecillo (guau, crema de pistacho, qué bien que no tenga que preocuparme por mi figura) cuando de repente me doy cuenta de que ambos pares de ojos están sobre mí.

—¿Qué pasa? —me atraganto entre bocado y bocado.

—Nos preguntábamos cómo vas a llamar al pequeño. Había pensado Gianni o Versace, pero Hannes piensa que eso sería demasiado.

—Mejor Giorgio, por Armani, pero los alemanes siempre lo pronuncian como '*tschoh-tscho*' —interviene Jean.

Muevo la cabeza pensativamente mientras lamo el resto de la crema de mis dedos.

—Hm, bueno, los diseñadores de moda no son exactamente mi primera opción a la hora de elegir nombre, pero algo italiano estaría bien. En cualquier caso, mi madre va a enloquecer de alegría.

De repente, la cara de Bruno se ilumina.

—Oh, tengo la idea perfecta. ¿No dijiste que el padre del pequeño era pianista?

Ángel

Por supuesto, Fernando inicialmente se había mostrado escéptico acerca de mi idea. No esperaba menos de alguien desesperado (y a menudo con razón) por mantener su integridad como médico en un país plagado de corrupción.

Sin embargo, cuando le había explicado que mi herencia finalmente me había liberado de las obligaciones con mi clan, su rostro se había suavizado considerablemente.

—¿Y estás seguro de que no quieres continuar con este negocio? Después de todo, has estado teniendo bastante éxito con eso.

Niego con la cabeza resueltamente.

—Mi padre mismo me ha dado mi libertad con sus últimas palabras. Ya no me siento responsable de usar mi dinero en nada que no me importe. Además, como sabes, nunca he sido muy dado al poder. E incluso si me quedo con solo el uno por ciento de mi herencia, es suficiente para vivir con un lujo increíble por el resto de mi vida. Créeme, ese negocio ya no es mi negocio.

Fernando asiente.

—Pero te das cuenta de que se necesitarán muchos sobornos para hacer eso. Permisos de construcción, adquisición de materiales, capacitación... Pensé que ya no querías tener nada que ver con eso.

Me encojo de hombros. Por supuesto que soy consciente de todo esto. Después de todo, he estado viviendo en este país durante más de treinta y cinco años.

—Lo sé. Y es exactamente por eso que esperaba que pudieras ayudarme. Usaré mi nombre para arreglar las cosas, pero necesito a alguien en quien pueda confiar para que todo suceda al final.

—... y que los fondos no desaparezcan simplemente, como con la autopista.

Fernando levanta una ceja. Sé lo que está insinuando. El dinero en este país tiende a desaparecer sin que nadie más sepa de él. Pero esta vez será diferente, o eso me dice mi instinto.

—Exactamente. Realmente quiero marcar la diferencia, asegurarme de que todos los niños reciban el tratamiento que necesitan sin robar a nadie ni prostituir a su madre.

Fernando me mira fijamente. Ambos recordamos esos casos demasiado bien. Los oftalmólogos cubanos son famosos en todo el mundo. Pero para que un niño nacido en la isla se cure de cataratas, se tiene que pagar en dólares, y a menudo solo obtienes eso dando lecciones de salsa.

Nos miramos a los ojos durante un rato. Finalmente, Fernando suspira y aparta la mirada.

—Maldita sea, Ángel, seguro que me va a traer muchos problemas. Pero no se te puede negar nada. ¿Cuándo quieres empezar?

*

Es mediados de agosto y los cimientos finalmente están en su lugar. Los trabajadores se quejan del calor sofocante, pero no me preocupa demasiado: si no es el calor, entonces la lluvia o los precios de los alimentos; siempre hay una razón para quejarse. Pido que se coloquen un par de refrigeradores en el lugar, ya que la electricidad ya está instalada (algo por lo que estoy muy agradecido con mis hermanos) para que siempre haya suficiente agua helada para todos. Solo el alcohol está estrictamente prohibido. Desafortunadamente ya he tenido que despedir a media docena de personas porque su consumo excesivo de ron los había convertido en un peligro para los demás. Pero como todavía somos oficialmente un estado socialista, simplemente se les asigna otro trabajo, tal vez no tan cómodo como el mío, pero nadie tiene que morir de hambre.

A pesar de su desgana inicial, Fernando ha hecho un gran esfuerzo. Incluso antes de que se pudiese abrir la primera sucursal, ya había reclutado un equipo de médicos especialistas y estudiantes que estaban ansiosos por dominar los nuevos desafíos.

Con mi apoyo financiero, también ha hecho arreglos para que se ofrezcan varios seminarios nuevos en la universidad que traten específicamente sobre las enfermedades mortales en niños. Hemos traído profesores adicionales de Venezuela para esto, pero espero que no pase mucho tiempo antes de que convenzamos a los alemanes de que nos tomamos en serio nuestro proyecto y que también pueden poner a nuestra disposición a algunos de sus mejores talentos.

Observo felizmente el progreso en el sitio de construcción y finalmente tengo el coraje de difundir las buenas noticias.

*

—¿Ángel? ¿Por qué has venido? Por favor, siempre he hecho todo lo que me has pedido, no puedo soportarlo más.

El rostro de Carlo está gris, su voz suena cansada y sus manos tiemblan. Se sienta en el pequeño porche frente a su casa, cuyas ventanas están tapiadas con paneles de madera para proteger a la familia del calor.

Le entrego un refresco helado del bar de la calle. Carlo me agradece, casi a regañadientes, toma un sorbo y sigue mirando fijamente al frente.

—Escucha Carlo, no estoy aquí para amenazarte o exigirte nada. Quiero disculparme contigo y

tu familia.

Él resopla con incredulidad, pero todavía no me mira.

—Lo digo en serio. Lamento haberte presionado y quiero compensarte. ¿Cómo está Alicia?

Ante el nombre de su hija, una leve sonrisa cruza el rostro de Carlo. Pero su expresión rápidamente se oscurece de nuevo.

—La semana pasada pensamos que las cosas iban un poco cuesta arriba. Desafortunadamente, sus constantes se han vuelto a deteriorar. Se sospecha que tiene quistes renales. Además, ya casi no quiere comer —endereza los hombros y me mira a los ojos, aunque obviamente es difícil para él—. Aun así, gracias por pagar su diálisis.

Niego con la cabeza con tristeza.

—Debería haber hecho eso sin chantajearte. Pero créeme, ahora todo será diferente.

—¿Estás diciendo que no continuarás con el negocio de tu padre?

Por primera vez, algo parecido a la esperanza se enciende en los grandes ojos marrones de Carlo.

—De ninguna manera. Pero me dejó mucho dinero y quiero usarlo para compensar al menos algo de lo que hice en su nombre.

Mi viejo amigo me mira con escepticismo, esperando más explicaciones. Respiro profundamente.

—Actualmente estoy construyendo un hospital que se especializará, entre otras cosas, en enfermedades renales en niños. Trabajaremos con médicos alemanes que tengan experiencia en esto. Me gustaría que Alicia participara en el primer estudio que realizaremos en colaboración con Ratisbona. Hay un nuevo fármaco contra la nefronoftis que se está revisando para su aprobación en Alemania. Ella podría ser una de las primeras pacientes en el mundo en probarlo.

—¿Lo estás diciendo en serio? —la voz de Carlo tiembla. Nunca había creído que Alicia pudiera sobrevivir hasta los veinticinco años sin un trasplante. Incluso los médicos no podían darle ninguna esperanza, porque nadie en su familia podía ser donante. La insuficiencia renal terminal siempre había sido el final inevitable de esta terrible enfermedad hereditaria. Hasta ahora.

—Hay posibles efectos secundarios sobre los que nuestros médicos te informarán. El éxito no está garantizado. Como te he dicho, las pruebas de laboratorio son esperanzadoras, pero aún no se ha probado en pacientes.

Carlo sigue sacudiendo la cabeza como si no pudiera creer lo que está escuchando. Sus ojos se llenan de lágrimas.

—Esta es la primera vez que alguien me da esperanzas de que mi pequeña pueda sobrevivir. Por supuesto, participará en el estudio. ¿Cuándo empieza?

—Si todo va bien, a principios de enero. Hasta entonces, deberá seguir haciéndose hemodiálisis

regulares. Ya he pagado todo por adelantado. También puede ser que ella tenga que ir a Alemania por un período de tiempo más largo. Pero no te preocupes, yo me encargaré de todo.

Carlo agarra mi mano y la aprieta tan fuerte que me estremezco.

—Gracias, Ángel —susurra con voz ronca—. Siempre he sabido que en el fondo eras una buena persona.

Tengo que tragarme que Carlo solo conoce una fracción de los crímenes de los que soy responsable.

No puedo perdonarme a mí mismo tan fácilmente como él me perdona. Pero me alegro de haber comenzado con buen pie. Rezo a todos los santos para que la nueva medicina realmente ayude a Alicia. A ella y a muchos otros niños y jóvenes. Entonces al menos parte de mi deuda estaría saldada.

Amanda

Nunca he odiado a mi madre tanto como ahora.

—¡Empuja, Amanda, tienes que empujar!

Guau. Qué idea tan brillante. Desafortunadamente, tengo la sensación de que el bebé no se mueve ni un centímetro de su lugar, sino que está atrapado exactamente en la posición que más me duele.

—¡Y respira, no te olvides de respirar!

Otro sabio consejo. Aprieto la mano de mi madre aún más fuerte solo para castigarla por sus estúpidas advertencias. Al mismo tiempo, por supuesto, sé que debo agradecerle por estar a mi lado en esta situación, en esta sala de partos terriblemente anónima, donde una enfermera solo aparece cada pocos minutos y se escabulle entre los demás pacientes. La última vez que vi al médico fue hace media hora. “Todavía falta” había sido su escueto comentario sobre lo que había podido descubrir entre mis piernas.

—¡Aaaargh!

Mi grito primigenio me sorprende y me olvido de todo lo que me rodea, de las enfermeras, de los demás pacientes, incluso de mi madre. Tan concentrada estoy en este dolor increíble que amenaza con desgarrar mi cuerpo en pedazos.

—Oh, Dios mío, ahí está esa cabeza, Amanda, amor mío, ¡ya casi estás!

Mi madre mira a su alrededor frenéticamente.

—¡Dottore! ¡Aquí! ¡Mi hija va a tener su bebé!

Incluso sin ese comentario, mis gritos deben haber alarmado a todo el hospital. Una enfermera ya está esperando, haciendo comentarios de utilidad similar a los de mi madre.

—¡Empuje fuerte de nuevo, Sra. Tauber!

Con mis últimas fuerzas y un chillido agudo, lo doy todo de nuevo.

De repente, el peor dolor pasa y cierro los ojos exhausta.

Antes de haberme recuperado lo suficiente como para abrir los párpados, la enfermera empuja un bulto envuelto en franela hacia mis brazos.

—¡Felicitaciones, Sra. Tauber, ha dado a luz a un hijo sano!

Abro los ojos con dificultad, pero de repente todo el cansancio desaparece.

En mis brazos yace la criatura más hermosa que el mundo haya visto jamás. Una cara redonda perfecta con enormes ojos negros, una boca abierta de asombro y un mechón de cabello oscuro increíblemente lindo que cae sobre su frente. Sus diminutos puños siguen abriéndose y cerrándose como si estuviera tratando de dar sentido al mundo en el que acaba de aterrizar.

—Mamá... —respiro en voz muy baja, temerosa de asustar a este hermoso pequeño humano— ¿Puedo presentarlos? Este es tu nieto, Amadeo.

*

—Entonces, ¿podemos finalmente descubrir quién es el padre? ¡“Cierta aventura festiva” no es una gran respuesta, Amanda!

Mi hermano Nino me mira con reproche. Durante mi embarazo todavía era algo reservado, pero, ahora que tiene a su ahijado en sus brazos por primera vez, está rebosante de curiosidad.

No lo culpo. Amadeo ciertamente no ha sacado esos increíbles ojos negros con pestañas largas y gruesas de mí, y aunque hay muchos hombres de cabello oscuro en nuestra familia, ninguno tiene el cabello tan lacio y brillante: mi madre y mis hermanos tienen rizos despeinados, y yo solo heredé el poco impresionante cabello rubio oscuro fino de mi padre. Sin embargo, o al menos eso es lo que dice mi madre, Amadeo claramente heredó su característica nariz de nuestra *nonna*.

—¡Te toca contarlo, hermana! ¿O tu coqueteo vacacional tiene algún oscuro secreto, es un agente secreto o un jefe de la mafia, o algo así?

Vaya, Nino se ha acercado bastante a la realidad.

—No, él... es pianista.

Mi hermano se golpea la frente teatralmente.

—¡Oh, de ahí el nombre! ¡Como Wolfgang Amadeus Mozart, solo que en italiano!

Me obligo a sonreír. De hecho, ese fue el argumento de Bruno para su sugerencia de nombre. Y también encontré el significado "amado de Dios" tan hermoso que no tuve que pensar más.

—Así es. Pero ahora devuélvemelo, creo que el pequeño tiene hambre.

Amadeo hace algunos ruidos molestos, pero rápidamente se calma cuando lo acuesto contra mi pecho. Al principio me costó un poco acostumbrarme a la sensación de una pequeña criatura succionando mis senos, por decir lo menos, pero ya me he acostumbrado. Y contra el enrojecimiento y la hinchazón, mi abuela me mezcló una crema hecha de tila y aceite de jojoba, que realmente ayuda.

Afortunadamente, mi casera también piensa que el pequeño es terriblemente lindo: incluso si comienza a rugir a las cuatro de la mañana, nunca recibo una mala palabra de ella, sino consejos bien intencionados sobre lo que ha ayudado a sus hijos y sus nietos. Sin embargo, necesito urgentemente buscar algo propio. Desde que nació Amadeo, de repente sentí una fuerte necesidad de ofrecerle un hogar seguro en el que pudiera crecer sin preocupaciones, no un departamento alquilado temporalmente, sino quizás una pequeña casa con jardín, que él consideraría el hogar de la familia durante toda su vida y un día heredaría de mí.

Sin embargo, todavía me falta mucho dinero para ese sueño. Aunque el banco me ha asegurado que puedo pedir un préstamo si mis padres responden por mí, tengo que pagar al menos el pago inicial yo misma. Primero tengo que empezar a trabajar de nuevo; espero que en unos meses Amadeo pueda arreglárselas unas horas al día sin mí.

Como si hubiera leído mi mente, mi hermano de repente sonríe con picardía y pregunta:

—Dime, ¿cuándo crees que podré cuidarlo por primera vez? Sabes que mis hijas están más apegadas a su mamá, así que pensé...

—Lo sé, Nino.

Tiene dos hijas y está deseando poder jugar pronto con un niño pequeño. Por eso consiguió el papel de padrino, y no Tiziano, que ya tiene dos hijos y una hija con su mujer. Bruno también se dio cuenta de que, en el peor de los casos, sería mejor que Amadeo fuera acogido por mi familia, pero insiste en que en el futuro deberá dirigirse a él como tío Bruno.

—Dale unas semanas más, ¿o tal vez quieras amamantarlo tú mismo?

Nino me saca la lengua y de repente se ve exactamente como el niño de 12 años que cortó el cabello de mis muñecas Barbie porque pensó que se veían mucho más punk. Estuve de mal humor durante semanas, hasta que me compró dos perritos de peluche (¡con pelaje de verdad!) con su paga porque "Ahora que tus barbies son punks, también necesitan perros que las cuiden".

Aunque aparentemente mi hermano estaba demasiado fascinado por esta subcultura en la estación central, de alguna manera siempre encontraba las palabras o los gestos correctos para animarme. Y él todavía está ahí para mí ahora. Casi rompo a llorar cuando lo veo mirando con cariño a Amadeo. De repente, estoy a la vez feliz de tener una familia tan maravillosa e

increíblemente triste porque Amadeo nunca tendrá la misma experiencia.

—¿Amanda? ¿Está todo bien?

La preocupación sincera en los ojos de Nino es demasiado para mí. Empiezo a sollozar incontrolablemente.

—Es solo que... tal vez me he equivocado, tal vez debería haber esperado hasta encontrar a un hombre... o simplemente dejarlo estar. ¿Crees que soy egoísta porque mi hijo no tiene padre?

Inmediatamente Nino está al lado de mi cama y nos abraza suavemente a mí y a Amadeo.

—*Sorella*, diste a luz a un pequeño humano increíble. No puede haber nada malo en eso.

—Pero —sigo sollozando—, ¿acaso un niño no tiene derecho a un padre? ¿Qué se supone que le voy a decir cuando sea mayor? ¿Qué pasa si los otros niños se burlan de él? ¿O si se convierte en un psicópata?!

Nino no puede evitar resoplar divertido, pero rápidamente vuelve a ponerse serio.

—En primer lugar, todos estamos aquí para evitar que tu hijo se convierta en Norman Bates. En segundo lugar, los niños siempre se burlan de algo, no puedes evitarlo, e incluso el color de la mochila escolar es suficiente para ello. En tercer lugar, y lo más importante, asegúrate de decirle la verdad. Cuando sea mayor, es posible que incluso puedas llevarlo en avión a Cuba algún día para que pueda conocer a su padre y asegurarse de que no se haya perdido nada. Si eso es lo que quiere.

Asiento y me calmo lentamente. Amadeo ha terminado de beber y lo dejo eructar sobre mi hombro cubierto con un chal. Luego da unas cuantas palmadas de satisfacción y se queda dormido.

—Ya ves, Amanda —susurra mi hermano— lo estás haciendo muy bien. Amadeo tiene suerte de tenerte como madre.

*

Cuatro meses después, ya no estoy tan segura. Mis planes de mudarme están atascados y, mientras mi familia está ocupada preparándose para la Navidad, casi no puedo limpiar el baño adecuadamente porque Amadeo me mantiene muy ocupada.

Tan pronto como lo pongo en su cuna, comienza a rugir y solo se calma después de haberlo mecido en mis brazos por un rato. Sin embargo, esto dificulta el uso de un teclado de ordenador al mismo tiempo. Mi investigación está progresando poco, y es que la primera entrevista con un profesor de medicina alemán que dirigirá el nuevo departamento en Ratisbona está prevista para

enero. Me gustaría estar preparada para eso, pero obviamente Amadeo tiene otros planes.

Cuando visito al pediatra por enésima vez, me dice que a mi hijo (aunque solo tiene cinco meses) le ha empezado la dentición.

Esto explica los gritos y la búsqueda de contacto físico, pero al mismo tiempo también tengo una serie de tareas nuevas: enfriar y cambiar los mordedores, limpiar la saliva de su carita y aplicarle loción, administrar varios medicamentos homeopáticos, masajear las encías y combatir las numerosas infecciones que resultan del sistema inmunológico debilitado.

Lo único bueno es la afición de Amadeo por los largos paseos en su cochecito. Abrigados como exploradores en la Antártida, caminamos todos los días por la orilla del río, algo que me despeja la cabeza y me permite pensar en nuevas ideas.

Cuando nos presentamos a la cita de la entrevista con nuestro disfraz de esquimal, el profesor parece un poco irritado al principio, pero una vez que nos hemos deshecho de las capas más gruesas, está francamente encantado con Amadeo, que le está chupando los dedos de los pies con devoción.

—Tiene un hijo espléndido, Frau Tauber. ¿Qué edad tiene?

—Cinco meses. Pero ya pesa más de ocho kilos —anuncio con orgullo, lo que hace sonreír al profesor.

—Y el primer diente ya asoma, como puedo ver. Es cierto que al principio me irritó un poco cuando me preguntaron si podía traer a su hijo. ¡Después de todo, somos un hospital para niños! Pero, como puedo ver, el pequeño se está desarrollando excepcionalmente bien.

Podría haberlo adivinado. Por supuesto, el profesor Frenzen sospechó que quería colar un trato especial además de la entrevista. Pero ahora parece calmado y responde a todas mis preguntas de manera amable y detallada. “¿En qué se especializará en el proyecto? ¿De dónde vienen los trabajadores calificados? ¿Cómo es exactamente el intercambio con Cuba?” Y, por supuesto, la pregunta más importante: “¿De dónde viene todo este dinero?”

Frenzen se encoge de hombros.

—Es una fundación privada que se llama *Institución Internacional Para El Resarcimiento*. Simplemente lo llamamos IPER.

Aunque el nombre español sale de los labios del profesor con sumo esfuerzo, entiendo el significado: compensación o reparación. Un nombre inusual para una fundación.

—¿Sabe quién es el responsable? ¿Hay un nombre detrás del IPER?

El profesor niega con la cabeza.

—Hasta ahora todo está pasando por nuestra persona de contacto en Cuba, Fernando Álvarez. Él mismo es médico en La Habana y coordina nuestra colaboración. Sin embargo, un tal señor Flores firma los documentos más importantes.

Cuando me ve hacer una mueca de decepción, levanta un dedo y hojea su agenda con la otra mano.

—Pero, Sra. Tauber, si realmente quiere saber quién estableció la fundación, venga a la inauguración del nuevo centro en tres semanas. En ese momento también iniciaremos un estudio de investigación a gran escala, y aunque el fundador de la fundación en realidad no quería venir a la inauguración, seguramente lo encontrará: está acompañando a una joven cubana con enfermedad renal que se ofreció como voluntaria para el estudio. Tal vez su hija o algo así, o eso al menos podría explicar su excepcional compromiso.

Escribo ansiosamente en mi libreta negra. ¡Finalmente una pista interesante! Un rico padre cubano que no ve otra forma de salvar a su hija que hacer construir un hospital e investigar con médicos alemanes. Una historia dramática que seguramente también conmoverá a los lectores. No puedo dejar de preguntarme si este padre tiene algo que ver con los Santa María. Tampoco hay tantos cubanos súper ricos.

—¿Te das cuenta de que eso daña el esmalte de tus dientes?

Frenzen me mira con reproche. Sonrojándome, me quito el bolígrafo de la boca, que he estado masticando salvajemente de emoción.

—Disculpe. ¿Me puede decir la hora exacta en que se llevará a cabo la apertura? Me gustaría informar al respecto. Y si habla antes con ese misterioso señor Flores, aquí tiene mi número.

Amadeo ha vuelto a lloriquear y lo recojo rápidamente antes de que todo el hospital escuchara sus gritos. Realmente se ha vuelto muy pesado, no puedo cargarlo así por mucho tiempo. Después de todo, ya está haciendo sus primeros intentos de gatear, así que explora lentamente el mundo sin que yo tenga que cargarlo todo el tiempo.

Frenzen me ayuda a abrigar al pequeño e incluso empuja la carriola hasta el ascensor, donde presiona el botón por mí y espera a que nos subamos en él.

—Gracias, profesor. Estoy emocionada de ver qué avances médicos logrará con su nuevo centro.

—Ha sido un placer, Sra. Tauber. ¡Nos vemos en tres semanas!

Ángel

La verdad es que preferiría no estar aquí en absoluto. Pero Carlo no puede dejar su trabajo en este momento, su esposa tiene que cuidar a los otros niños y ambos tienen un miedo irracional a Europa.

—Somos gente sencilla, Ángel —había explicado Carlo con voz suplicante—. No sabemos cómo vestirnos y comportarnos allí. ¡Diablos, ni siquiera sé lo que comen en Europa!

Así que le prometí que llevaría a Alicia a Ratisbona, donde la pondrían a prueba antes de que le administraran el nuevo medicamento durante al menos dos meses. Solo si sus valores son razonablemente estables después de este tiempo, podrá regresar a Cuba, donde luego será tratada nuevamente bajo la supervisión de nuestros especialistas. Alemania no se siente cómoda realizando experimentos fuera de la UE: la sospecha de que personas del segundo y tercer mundo están siendo utilizadas como conejillos de indias podría surgir demasiado rápido.

Así que tomo de la mano a la pequeña, que ahora tiene trece años, cuando entramos en el hospital de la manera más discreta posible.

Eso resulta un poco difícil, sin embargo, porque la administración aparentemente ha decidido celebrar la inauguración de la imponente nueva ala tan pomposamente como lo permite el presupuesto. Una enorme cinta de seda roja adorna la puerta de entrada y frente a ella hay un pequeño escenario en el que el alcalde da un discurso. Junto a él está Fernando, quien obviamente se siente incómodo, pero probablemente haya preparado un breve discurso en alemán de todos modos, como sugiere el papel que tiene en la mano. La multitud reunida frente al escenario es manejable, pero no quiero causar un escándalo por Alicia y la llevo rápidamente a la entrada trasera, donde el ascensor del personal nos lleva, gracias a mi tarjeta de acceso, al tercer piso, donde se alojan los pacientes para el estudio.

Cuando las puertas se abren, un hombre pequeño y regordete con una bata blanca se para frente a mí (¿nos ha esperado?), quien inmediatamente extiende su mano y me saluda en inglés.

—Profesor Frenzen. Un placer.

—Ángel Flores —murmuro de mala gana (desde la lectura del testamento utilizo el nombre de mi madre excepto en casos urgentes). Señalo a la chica que está a mi lado—. Esta es Alicia. Ella va a participar en el estudio de nefronoftosis. ¿Puede decirme con quién contactar?

El profesor levanta las cejas y estrecha la mano a Alicia también antes de mostrarnos el camino hacia el pasillo izquierdo con gestos de invitación.

—Señor Flores, sí, claro, todo está preparado. Lo siento por la conmoción que hay. Aquí, el trabajo continúa como de costumbre. ¿Le gustaría acompañar a su hija a la extracción de sangre?

—Ella no es... —comienzo la frase, pero en ese momento se abre otra puerta doble automática y frente a mí está... Amanda.

Mi corazón se detiene por un momento, pero rápidamente recupero la compostura. Después de todo, fue ella quien me habló de este hospital, por lo que no es de extrañar que, como periodista, esté ahí cuando hay algo que contar sobre este centro. ¿O no deseaba secretamente volver a verla y por lo tanto elegí este hospital entre todos los posibles?

Qué disparate. No estoy familiarizado con Alemania. Entonces, ¿por qué desperdiciar meses buscando una institución adecuada cuando ya sé que los especialistas y las herramientas relevantes están disponibles aquí?

Sin embargo, tengo que respirar hondo varias veces. Alicia ya me está mirando un poco

extrañada cuando finalmente cruzamos la puerta. Pero solo tengo ojos para Amanda.

Se ve de alguna manera más suave, más radiante, menos tensa que la última vez que la vi. ¿Y me equivoco, o sus pechos se agrandaron?

Entonces mis ojos se posan en el cochecito junto a ella. Es un armatoste azul oscuro que es difícil pasar por alto, pero parece que mi cerebro se niega a percibir nada que no sea ella. El cabello de Amanda brilla incluso bajo la fría luz de neón del hospital. Sus ojos se abren como si no pudiera creer que me está viendo.

Antes de poder pronunciar una palabra, un chillido penetrante rompe el inquietante silencio del pasillo del hospital. Amanda inmediatamente se inclina sobre la carriola y levanta al bebé que llora, quien se calma de inmediato.

Acunándolo en su hombro, me da una mirada chispeante.

Entiendo.

Amanda se ha convertido en madre y yo soy la última persona en la tierra a la que quiere tener cerca. No es que me sorprenda. ¿Quién querría asociarse con una persona que destaca por chantajear y amenazar a las familias cuando tienen un hijo propio?

Disgustado conmigo mismo, giro la cabeza y rápidamente empujo a Alicia hacia el pasillo donde están las estaciones de extracción de sangre.

Mientras la enfermera desinfecta el brazo de Alicia, lo ata y finalmente inserta la aguja con sorprendente delicadeza y precisión, solo puedo pensar en la forma en que Amanda me había mirado. Sí, me he ganado su desprecio, más de lo que jamás sabrá. Y ahora que ha formado una familia, por supuesto, seguro que es una madre fantástica. Envidio profundamente al tipo que logró darle un bebé a esa mujer. Ese hubiera sido mi sueño, mi fantasía secreta, formar una familia con alguien tan inteligente, honrado y hermoso como ella.

Pero alguien así jamás podría amar a un Santa María. Seguro que Amanda ha encontrado a un alemán que no tiene que hacer negocios ilegales para asegurar el sustento de su familia. O tal vez era su ex esposo de quien, según los informes, quería divorciarse, y cambió de opinión debido al niño.

Acompaño a Alicia a la sala, donde está conectada a varias máquinas, y le leo su libro favorito, *Alicia en el país de las maravillas*, por supuesto, hasta que se queda dormida, pero mis pensamientos están constantemente con Amanda y su hijo. Sólo necesito saber si ella es feliz. Se lo merece. A diferencia de mí, que exploté activamente la injusticia y la corrupción, ella expuso tales casos. Sí, desde entonces también he hecho consultas sobre ella. Su buena reputación como periodista no proviene solo de su minuciosa investigación; también se ha hecho un nombre tomando medidas contra organizaciones criminales establecidas (por ejemplo, redes de prostitución o narcotráfico) sin ser sobornada ni intimidada. Con razón fue tras los Santa María de todas las personas, eso es lo suyo.

Sólo espero que sea un poco más cuidadosa de ahora en adelante. Una vez que tienes una

familia, te pueden chantajear. Lo sé muy bien.

Decido averiguar cómo vive Amanda. Si hay algo que pueda hacer para ayudar a protegerla, o al menos hacerle la vida más fácil, lo haré. Este será otro elemento en mi lista de indemnizaciones.

Amanda

—¿Hablas en serio? —el editor en jefe de la revista de noticias me mira despectivamente— ¿Ha estado en la inauguración y no ha usado una sola cita del alcalde en su artículo?

Me esfuerzo por mantener la calma profesional.

—Los lectores han escuchado tales discursos miles de veces. ¿No le parece mucho más interesante que el clan mafioso más influyente de Cuba esté invirtiendo en un hospital alemán?

Se encoge de hombros.

—Puede que sea así. Pero su evidencia de esta participación es demasiado débil. Y, de todos modos, todo el artículo se lee como una adulación de este presunto jefe de la mafia. Lo sentimos, pero no podemos hacer nada con esto. No polariza en la dirección correcta, y nuestro columnista político no puede comentar sobre esto.

Básicamente, las declaraciones del editor me son completamente indiferentes. Escribiré el comentario político sobre esto yo misma, en mi libro. En este momento solo quiero vender mi artículo, por supuesto que necesito el dinero, pero no a cualquier precio. Por supuesto que sería sensacional (y por lo tanto exitoso) poner en la picota a la familia de Ángel y, por lo tanto, a él, pero simplemente no me atrevo a hacerlo. En cambio, lo he retratado como un filántropo, alguien que usa la moneda de su familia para hacer el bien.

Pero aparentemente esta visión no es particularmente popular. El redactor jefe me mira con desdén.

—Nos has proporcionado algunos artículos realmente buenos en el pasado. Pero esto... lo siento, esto no coincide con nuestro perfil. Aparentemente no has prestado mucha atención a nuestra posición de política exterior...

Naturalmente. La revista que Bruno me recomendó como primera opción tiene una clara postura pro estadounidense, por lo que no se puede publicar nada que arroje una luz positiva sobre Cuba. Si hubiera destapado un escándalo de corrupción, se habrían rendido a mis pies como cuando les serví a los Santa Marías en bandeja de plata (la detallada serie de artículos, sin embargo, fue a parar a un público un poco menos consolidado, pero mucho más abierto de otra revista).

Un informe sobre el compromiso humanitario que, según mi investigación al menos, no sirve para lavar dinero, naturalmente no encaja en un programa político que se especializa en retratar a los enemigos de los estadounidenses como un eje del mal. Con una sonrisa no vinculante,

empaqueto mis documentos.

—Gracias por su tiempo. Espero escuchar lo que su revista tiene que decir sobre el comportamiento de Trump hacia la OTAN.

Si se siente atacado por mi puya, al menos no lo demuestra.

Pero todavía hay bastantes revistas en mi lista, y sé que mi artículo es lo suficientemente bueno como para publicarlo. Esa es también la razón por la que se lo entregué personalmente al editor y lo imprimí en lugar de enviarlo por correo. No quiero que alguien robe mi trabajo y lo publique con pequeños cambios como si fuera el suyo propio. Me sucedió al comienzo de mi carrera y no volveré a cometer ese error.

En mi pequeño apartamento, Nino ya está esperando impaciente a que vuelva. Por mucho que ame a Amadeo, rápidamente me he dado cuenta de que pasar más de dos horas a solas con mi hijo, quien ahora ha descubierto lo divertido que es subirse a los estantes y las mesas para tocarlo todo, abruma a cualquiera.

Antes de limpiar el desorden que inevitablemente se produce en mi ausencia, acuesto a Amadeo y le canto una canción de cuna que me enseñó mi madre. Mientras mira el hipnóticamente giratorio móvil de lindos animales del zoológico que Nino ha preparado para él, sus ojos se cierran y beso su frente suavemente. Aunque podría verlo dormir durante horas, finalmente me recupero, hago un café y me siento en mi escritorio, que he colocado al lado del catre para poder vigilar a Amadeo mientras trabajo.

Pero tan pronto como abro el documento que algún día será mi libro en mi ordenador portátil, llaman a mi puerta.

—¿Sí? —digo un poco molesta, porque estoy segura de que es Nino quien una vez más se olvidó de algo increíblemente importante, como decirme cuándo fue la última vez que cambió el pañal de Amadeo. Como si no me diera cuenta si mi hijo de repente comienza a oler sospechoso.

En cambio, sin embargo, mi casera se para frente a la puerta y me tiende un fajo de cartas.

—Disculpe, Sra. Tauber, pero su buzón ya estaba desbordado, y pensé...

—Gracias, es muy amable por su parte.

Acepto la pila y primero clasifico los folletos. Publicidad, publicidad, más publicidad... una factura, una carta del abogado de Danny (solo una confirmación, gracias a Dios) de que ninguno de los dos va a demandar por manutención, y un sobre marrón grueso con una dirección escrita a mano, pero sin remitente.

Curiosa, abro el sobre. Primero, una pila de papeles impresos cae en mis manos. Reconozco mi nombre a primera vista, pero el contexto solo se aclara cuando leo atentamente la primera página.

Aparentemente alguien me ha dado una casa en Kasernenviertel, un suburbio de Ratisbona. Cien

metros cuadrados de espacio habitable más el doble de terreno. Tengo que reírme. ¡Qué absurda coincidencia! Mientras buscaba un lugar así para vivir, una mujer con mi nombre ganó el premio gordo. Obviamente es un error, porque definitivamente hay más de una Amanda Tauber en esta ciudad. Pero mientras empiezo a marcar el número del notario a cargo del caso en mi móvil para explicarle el error, advierto un *post-it* amarillo pegado en el lomo de la última página. La letra es desconocida para mí, pero el breve texto está claramente en español.

Amanda,

os deseo a ti y a tu hijo toda la suerte del mundo.

Perdóname por mentirte.

Por favor, acepta mi regalo como muestra de mi arrepentimiento.

Nunca te olvidaré.

Ángel

Mi visión se vuelve negra y tengo que sentarme. Ver a Ángel en el hospital sin previo aviso ya me había impactado. Descubrir que él es el misterioso fundador de la Fundación IPER es otro golpe, aunque en retrospectiva tiene sentido: quiere enmendar los crímenes de su familia. Pero esto es definitivamente demasiado.

Leo la breve nota una y otra vez y siempre llego a la misma conclusión: Ángel no tiene idea de que es el padre de mi hijo. No sé por qué estoy tan segura de ello, pero algo me dice que él habría elegido otras palabras en este caso. "Nuestro hijo", por ejemplo. Además, abandonar a su hijo ilegítimo no encajaría exactamente con su misión de redención.

Mi corazón late con fuerza como si estuviera a punto de estallar, mientras mi mente y mis emociones se involucran en una acalorada discusión.

No hay manera de que pueda aceptar este regalo. Debo llamar al notario y rechazar la donación. ¿O quiero deberle gratitud a un Santa María para siempre? ¿Dónde se ha ido mi sentido de la independencia? ¿Debo sacarlo de mi vida de una vez por todas! ¿También por el bien de mi hijo! Apenas conozco a este hombre; ¿debería ahora tener un derecho sobre mí solo porque gasta su fortuna ilegal para comprar su absolución?

Así es como mi mente argumenta. Mi instinto, por otro lado, me dice algo completamente diferente. Ángel me pide perdón y quiere apoyarme a mí y a mi hijo, aunque estoy segura de que asume que es de Danny o de mi nuevo novio. Soy parte de su vida, que él cree haber arruinado con sus mentiras, y ahora quiere demostrarme que ha cambiado, que siente la necesidad de hacer el bien sin aprovecharse de ello. Estoy segura de que podría tomar la casa y Ángel nunca más me contactaría, y mucho menos pediría algo a cambio. Él ya no es así, puedo sentirlo, incluso si mi mente racional se ríe de mi ingenuidad.

Por el contrario, creo que se sentiría profundamente herido si rechazara su obsequio y podría sacar una artillería aún más pesada para obtener el perdón que tan desesperadamente busca.

Pero lo perdoné hace mucho tiempo. Por supuesto, nunca he querido construir una vida con un hombre si nuestra relación comenzó con una mentira, pero ahora puedo entender mucho mejor sus razones. Además, Amadeo me recuerda cada día más a su padre, esa mirada atenta y sensible, la búsqueda del amor y la ternura unida a la necesidad de afrontar el mundo con fuerza e independencia. Tal vez estoy leyendo demasiado en el comportamiento de un bebé, pero la forma en que Ángel me miró cuando apareció de repente frente a mí en el hospital... Tanto dolor, tanto arrepentimiento y al mismo tiempo tanta añoranza...

Yo misma, en cambio, estaba en estado de shock, y pasó bastante tiempo antes de que mi cerebro finalmente permitiera esta conclusión increíblemente improbable: frente a ti está tu Ángel, tu amante cubano, aquí, en el corazón del casco antiguo europeo. Tan increíble como fue ese encuentro, mi cuerpo instintivamente le respondió de inmediato, y Amadeo también pareció sentir que algo era diferente a lo habitual. Desafortunadamente, Ángel y la joven que sostenía su mano desaparecieron antes de que pudiera saludarlo.

Esa chica... De repente un pensamiento rompe el caos que reina en mi interior. ¿No dijo el profesor Frenzen que el fundador de la fundación podría haber hecho todo este esfuerzo por su hija? ¿Y si Ángel ya tiene una familia, o al menos una hija, de la que no me habló? Otra mentira realmente no me sorprendería. ¿Por qué me contaría esos detalles cuando todo lo que quería era tener sexo por un lado y avergonzar a su padre por el otro?

Me escucho y me pregunto si podría manejar tal misterio. Hacía un momento había estado a punto de contactar con Ángel de alguna forma, agradeciéndole el regalo, o rechazándolo cortésmente, según hubiera ido nuestra conversación. Incluso podría haberle hablado de nuestro hijo, si mi instinto hubiera sido correcto. Pero ahora mi mundo ha girado otros ciento ochenta grados en segundos.

Tan conmovedor como es que él esté tan comprometido con el bienestar de su hija y otros niños con dolencias similares, simplemente no puedo soportarlo más. ¿Era todo su alboroto por hacer las paces solo algo egoísta después de todo? ¿Quiere comprar su libertad con un regalo porque ya tiene una familia?

Perdida en mis pensamientos, acuno a Amadeo en mis brazos, que ha vuelto a chillar.

—Necesitamos saberlo —le susurro al oído de mi hijo. Me mira fijamente como si entendiera cada palabra—. Necesitamos saber quién es realmente tu padre.

*

—Entiendo su interés, Sra. Tauber, pero es realmente muy inusual entrevistar a una niña tan joven sin que sus padres estén presentes.

El profesor Frenzen me mira con escepticismo.

—Pero hablo español, tal vez incluso le haga bien volver a escuchar su lengua materna —trato de encontrar una excusa. Franzen niega con la cabeza.

—Ahora tenemos dos médicos cubanos en nuestro equipo supervisando el estudio, así que no creo...

—Excelente —interrumpo al doctor—. Así uno de ellos podría venir conmigo para asegurarse de que no molesto demasiado a la chica. Si ella está de acuerdo, por supuesto.

Le doy una mirada suplicante y señalo de forma demostrativa a Amadeo, que ronca plácidamente en su calesa.

—Yo también soy madre, nunca querría hacerle daño a la niña.

Frenzen suspira y deja caer los hombros.

—De acuerdo entonces. voy a pedirle al Dr. Borges que te acompañe. ¡Siempre y cuando sigas sus instrucciones y detengas el interrogatorio tan pronto como él te lo indique!

—Lo prometo —siento que se me quita un peso del corazón, pero todavía tengo una petición—. ¿No podría una enfermera cuidar a Amadeo por un momento...?

Media hora después, entro junto con el Dr. Borges en la habitación donde yace Alicia. La niña me mira con ojos enormes y temerosos. Las mangueras que sobresalen de sus brazos están conectadas a varias máquinas, cuyos pitidos y zumbidos constantes llenan la pequeña habitación. En contraste con las habitaciones de hospital que he visitado en mi vida, cuadros coloridos cuelgan de las paredes pintadas en un agradable naranja, cortinas que se balancean suavemente enmarcan las amplias ventanas y un ambientador eléctrico reemplaza el olor típico del hospital con un aroma de flores tropicales con un silbido ocasional.

Aun así, la vista de la niña hundiéndose en la enorme cama casi me rompe el corazón. Por un momento dudo de mi propia misión. Ante mí yace una niña enferma, ¿importa acaso de quién sea hija? Si Ángel quiere ayudarla, ¿no es eso todo lo que importa?

Pero entonces el Dr. Borges le quita con cuidado la vía intravenosa de la mano izquierda.

—Bueno, Alicia, desafortunadamente tenemos que sacarte sangre de nuevo.

El rostro de la chica se retuerce en una mueca de dolor.

—Por favor, ¿realmente tiene que ser así? Me dolió mucho ayer, no quiero... —ella comienza a llorar y cuando miro su apuñalado y magullado brazo entiendo por qué.

El Dr. Borges se vuelve hacia mí y me dice en inglés:

—¿Tal vez puedas hablar con ella ahora para distraerla un poco? Así será más fácil para mí poner la aguja cuando ella no esté tan concentrada en el dolor.

Me siento en un taburete a la derecha de Alicia y tomo su mano.

—Hola, soy Amanda. Seguro que no es fácil estar en un hospital tan lejos de casa. ¡Cuando tenía tu edad, hasta le tenía miedo al dentista! Eres mucho más valiente de lo que yo he sido nunca.

La chica sonrío un poco y lo tomo como una buena señal.

—¿Por qué no me cuentas un poco sobre tu familia? Probablemente piensen en ti todo el tiempo.

—Sí, papá también me dijo eso —solloza Alicia—. Dijo que siempre estará conmigo, incluso cuando no pueda verlo. Como el buen Dios. Pero ¿por qué el buen Dios me enfermó tanto en primer lugar?

Casi empiezo a llorar también. Acaricio suavemente la pequeña muñeca de Alicia.

—Yo tampoco lo sé. Tal vez porque sabe que eres mucho más fuerte que otros niños, así que puedes con todo.

Ella niega con la cabeza y me mira dudosa. Sorbo con la nariz y trato de volver a concentrarme en mi tarea. Por el rabillo del ojo veo que el Dr. Borges ya le ha amarrado el brazo y ahora se acerca a la vena con la aguja de mariposa. Instintivamente aprieto la mano de Alicia un poco más fuerte.

—¿Y dónde está tu papá ahora? ¿Por qué no está contigo?

—Está en casa —Alicia se estremece cuando la aguja la penetra, pero rápidamente se enfoca de nuevo en mí. Por supuesto, una niña que ha pasado por tanto sabe cuál es la mejor manera de distraerse del dolor.

—Él y mamá tienen que trabajar y cuidar a mis hermanos. Todavía son muy pequeños. Pero en unas pocas semanas puedo volver a casa. ¿O no?

Ella mira al Dr. Borges, que asiente tranquilizadamente y murmura palabras afirmativas mientras el tubo en su mano se llena lentamente con la sangre de Alicia. Eso me da un momento para ordenar mis pensamientos.

—¿Cómo se llama tu papá? —pregunto para estar absolutamente segura.

—Carlo... ¡Mamá lo llama Carlito, pero solo si no ha hecho ninguna estupidez!

Nos sonreímos con complicidad. Mi corazón se siente como si acabara de ser liberado de varias carretillas de escombros.

—¿Y quién es el hombre que te trajo aquí?

—Se llama Ángel, es un viejo amigo de papá. También pagó mi diálisis en casa, pero solo porque papá lo ayudó con algo. A mamá no le gustó mucho. Pero ahora le vuelve a gustar Ángel, creo. A mí me gusta también.

Asiento con la cabeza mientras las piezas del rompecabezas comienzan a encajar en mi cabeza. El Dr. Borges quita el tubo del brazo de Alicia y le vuelve a colocar la vía intravenosa. Aliviada

de que el procedimiento haya terminado, la niña deja que su cabeza se hunda en la almohada.

Estoy a punto de despedirme para que descanse un poco cuando de pronto se le iluminan los ojos y mira expectante hacia la puerta que se abre suavemente.

—Espero que no hayas atormentado demasiado a Alicia —le gruñe Ángel al médico. Entonces me ve al otro lado de la cama del hospital —. Oh, veo que tienes visita. Volveré en quince minutos —dice con una sonrisa aparentemente relajada, pero sus dedos temblorosos lo delatan. Rápidamente se da la vuelta y quiere salir de la habitación, pero esta vez soy más rápida.

—¡Ángel! Por favor, quédate. Alicia tenía muchas ganas de verte.

Mi sonrisa tampoco podría ser más relajada y cálida. Aun así, Alicia me mira con recelo. ¿Puede la niña leerme la mente?

Dubitativo, Ángel agarra el taburete frente al pequeño lavabo y se sienta en la cabecera de la cama del hospital, lo más lejos posible de mí.

El Dr. Borges ha empacado sus cosas y me mira, pero no hago ningún movimiento por salir de la habitación con él.

—Si a Alicia no le importa, me gustaría quedarme un momento y hablar con el señor Flores también —le digo mirando a Ángel. Oh dios, esos ojos, tengo que recomponerme para no envolver mis brazos alrededor de su cuello. Pero antes tenemos que aclarar algunas cosas: sus mentiras, su loco regalo... Ah, sí, y nuestro hijo juntos.

—Amanda puede quedarse —dice Alicia en voz baja pero firme, mirándonos a los dos. Borges sale de la habitación encogiéndose de hombros y de repente se hace un extraño silencio.

—¿Cómo estás, Alicia? —pregunta finalmente Ángel, acariciando suavemente el hombro de la niña.

—Como siempre. Algo nostálgica. Los médicos son muy amables conmigo, pero siempre lo son cuando hay un Santa María cerca.

Ella sonríe con malicia y me doy cuenta de que, a pesar de su apariencia frágil, ya es una adolescente, y ciertamente no es tonta. Ya sea conscientemente o no, ella me hace una señal.

—Me lo puedo imaginar, pero ¿por qué te conocen aquí como el Sr. Flores?

Miro a Ángel directamente a los ojos, pero él evita mi mirada.

—Ese era el apellido de mi madre —murmura. Así que al menos su muerte no fue una mentira. Pero realmente no esperaba eso.

Pasamos a algunos temas más inocuos, hablando con Alicia sobre la comida del hospital (sorprendentemente buena, incluso toma helado de postre de vez en cuando, otra cosa que no suele hacer en Cuba y que hace que se le iluminen los ojos), sus valores hepáticos (que ella conoce a la perfección), así como sobre su familia que le espera en casa.

—Lo que más echo de menos es a mi madre antes de dormirme. Siempre nos canta a mis hermanos y a mí, aunque en realidad soy demasiado mayor para eso. Pero ahora de verdad lo echo de menos...

La voz de Alicia suena cansada. Ángel me mira avergonzado por un momento, luego retira suavemente el cabello de la frente de la niña.

—Creo que conozco una canción que tu madre canta a veces, aunque quizás seas demasiado adulta para ella. Ciertamente no tengo una voz tan hermosa como la de ella, pero puedo intentarlo.

Alicia asiente y cierra los ojos. Ángel le acaricia las yemas de los dedos mientras comienza a cantar suavemente.

Los pollitos dicen,

pío, pío, pío,

cuando tienen hambre,

cuando tienen frío...

Estoy hechizada por la simple canción infantil sobre los pollitos llamando a su madre para que les dé comida y calor. La voz de Ángel es cálida y llena de cariño, y noto que la respiración de Alicia se hace más lenta. Cuando ha terminado, ella está profundamente dormida. Nos comunicamos sin una palabra y salimos de la habitación lo más silenciosamente posible.

Ángel

Cierro con cuidado la puerta de la habitación de Alicia. Amanda parece saber exactamente dónde quiere ir porque camina resueltamente hacia el ascensor y no me mira. Demonios, sé que debería respetar su privacidad, pero ya no puedo más. No quiero jugar, no quiero mover los hilos de fondo, por fin tengo que hablar con ella, tengo que explicarme. Si después de eso ella todavía no quiere tener nada que ver conmigo, tendré que aceptarlo.

Llego al ascensor en el último momento antes de que se cierren las puertas.

—Amanda, por favor. Tengo que hablar contigo. ¿Recibiste mi carta?

Ella me mira con los ojos muy abiertos y me siento como un completo idiota otra vez. ¿Por qué tuve que empezar con esta pregunta de todas las cosas? Ahora debe estar pensando que estoy esperando un gran gesto de gratitud de su parte por liberarla de su diminuto apartamento, una arrodillada ("¡mi salvador!") o algo así, cuando sé a ciencia cierta que lo que me quiere dar es una fuerte patada en las joyas de la corona.

Hablo rápido.

—Por favor, no creas que estoy tratando de obligarte a hacer algo. Heredé tanto dinero de mi padre que finalmente puedo ayudar a todas las personas a las que he lastimado, chantajeado o mentido. No quise meterte en la cama con mis mentiras. Tenía miedo de que cuando descubrieras quién era, no quisieras tener nada que ver conmigo. Por favor, déjame compensarte.

Las puertas del ascensor se abren y Amanda camina en dirección a la oficina del Dr. Frenzen. Pero ¿me equivoco o sus pasos se han ralentizado? Se detiene brevemente frente a la puerta y me lanza una mirada inquisitiva, que entiendo como una invitación a esperarla. Minutos después regresa con el cochecito y el niño. O al menos eso es lo que sospecho, porque solo puedo adivinar al bebé debajo de la cubierta protectora.

Cuadra los hombros y se pone un gorro de lana de colores brillantes sobre la cabeza.

—¿Tal vez deberíamos dar un paseo? Necesito urgentemente un poco de aire fresco.

Asiento con alivio. Tomamos un atajo por el centro de la ciudad y cruzamos juntos el Puente de Piedra, donde sopla un viento frío que imposibilita la conversación. Finalmente hemos llegado al otro lado del Danubio y estoy tratando de encontrar mi hilo nuevamente.

—Realmente deseo con todo mi corazón que aceptes mi regalo. La casa está en una buena zona, hay guarderías y colegios geniales y buenas conexiones de transporte público.

Dios, sueno como un agente de bienes raíces. Amanda parece darse cuenta de eso también, porque se detiene y me mira confundida.

—Solo digo que es el entorno ideal para ti y para tu hijo, y estoy seguro de que tu esposo también podría ponerse a trabajar fácilmente.

—¿Mi esposo? —pregunta Amanda—. ¿Qué esposo?

Ahora es mi turno de parecer confundido.

—¡Bueno, el padre de tu hijo, tu esposo o tu nuevo novio!

Amanda se ríe. Estoy empezando a sentirme un poco ofendido. Solo quería mostrarle que no tengo derechos sobre ella, que me preocupo por el bienestar de su familia, aunque sé que ya no hay lugar para mí en su vida.

Finalmente deja de reírse, se suena la nariz y levanta la parte superior del carrito.

—Ángel, me gustaría presentarte a alguien.

Con un movimiento rutinario, levanta al bebé. Unos enormes ojos negros parpadean inquisitivamente hacia mí desde debajo de un diminuto gorro de punto. Cuando estiro la mano con cuidado hacia el niño, este agarra mi pulgar con su pequeño puño y tuerce la cara en una sonrisa alegre. Amanda también sonríe.

—Este es Amadeo. Tu hijo.

*

Por unos instantes el mundo parece haberse detenido. Al no oír nada más que mi propio jadeo, miro alternativamente a Amanda, cuyos ojos azul marino brillan con expectación, y a este niño, en cuyo rostro de repente creo reconocer mis propios rasgos.

—¿Es eso... es eso realmente cierto? —me atraganto. Aunque Amanda asiente afirmativamente, una parte de mí se niega a creerla. Simplemente no merecía un regalo como ese. Probablemente he tenido un accidente, estoy en coma, y mi cerebro moribundo me está dando una vez más la ilusión de un mundo perfecto como despedida. Esta explicación me parece extraordinariamente plausible, pero entonces Amadeo clava sus diminutas y afiladas uñas en mi palma como para devolverme a la realidad.

Puedo sentir lágrimas calientes corriendo por mis mejillas.

—Amanda... es tan hermoso...

Sus ojos también se mojan, mientras miramos juntos a nuestro hijo, este milagro que creamos en una sola noche de, como ahora me doy cuenta, amor sincero y profundo.

—Mira, tiene hasta tu pelo —susurra Amanda, quitando con cuidado el sombrero de la cabeza del pequeño.

Casi tengo que reírme. El parecido es increíble. Aparentemente, ella no le cortó el pelo, porque le cae largo sobre la frente y sobre las orejas sonrosadas, espeso, oscuro y brillante, como el mío y el de mi difunta madre.

Aparentemente, a Amadeo no le agradan demasiado nuestras atentas miradas, porque comienza a lloriquear.

—¿Te gustaría cogerlo en brazos? —pregunta Amanda, y cuando asiento con la cabeza, me entrega al niño con suma facilidad. Oh Dios, tengo tanto miedo de dejarlo caer, de lastimarlo, pero me recupero y lo levanto suavemente. Cuando sigue gimiendo, instintivamente empiezo a mecarme de un lado a otro, y él parece disfrutarlo porque hace ruidos de satisfacción y babea sobre mi hombro con una risita.

Amanda saca un pañuelo, pero me resisto indignado.

—¡Oye, es el primer regalo que me ha dado mi hijo! Eso tiene que quedarse ahí.

Amanda se ríe.

—Bueno, si eso te hace feliz, puedes esperar tu próximo cumpleaños. ¡Para tales ocasiones, a Amadeo le gusta regalar vómito casero de bebé!

Ambos nos reímos, aunque las lágrimas todavía corren por mi rostro. Debo tener un aspecto terrible, pero no me importa. Nunca he sido más feliz en mi vida que aquí, en la fría primavera alemana, con Amanda a mi lado y mi hijo en mis brazos. Ojalá pudiera capturar este momento

para siempre.

Pero finalmente, Amanda me quita al niño, que ya se ha quedado dormido, y lo vuelve a poner con cuidado en el cochecito.

—Deberíamos irnos a casa antes de que se resfríe.

—¿Puedo... puedo ir contigo?

De repente tengo miedo de que esto sea todo, que ella solo me haya querido informar de mi paternidad por un sentido del deber y que nunca más veré a Amadeo. Su vacilación aumenta mi miedo hasta el punto de ser insoportable.

—Puede que no sea tan buena idea. Mi casera ciertamente haría muchas preguntas molestas. Además, el departamento es muy chico, básicamente solo tengo una cama, un escritorio y una silla...

Ella me mira avergonzada. Tal vez sea una excusa o tal vez no. Reúno todo mi coraje y suelto un globo de prueba.

—¿Ya has ido a ver tu nueva casa?

—¿Qué? No, no he tenido la ocasión... Todavía no he decidido si puedo aceptarlo.

—¿Por qué no te decides después de verla? Podrías empacar algunas cosas para Amadeo y vamos allí directamente.

El latido de mi corazón late con fuerza en mis oídos. Si se niega ahora, sabré que no quiere pasar más tiempo conmigo. Pero para mi gran alivio, después de pensarlo un momento, ella asiente.

—Está bien. Mi apartamento está a la vuelta de la esquina. ¿Me esperas abajo con Amadeo?

Nada mejor que eso. Veo felizmente a mi hijo dormir hasta que regresa, con una gran bolsa de lona sobre su hombro y una gran sonrisa en su rostro.

—Vamos entonces, chicos.

Amanda

No creo haber visto nada más hermoso que Ángel y Amadeo jugando al cucu-trás juntos sobre una suave manta. En español, como era de esperar, dice "¡cucú!", y a Amadeo no parece importarle el idioma de todos modos. Él sonríe y se ríe felizmente cuando Ángel se quita las manos de los ojos y milagrosamente está "allí" de nuevo. Y este hombre alto y de hombros anchos parece divertirse tanto... No puede apartar los ojos de su hijo y siempre encuentra una oportunidad para tocarlo y abrazarlo.

Está casi tan abrumado como yo. Estoy de pie en la gran cocina de planta abierta, con vistas a la espaciosa sala de estar con suelo de parqué y ventanas que ocupan toda la pared hasta al techo, más allá del cual se encuentra una terraza con azulejos de terracota y un jardín cuyo final no puedo ver. Convenientemente, la cocina ya está totalmente equipada con nevera americana, licuadora de alta tecnología, cocina de inducción y ollas y sartenes adecuadas, que ahora uso para preparar el plato favorito de Amadeo, puré de zanahorias, y una boloñesa para los adultos.

Ángel me confesó tímidamente que se tomó la libertad de elegirme el equipo de cocina para que no tuviera que lidiar con mueblerías y servicios de entrega.

—Pero puedes devolverlo todo, ¿no hay problema!

Sí hombre. Por supuesto que cambiaré la cocina de mis sueños por un modelo de IKEA sin amor.

Las superficies de trabajo por sí solas son la mitad del tamaño de todo mi apartamento. Y de repente ya no tengo ganas de volver a ese apretado antro. ¿Qué es lo que realmente me impide aceptar el regalo de Ángel? Después de todo, le di el regalo más grande de todos: Amadeo.

Él parece pensar de la misma manera, porque no deja de lanzarme miradas en las que puedo leer gratitud, asombro, esperanza y, sobre todo, amor.

Apago la estufa, vierto las gachas en un tazón y me siento en la manta con mis dos amores.

—¿Puedo darle de comer? —pregunta Ángel, esperanzado, y estoy feliz de dejar que tenga el placer de estar cubierto de una sustancia pegajosa naranja de pies a cabeza. A él no parece importarle, ya que se ríe cada vez que Amadeo escupe su comida hasta que la manta finalmente parece haber sido el estadio de un campeonato de paintball.

Después de cenar pongo a Amadeo en su cochecito, en el que creo que duerme tan bien como en su cuna, y me siento con Ángel.

—Amanda, quiero agradecerte desde el fondo de mi corazón por este día. Incluso si no quieres volver a verme después de esto, gracias por dejarme pasar tiempo contigo y Amadeo.

Sus ojos de perro me hacen sentir blanda y enojada al mismo tiempo.

—¡Escucha, Ángel! Ya basta, por fin. No me hiciste ningún daño, al contrario, gracias a ti tengo un gran reportaje, me diste la noche de mi vida y a mi hijo. ¡Puedes dejar de disculparte!

—¿Así que te quedarás con la casa?

Con un profundo suspiro, tomo su mano.

—¿Tengo acaso otra opción?

Ángel sonrío de esa manera irresistiblemente juvenil.

—Es poco probable. Mi necesidad de colmarte de regalos es mayor ahora que he conocido a Amadeo. Entonces, si no quieres que un coche deportivo nuevo aparezca frente a tu puerta cada semana...

—Oh, podría vivir con eso.

Ambos nos reímos. De alguna manera todavía sostiene mi mano, acariciando suavemente mi palma con la punta de sus dedos. Sus ojos se vuelven aún más oscuros, si eso es posible.

—Y... ¿la noche de tu vida dijiste?

Giro la cabeza hacia un lado, avergonzada, pero Ángel es más rápido. Con un toque suave, toma mi barbilla, se inclina hacia adelante y me besa en los labios.

—También lo fue para mí —susurra, y esas son las últimas palabras que salen de sus hermosos labios antes de tirarlo con fuerza contra mí, rodearlo con mis brazos y besarlo tan apasionadamente que siento que me voy a disolver en mil pequeñas partículas, todas las cuales sólo desean una cosa: a él.

Sus manos acarician mi cuello, mis pechos, mi cintura y encienden en mí un fuego que añoraba mucho desde hace año y medio.

Mientras se quita la camisa por la cabeza, no puedo creer que este chico increíblemente atractivo me quiera tanto, a mí, cuyas tetas se han movido unos centímetros hacia abajo gracias al bebé, a mí, con la pancita y el culo ancho... a mí. Los pensamientos autodestructivos se desvanecen rápidamente cuando me desabrocha los pantalones y entierra su cabeza entre mis piernas. Oh dios, eso se siente tan bien... Cuidadosamente juega con su lengua en mi parte más íntima, me besa y lame con pequeños trazos de lengua, y gime una y otra vez larga y placenteramente, como si nunca en su vida hubiera probado algo tan delicioso.

Alboroto su suave cabello, acercándolo aún más a mí. Quiero más y él me da más, puedo sentir que estoy al borde del clímax mientras me penetra con su lengua, sus labios aun moviéndose sobre mí. Me retuerzo, envuelvo mis piernas alrededor de sus hombros y finalmente muerdo mi antebrazo para sofocar mi grito.

—Shh... — susurra Ángel y pone su dedo índice en mis labios mientras se levanta lentamente. Antes de que pueda reaccionar, siento su virilidad y él ya me está penetrando, en un empuje suave que, a pesar de mi precaución, provoca un jadeo reprimido.

Cierra mi boca con sus besos, que se vuelven más exigentes cuanto más acelera su ritmo. Entierro mis dedos en su trasero, presiono mis caderas contra él con tanta fuerza como si fuéramos dos imanes inevitablemente conectados, fuerzas primarias de la naturaleza luchando por la unidad, queriendo fusionarse contra cada peligro y obstáculo.

Tal vez sea el saber que nuestra unión ya produjo el milagro de la vida, tal vez sólo el anhelo mutuo, la larga espera y la esperanza que hace que la conexión de nuestros cuerpos sea aún más intensa, aún más indecible. Me encantaría devorarlo, absorberlo por completo, no tener que dejarlo ir nunca más.

Todos estos extraños sentimientos me inundan mientras nos amamos tan apasionadamente como si no hubiera un mañana, como si nunca hubiera un ayer, porque todo lo que importa es el aquí y el ahora: nosotros. Juntos. Unidos.

Epílogo

Amanda

A Alicia no se le permite regresar a su país de origen hasta finales de septiembre. Antes de eso, Ángel había llevado a su madre una vez y a su padre dos veces para facilitar la estancia de la niña.

Ahora estamos juntos en el aeropuerto de Múnich.

Alicia se ha fortalecido, sus ojos brillan con anticipación y su agarre en mi mano es fuerte y decidido. Los médicos ya habían mostrado un cauto optimismo en mayo, pero ahora parece seguro que el nuevo fármaco le permitirá llevar una vida casi normal.

Desde que nos conocimos, la he estado visitando, sobre todo con Ángel, a veces solo con Amadeo, cuyo cariño juguetón nunca deja de sacarle una gran sonrisa.

Todos celebramos juntos su primer cumpleaños fuera de casa con tarta de chocolate y champán infantil en el patio del hospital. Más tarde, Amadeo se quedó con Bruno y Hannes (sí, el rubio gigante de alguna manera se las arregló para conseguir un lugar permanente en la vida de mi frívolo amigo), mientras Ángel y yo teníamos algo más que celebrar en un asador.

La publicación de mi libro, que, gracias a la historia del hospital y mucho conocimiento interno de Ángel, consta de más de cuatrocientas páginas, y ahora también está en la lista de los más vendidos de *Spiegel*.

Con orgullo no disimulado, Ángel le señala a Alicia mi libro, que está expuesto en el escaparate de la librería del aeropuerto.

—Mira, Amanda escribió eso. ¡Tú también sales!

Los ojos de Alicia se abren como platos.

—¿Es eso realmente cierto? ¿Soy famosa en Alemania?

—Tal vez no tan famosa, pero mucha gente ahora conoce tu historia y lo valiente que eres.

Un toque de rubor se extiende por sus mejillas. Pero antes de que pueda responder, Amadeo comienza a gemir en el brazo de Ángel. Ahora habla algunas palabras e incluso frases cortas, aunque en una divertida mezcla de alemán y español. Desde que nos conocimos, no ha pasado un día sin que Ángel haya pasado al menos unas horas con Amadeo y conmigo. Decoramos la casa

juntos y casi tengo que obligarlo a que deje de comprarle juguetes nuevos a Amadeo. Sus favoritos en este momento son un gran caballito balancín con una melena peluda a la que puede agarrarse y un xilófono bastante resistente.

Todavía no estoy segura de si heredó el talento musical de su padre, pero Ángel cree firmemente que Amadeo descubrió la música dodecafónica por su cuenta la semana pasada. Mi amante, por supuesto, también ha encargado un piano que le gusta tocar en la sala de estar, a veces para adormecer a nuestro hijo, a veces para hacer una "*jam session*" con él.

Sorprendentemente, incluso mi familia aceptó a Ángel de inmediato. También puede ser porque, como me contó mi hermano Nino, el viejo chismoso, Ángel le preguntó en secreto a mi madre cuando se conocieron si en nuestra familia había un anillo de compromiso tradicional. El anillo de su difunta madre fue para su hermana, por lo que en mi mano izquierda llevo el anillo de oro con un pequeño diamante que mi bisabuela llevó a su boda en Palermo: un enorme trozo de diamante no podría hacerme más feliz. Queremos esperar hasta el próximo verano para la gran fiesta, cuando Amadeo tenga la edad suficiente para esparcir flores (*florecita* es una de sus palabras favoritas, aunque la pronuncia más como "fosidda").

—¡Abajo! ¡Caminar!

Suspirando, Ángel deja que nuestro pequeño se deslice hasta el suelo, donde Amadeo se sujeta a nosotros dos y orgullosamente da unos pasos tambaleantes hacia la puerta.

Lo llevo en mi brazo durante el control de seguridad, pero aun así lo encuentra increíblemente emocionante: todos con uniformes, pitidos constantes y que papá tenga que quitarse el cinturón.

Finalmente, empaquetamos todas nuestras pertenencias y nos paramos en la larga fila frente a la puerta de embarque.

Mientras caminamos por el pasillo sin ventanas hacia el avión, Alicia toma la mano de Ángel.

—Gracias por venir —susurra casi inaudiblemente.

Me sonrío a mí misma. Si Ángel y yo tenemos otro hijo, deseo una niña como ella. Sus padres han hecho un gran trabajo y espero verlos a ambos nuevamente.

Cuando Ángel me dijo que se sentía en la obligación de llevar personalmente a Alicia a su casa, donde ya tiene algunas cosas que hacer en relación con el nuevo hospital de La Habana, espontáneamente me ofrecí a acompañarlo con Amadeo. Podía decir por sus ojos cuánto le dolía la idea de estar separado de nosotros durante semanas.

Y ahora estamos todos sentados juntos en el avión que nos llevará de regreso a la isla donde todo comenzó.

Ángel

Alicia ha regresado sana y salva con su familia. El nuevo hospital está repleto de médicos jóvenes motivados, y los pequeños pacientes acuden a nosotros en masa con sus familias porque la historia de Alicia se ha difundido muy rápidamente. Fernando sigue siendo el responsable principal de la clínica incluso después de la apertura. Le he nombrado médico jefe y director, lo que obviamente lo llena de orgullo. También trabaja en mi nombre para garantizar que todos los empleados reciban un salario decente para que no se sientan tentados a aceptar sobornos.

Como ahora estoy convencido de que todo marchará sobre ruedas incluso sin mi presencia constante, fui a Trinidad con Amanda y Amadeo por unos días.

Estoy sentado con mi novia a la sombra de una palmera, chupamos un coco recién partido con pajitas y miramos a nuestro hijo, que intenta construir su primer castillo de arena con un balde y moldes. Cada vez que una ola llega a sus pies descalzos, chilla de alegría, y no podemos evitar reírnos.

—Deberíamos hacer esto todos los años —dice Amanda en voz baja, apoyando la cabeza en mi hombro.

—¿De verdad? Después de todo lo que has visto y vivido aquí, ¿quieres seguir viniendo a Cuba?

—¡Por supuesto! —Amanda me da esa mirada irritada e indulgente de nuevo, como si fuera un niño pequeño que necesita que le expliquen todo—. Esto es tu hogar después de todo. Y quiero que Amadeo conozca el mundo en el que creció su padre. Además, obviamente le encanta la playa.

Como si lo confirmara, nuestro hijo hace ruiditos de alegría mientras intenta formar una torre con una pala de plástico.

Beso a Amanda en la frente.

—Como siempre, tienes razón en casi todo, querida. Solo tengo que discrepar contigo en una cosa. Esto ya no es mi hogar. Mi hogar está donde vosotros estéis. Tú y Amadeo. Mi familia. Vosotros sois mi hogar.

En ese momento, Amadeo se tambalea sobre sus piernitas redondas y cae en nuestros brazos.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Al agua!

No tenemos nada que oponer a esta solicitud. Recojo a mi hijo, Amanda toma mi mano y juntos nos adentramos en las cálidas aguas del Mar Caribe.

*****FIN*****

¿Te gustó la historia de amor de Amanda y Ángel? Entonces, aquí tienes

MÁS DE BARBARA INNES

en español:

Una joven estudiante y un misterioso multimillonario con deseos oscuros - la historia de amor peligrosamente caliente de Casey y Trevor:

[A tus órdenes \(BDSM\)](#)

en alemán:

Un caótico pianista de Praga se muda como inquilino con la escritora Claire y no solo revuelve su apartamento, sino también su corazón:

[Fernbus ins Glück - nächster Halt: Liebe](#)

El joven vikingo Erik parte en busca de nuevas tierras y un gran amor. Un drama romántico histórico-fantástico con gran sentimentalismo:

[DIE GELIEBTE DES WIKINGERS](#)

Un terrorista y su compañero amenazan a la nación, y solo un hombre puede detenerlos:

[IN DEINEM NAMEN \(Erotikthriller\)](#)

El deseo prohibido y la búsqueda incansable de la felicidad nos conducen desde la Bolsa de Frankfurt hasta la isla hippie de La Gomera:

[Wohin dein Herz dich führt \(Gay Romance\)](#)

